



**DE CAREO
EN LA SOLANA.**



DEDICATORIA.



A mi madre,
que en sus noches de insomnio
y, aún quizás hoy,
recorre los caminos y calles del pueblo
y siembra rosas rojas y tiernas violetas
en el camino de Valdrián a Plorastilla.

Adolfo Heras Sánchez.

Navidades 2002-2003.

ÍNDICE:	Pág.
Prólogo.	4.
Atardecer.	5.
El camino.	6.
Familia.	9.
Infancia.	13.
La escuela.	18.
La fuente.	21.
La sobadera.	22.
Los húngaros.	26.
La barrancada.	31.
Días azules.	36.
Pastor.	42.
Adolescencia.	49.
La Rasifa.	51.
Las campanas.	54.
Las Candelas.	55.
Los mozos.	60.
San Sebastián.	72.
La mili.	76.
El arco iris.	81.
Éxodo.	83.
La noche.	87.
El pueblo se muere.	92.
El último amanecer.	99.
A Julio.	101.
Vocabulario.	104.

PRÓLOGO.

Han sido varias las razones que me han movido a escribir estas líneas e intentar transmitir unos sentimientos que, desde hace muchos años, me han embargado el ánimo. La principal de ellas ha sido el tratar de perpetuar en el tiempo un mundo del que fui partícipe y que por razones varias ha desaparecido. La muerte de Julio supuso para mí un antes y un después en la cronología de esos sentimientos y el punto a partir del cual ese mundo dejó de existir. Yo, a decir verdad, no conocía profundamente a Julio. Él no era una persona que se diese fácilmente y yo me había limitado a saludarlo fría y desinteresadamente en mis esporádicos encuentros en el pueblo. Pero cuando murió tuve, de repente, la sensación de que se había acabado para siempre un mundo que ya nunca jamás volvería a existir. No me refiero, obviamente, a una cuestión filosófica. Sencillamente, un mundo que, durante muchos años, había transcurrido enmarcado en un contorno concreto dejaba para siempre de existir, sin ser sustituido por otro, como sucede en el lógico devenir de los hechos.

A menudo, en mis ratos de nostalgia, tengo la sensación de que no ha existido nunca una generación en la historia de la humanidad que haya sufrido tantos cambios como la mía. Pertenezco a una generación que nació, creció y vivió sus primeros años igual que lo habían hecho sus más antiguos ancestros. Las escalas de valores de las distintas generaciones apenas habían cambiado un ápice. Cuestiones vitales como el modo de relacionarse, el sentido de la vida familiar, la alimentación, el modo de cultivar los campos, el cuidado del rebaño e incluso el vestido habían permanecido inmutables generación tras generación, siglo tras siglo. Respecto a la educación de los hijos, apenas se había manifestado cambio alguno. Se trataba solamente de mantener el status y de seguir el orden preestablecido en el que cada uno, desde la cuna, tenía asumido ya su papel y el puesto que tenía que desempeñar en aquella sociedad. Parecía como si todo estuviera programado desde tiempo atrás y nada fuera susceptible del más mínimo signo de ruptura.

A partir de los años sesenta, nuevos vientos trajeron signos de cambio. El desarrollo industrial de las grandes ciudades comenzó a necesitar abundante mano de obra y la gente joven de los pueblos sintió fuertemente la llamada de esta nueva situación. Así pues, primero fueron los jóvenes, luego los maduros y finalmente los viejos, quienes tuvieron que hacer frente a la nueva situación y buscar nuevos caminos, muy lejanos, por cierto en la mayoría de los casos, de su antiguo modo de vida.

En pocos años los pueblos quedaron totalmente abandonados y en ellos quedaron ancladas, como barcos varados, personas como Julio. Quedaron como fósiles, ajenos por completo al modo de vida de los que, en las ciudades, tenían que inventarse cada mañana el por-

venir y por la noche echar cuentas de lo vivido. Ellos, por el contrario, siguieron como si nada hubiera cambiado. La vida del pueblo se refugió en sus casas e, invierno tras invierno, se fue mermando al mismo ritmo que se consumía el fuego en sus fogones.

Los que nacimos en aquellos pueblos somos plenamente conscientes del cambio tan profundo que han sufrido nuestras vidas y, qué duda cabe, que una parte de la nuestra estará para siempre ligada a la tierra donde nacimos. A ella acudimos de vez en cuando para volver a sentirnos niños, sentir añoranza, sentir el fogonazo fugaz de un olor perdido y sentirnos, al fin, hijos de un mundo que fue distinto y que, aunque ha muerto, aún vivirá de algún modo, mientras nosotros vivamos y lo contemos.

ATARDECER.

Ayer por la tarde, 6 de Diciembre de 1993, junto a un viejo chopo, en la orilla del río y cuando el sol ya se ocultaba tras el Cabezo, me sentí morir un poco. La tarde era fría, triste, gris. Un tenue hilillo de agua discurría susurrante por entre las piedras del río. Ante mis ojos, justo enfrente, se disponían, aparentemente apiñados unos sobre otros por efecto de la perspectiva, los tejados de las casas. El viento, inusualmente ausente, permitía una quietud casi mortecina en las ramas de los chopos, y los pajarillos, los pocos que aún quedaban, buscaban refugio entre las zarzas y en las oquedades de las viejas troncas de los chopos. Allí, en medio, ante mí, en un sueño de ojos abiertos se estaba muriendo un pueblo. Lo vi en sus ojos ciegos, en la hoz de su espalda, en el temblor de sus manos, en las venas abultadas de su cuello. Lo vi en los tendones hirsutos de sus muñecas, en las arrugas sin principio ni fin de su rostro renegrido y salpicado de pequeñas manchas negras. ¡Sólo esto queda de mi pueblo!

Le vi llegar con el andar torpe por el camino llano y cruzar a tientas el débil puentecillo de madera, asido nerviosamente a los palos que formaban la barandilla. Sus pies se deslizaban lentos, como desbrozando el camino. El palo que usaba como bastón buscaba la verticalidad para equilibrar el peso de su débil cuerpecillo. Sus ojos ciegos, cansados ya de mirar hacia fuera, buscaban ahora solamente la luz de los recuerdos de hechos de hace ya mucho tiempo, cuando fueron quizá hermosos.

Mientras Julio avanzaba lentamente sobre el césped, sorteando matas de juncos, plantones desmochados por las cabras, piedras antaño amantes del río, entre la mirada compasiva de un grupo de jóvenes que estaban sentados junto a una hoguera, sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo de abajo a arriba. Toda la historia de mi pueblo, todas sus grandezas y todas

sus miserias estaban allí, en aquellos pasos vacilantes y en aquel cuerpo gastado y decrepito, que apenas podía mantenerse en pie, si no fuera por el palo que le servía de bastón.

Encontró acomodo sentado sobre una piedra a los pies de una tronca de chopo. Sus brazos descansaban blandamente sobre el palo que le servía de bastón. Un semblante relajado y actitud serena le conferían un halo de paz mientras su rostro se orientaba buscando los últimos rayos del mortecino sol de la tarde otoñal. Me acerqué despacio hacia él y me coloqué junto a su cuerpecillo recostado sobre la centenaria corteza del chopo que le cobijaba.

Durante un rato hablamos de sus cosas, me preguntó por mi familia, me enseñó unos papeles para que se los leyera y me confesó que ya no podía casi defenderse solo, que así no podía seguir.

Tras cada una de sus palabras, encontré resignación y un mundo a punto de morir. Ignoro los años que han pasado desde que se instalaron en lo que hoy es El Villar, los primeros pobladores, seguramente pastores de alguna aldea próxima. Todo ese tiempo estaba encerrado allí, a falta sólo para morir, de que una piedra olvidada por un niño en medio del aquel puentecillo se interpusiera en el camino de Julio.

Sentí que todos los que habían formado parte del pueblo y ya habían muerto, se habían muerto sólo un poco y que aún quedaba, entre las comisuras de aquellas arrugas, una parte heredada de todos ellos, de la vida de aquel pueblo. Pero había llegado la hora. él y ya no más. Y pensé en su vida, de vuelta ya al volante de mi automóvil.

¡Ironías de la vida! Siempre fue Julio un ser solitario, huidizo, complicado socialmente. Quizá sus desamores de juventud le volvieron así.

Seguramente nunca acarició a un niño ni a una mujer, ni tuvo a su lado quien le diese ánimos o una opinión diferente a la suya. Horas, años de silencio, soledad en las cumbres de los montes, incomprensión, palabras de desaprobación a sus espaldas, aún revoloteando en su entorno. Y, ¡mira por dónde!, ahora el huraño, el solitario, el que apenas quiso nunca colaborar, ni entender del quehacer de los demás era el depositario, el último depositario del pasado, el primer depositario de la nada de un mundo que se moría, pero que vivió mientras vivió él.

EL CAMINO.

Tengo el presentimiento de que esta puede ser mi última noche. El mal estado del camino y mi vista me han jugado esta mala pasada. Ha tenido que ser el camino por el que tantas veces transité quien me ha conducido a esto. La verdad es que lo conocía palmo a palmo. Aún ahora, aquí, como estoy, medio inconsciente y con las facultades disminuidas, soy capaz

de imaginar con precisión asombrosa todos y cada uno de sus accidentes: la línea sinuosa de su orilla, sus curvas, los espinos de sus ribazos, las piedras, las rodaduras que aún perduran desde el pasado invierno. Durante mucho tiempo, fue como si el camino estuviera dentro de mí, una prolongación de mí mismo. Debo reconocer que, desde que han empezado a arreglarlo, he perdido un poco el contorno de sus orillas. Últimamente mis pies, cada día más torpes, ya no se ajustaban con precisión a las rugosidades del suelo y este palo, que desde años me sirve de cayado, como una prolongación de mí mismo, no ha sido capaz de detectar el entrante en la orilla por el que me he escurrido. Han sido ellos, sin duda, los que han hecho el entrante para drenar el camino. ¡Qué insensatos! Pero los comprendo. Ellos ni siquiera podían imaginar que el camino estaba dentro de mí, marcado como una arruga más de mi piel.

Fue un segundo, no más. Noté el vacío al intentar apoyar el palo y mi cuerpo, ya viejo y sin reflejos, no pudo reaccionar y siguió la inercia. Fui cayendo blandamente, sin violencia, sobre la orilla del camino en el punto justo del socavón. Solté el palo para poder asirme a los matojos y lo sentí deslizarse suavemente a mi lado. Mientras trataba, en vano, de mantenerme agarrado, aún pude oírlo repiquetear sobre las piedras. Mis escasas fuerzas no me permitieron impulsar mi cuerpo hacia arriba, y tampoco pude ponerme en pie, debido a la inclinación del ribazo; así que, poco a poco, me fui deslizando, mientras mis dedos trataban en vano de agarrarse a los hierbajos. Después, un momento en el vacío, y aquí estoy echado de mala manera sobre el montón de tierra, que la erosión del arrastre de las tormentas ha ido depositando desde que hicieron arriba ese drenaje en la orilla del camino por el que me acabo de escurrir.

No puedo levantar la cabeza para mirar a mi alrededor, pero sé perfectamente dónde estoy. Antaño, cuando en el pueblo se utilizaban los machos para las labores del campo, tiraban por aquí, justamente al lado de donde yo acabo de escurrirme, a los ya viejos o lisiados. Unas veces los arrimaban a la orilla del camino y con un empujón conseguían que se despeñaran. Luego era sólo cuestión de rematarlos; otras, las más, se les tapaba la cabeza con un saco y, después de darles un fuerte golpe con una azada, caían ya casi muertos. El terraplén que hay desde el camino hasta aquí, remataba la tarea. Los buitres bajaban desde las peñas de ahí enfrente en la solana, donde anidaban, y no era raro oírles desde el camino, cuando se peleaban por la comida. Los niños teníamos totalmente prohibido acercarnos por aquí. Cuando bajábamos por el camino a Enciso, apresurábamos el paso, temerosos de que algún buitre pudiera hacernos daño. Ahora ya no hay buitres, pero este lugar sigue siendo de mal agüero.

A unos metros río arriba, está la cascada del Molinillo, en cuyo pozo tantas veces me bañé de niño junto a mis amigos. Después de meternos bajo la pequeña cascada y chapotear en el pozo, bastante profundo por cierto, aunque las barrancadas del verano lo configuraban cada año a su antojo, nos tendíamos desnudos sobre las lastras calientes de las orillas y nos

divertíamos entre chapuzones y juegos con la algarabía propia de los niños. Desde la cascada hasta unos 50 metros más abajo de donde yo estoy, el pequeño riachuelo sale remansado del pozo y se desliza, ágil como una serpiente, sobre las limpias lastras en las que apenas si ha conseguido marcar un leve surco por el que discurrir. De vez en cuando se detiene, como para tomar respiro, en pequeños remansos.

Desde el camino hasta un poco más abajo de donde me encuentro, se levanta, como una muralla, este terraplén por el que he caído. En su parte baja se disponen horizontalmente capas de rocas bituminosas que la erosión va desmigando y deposita en el suelo un manto de tierra negra. En la parte superior de este terraplén, malcrecen hierbas altas y algún raquítrico espino sobre la tierra acumulada por la erosión y el arrastre natural del camino. Las raíces de los espinos mantienen con su entramado la tierra formando así una especie de sombrero que impide la entrada de la luz. Desde aquí, aunque no lo veo, puedo imaginar miles de serpientes, retorciéndose, entrelazadas, colgadas, que son en realidad las raíces de los espinos que se asoman por debajo.

Al otro lado, en la margen derecha, se acumulan aluviones que, por la inclinación natural del terreno, las barrancadas van alojando en ese lado. En su lecho viven y se refugian las pequeñas culebras de agua y las ranas, en cuya caza, nos pasábamos de niños horas enteras. Cuando en verano, el sol, que viene alto, se estrella sobre la parte superior de estas piedras, las pequeñas partículas de mica y pirita se convierten en pepitas de oro que el río usa para adornarse como sus mejores joyas. A partir de esos aluviones, la ladera trepa ente bancales y ribazos blanquecinos y resecos de tierra salitrosa por senderos millones de veces hollados por las pezuñas del ganado que, en invierno, acude a la solana en busca del calor y alguna que otra brizna de hierba.

El río, así llaman a ese pequeño hilillo de agua, corre por ahí mismo, a un par de metros, casi al alcance de mi mano. Pero no puedo moverme; ahora mismo podría morir de sed. No veo, no siento; sólo oigo el leve rumor del agua al correr y el susurro del viento. Él pasa indiferente ante mi impotencia, como queriendo resarcirse de otros tiempos, en los que, ya cargado mi cuerpo de soles y de lunas, era capaz de contrarrestar su empuje. Sin duda, seguirá corriendo río arriba, buscando alturas, sin reparar en mí. Quizá sea esta su venganza.

No siento dolor en parte alguna. No siento nada, soy nada. Sin embargo mi mente está lúcida, más lúcida que nunca; mejor dicho, más lúcida que hace años.

Sin darme cuenta, día a día, he ido perdiendo la realidad que me rodeaba; pero como cada piedra seguía en su sitio y mi actividad ha ido disminuyendo pareja a mi deficiencia, apenas si lo he notado. Mis manos han ido supliendo a mi vista. Me han bastado el olfato y el

tacto. En realidad puedo ver todo, aún ahora, con los ojos cerrados. El oído siempre lo tuve bien.

Cuando esto acabe, bien o mal, sólo seré noticia momentánea, objeto de compasión o de burla. Dentro de poco, mañana mismo, nadie se acordará de mí. Nieves y tormentas, solinas y lunas borrarán mis huellas de los senderos de estas montañas por los que transité, pero que ni siquiera amé. Seguro, seguro que nadie pondrá en el camino ni una pequeña cruz, ni un ramo de flores en el lugar en el que caí por última vez. Nadie sabrá cómo fueron mis últimas horas de vida. No sabrán nada, porque casi nadie se enteró de que empecé a morir una tarde de primavera hace 79 años.

FAMILIA.

Me iré consumiendo como esas sombras que no veo, pero que, estoy seguro, van escalando la solana. Ellas y yo nos fundiremos allí arriba, como un beso en la nada. El sol sabe que mañana podrá volver a acariciarla; yo, en cambio, quizá no vuelva a verla. Por ella vagabundeé de niño, saltando de piedra en piedra a lo largo de toda la fila rocosa que la erosión fue dejando al descubierto. Después, ya de pastor, también anduve por ella, pero ya no era igual. La vida se me fue quedando entre las rendijas de las piedras donde toman el sol las lagartijas, en los recovecos de polvo finísimo donde anidan las mariposas, y entre los capullos de seda enganchados a las aulagas. Quizá ahora, la vida desperdigada por el monte, baje a arrebatarme el último hilillo de ella que me queda. No tengo miedo, ni frío, ni calor, ni hambre, ni sed. Me encuentro a gusto. Es como si volviera a mi niñez y durmiera plácidamente en el regazo de mi madre.

Mis padres se casaron al poco tiempo de volver mi padre de la mili. Por aquel entonces resultaba bastante difícil conseguir una casa donde vivir. Faltaban todavía muchos años para el éxodo rural de los 60, cuando la mayoría de las casas buenas y malas quedaron vacías, así que, durante los dos primeros años tuvieron que apañárselas como pudieron en una habitación en casa de mis abuelos maternos. Supongo que a mi padre le costaría lo suyo adaptarse a la nueva situación de vivir con los suegros pero, por lo que deduje después, en cuanto a la relación que mantenía con ellos, salió airoso del trance. A los dos años de casarse, más o menos, y cuando ya mi madre estaba embarazada de mi hermano mayor, pudieron comprar la casa de arriba y allí se mudaron. No recuerdo nunca haber oído a mis padres comentar su boda. Supongo que no se diferenció en nada de las anteriores y posteriores que hubo en el pueblo por aquella época. Una breve ceremonia religiosa a media mañana, una comida abundan-

te a base de carne de alguna oveja matada para la ocasión y quizá un poco de baile al atardecer.

Los hermanos fuimos llegando sin más emoción o misterio que pudieran hacerlo la primavera, el otoño o las primeras nieves; como un brote nuevo o un injerto en una ramita del árbol del pueblo. Todos nacimos en lo que siempre llamamos la casa de arriba. La casa estaba ubicada hacia la mitad de la calle mayor. A esta calle daba la puerta de entrada y una ventana y las demás dependencias daban a un patio interior, en el que confluían una infinidad de ventanucos procedentes de otras casas y varios portalones de las cuadras. La casa, que recuerdo era muy oscura, estaba estructurada a la manera tradicional. Abajo, las cuadras para las cabañerías, los cerdos, las cabras y las gallinas. En la primera planta una cocina, sin más luz que un pequeño ventanuco, y dos habitaciones. En una dormían mis padres y en la otra todos los hermanos, que por aquel entonces éramos muy pequeños. Arriba, los graneros, el cuarto de amasar y el de la matanza. Que yo recuerde, todas las casas del pueblo estaban estructuradas de la misma manera y nunca tuve complejo alguno respecto a la vivienda, porque en nuestra convivencia cotidiana con los demás niños compartíamos con frecuencia las cocinas y habitaciones de las demás casas y eran, en cierto modo, como una prolongación de la nuestra. Yo, además, debido a mi frecuente dolor de oídos, compartía con mucha frecuencia las cocinas y alcobas del pueblo, donde las madres lactantes los irrigaban con leche que hurtaban a sus propios hijos para proporcionarme un alivio generalmente pasajero. Cuando yo tenía unos ocho años, mis padres compraron la casa de la plaza y allí nos mudamos. La vieja la mantuvimos sólo como granero y corral.

Nací el quinto de seis hermanos y quizá por ello nunca tuve ni excesivas responsabilidades ni privilegios. Digamos que siempre pasé inadvertido. Esa ha sido la cara y la cruz de toda mi vida; aún sigo pasando inadvertido. Posiblemente muera aquí y mi muerte también pasará inadvertida. Dos hermanos mayores, hembra y varón, murieron al poco tiempo de nacer, así que, en realidad, fui siempre el tercero de los hijos. Parece lógico suponer que mi nacimiento fue sólo, y poco más, que un hecho natural. Nací y punto. Seguramente en mi familia hubo la alegría normal de un parto normal y quién sabe si mis padres no tuvieron la sensación agrídulce de una responsabilidad más y de una boca más que llenar. Según mis padres, me crié sano y sin más complicaciones que las normales de los catarros de invierno, el sarampión, la varicela, las paperas... Enseguida pasé a compartir el camastro con mis dos hermanos mayores para dejar a mi hermana la cuna aún caliente.

Mientras fuimos niños, mi relación fue más estrecha con mi hermana, con la que compartía juegos y tiempo, que con mis hermanos mayores. Después, cuando ya de mayor comenzó con sus problemas de cabeza, su enfermedad nos distanció hasta el punto de que, aun

viviendo en la misma casa, y ya muertos nuestros padres, llegamos a ser dos seres totalmente incomunicados y sólo unidos por el dominio y la violencia que yo ejercía con frecuencia sobre ella.

Mi relación con mis padres, supongo que como mis hermanos o los demás niños del pueblo, comenzó a perfilarse bajo el signo de mi dependencia de ellos y en especial por el gozo que me proporcionaba el satisfacer las necesidades básicas como la sed en las rastrojeras en verano o el abrigo en su regazo cuando llegábamos a casa ateridos de frío, después de nuestras correrías por el pueblo. Conforme fui creciendo y pude satisfacer de una manera autónoma mis propias necesidades, fui tomando conciencia de su papel en mi vida.

A mis padres, puedo decir que no los conocí nunca por dentro. Nunca sentí la necesidad de establecer una relación más íntima, ni ellos, que yo recuerde, me dieron nunca pie para ello. En su descarga, si es que ello pudiera considerarse una carencia, tengo que decir que tampoco la eché de menos y que las inquietudes o preguntas propias de la edad las tenía resueltas ante mí todos los días en la calle, en el corral o en frases de doble intención escuchadas en las tertulias de los hombres, cuando se reunían en torno a un porrón de vino en el Solobarrio.

Por lo demás, más allá de las montañas que rodeaban el pueblo, ni siquiera podía imaginar que hubiera algo distinto a la calle mayor, a la plaza, a la fuente, a la Nogalera, en la que jugaban al bote los mozos los domingos por la tarde, al olor a vainilla que salía de la casa del cura y que aspirábamos con fruición, o a la música que algún mozo se atrevía a desgarrar entre las cuerdas de la guitarra que tocaban por la tarde en el baile.

Mi padre fue siempre una persona seria y trabajadora, bien considerada en el pueblo y que obviamente, como cualquier otro padre, quería lo mejor para mí y para mis hermanos. Nuestra hacienda, por aquel entonces, era una de las mejores del pueblo. Entre lo que heredó de mis abuelos al poco tiempo de casarse, -una casa, media docena de piezas, un par de huertos y unas 25 ovejas- y lo que fue comprando más tarde, consiguió una hacienda decente.

Siempre recuerdo a mi padre, mayor, de edad indefinida, de rostro enjuto, silencioso, poco expresivo, de mediana estatura y poco peso. Su vestimenta, como la mayoría de los hombres del pueblo, consistía mayormente en unas abarcas, un traje de pana negra con múltiples remiendos en coderas, rodillas y pantorrillas, un chaleco negro sobre camisa de un color indescriptible y una boina hecha a prueba de lluvias y lunas, de un color impreciso entre marrón y negro.

De mi madre puedo decir que apenas la conocí, a pesar de que, si no recuerdo mal, debió morir cuando yo ya tenía unos 25 años. Sólo un borroso recuerdo de un rostro enjuto, adusto y austero. Siempre vi su cabeza cubierta con un pañuelo renegrido, recogido en sus

puntas con débil lazo bajo la barbilla. El óvalo de su cara quedaba así enmarcado, acentuando sus labios duros, carnosos y fuertes, su nariz perfecta y prominente y unos ojos castaños, vivos como gacelas. Unas sayas negras hasta los tobillos cubrían su talle espigado y ágil y sus pies pequeños y ligeros, siempre enfundados en calcetines negros y zapatillas también negras.

Nunca, que yo recuerde, toqué su pelo; ni siquiera pude verlo. Lo supongo cálido y sedoso. Nunca puede colgarme, quizá sí de muy niño, de su cuello recio y erguido como el espinazo de una serpiente enfurecida.

Quiero suponer que, obviamente, nos quería a mis hermanos y a mí, pero nunca sus labios dibujaron una mueca que suavizara su gesto duro, frío y distante. Nunca sus labios estamparon un sonoro beso arrebatado en mi rostro de niño, ni pronunciaron unas palabras dulces y cariñosas con que calmar los lloros de una caída o los estertores de una pesadilla nocturna. Nunca sus manos, firmes y duras, tejieron unas caricias ni siquiera en el aire, para limpiar mis lágrimas que, de ser secadas y acariciadas, hubieran sido dulces como la miel.

Sólo, ya de mayor, cuando mi hermana empezó con sus problemas de cabeza, le desaparecía de vez en cuando el rictus duro y frío, para dirigirse a ella y ordenarle algo que mi hermana generalmente desobedecía.

La recuerdo siempre atareada y muy poco dada a la cháchara con las vecinas. Generalmente rehuía los grupos de mujeres, que se reunían espontáneamente en la plazuela o en los alrededores de la fuente, y muy raras veces se mostraba ociosa o dicharachera.

No soy capaz de imaginar cómo era su relación con mi padre, pero según fui creciendo, fui comprobando que quien realmente mandaba en nuestra casa era mi madre. El carácter débil de mi padre se compensaba con la dureza y reciedumbre del suyo. Por eso, desde que recuerdo, mi padre se limitaba a hacer lo que mi madre mandaba. Todo esto era asumido como algo natural por nosotros y por la gente del pueblo, en donde, como se sabe, la vida se comparte hasta el punto de violar la intimidad de las relaciones familiares. No sé si fue un matrimonio de conveniencia o realmente se querían. En todo caso, quizá el tiempo, las penurias y los quehaceres cotidianos les dejaban poco tiempo para comunicarse y menos en presencia de los hijos.

Recuerdo muy bien el invierno en que murió. Fue uno de los más fríos. Apenas pasadas Las Candelas, cayó una copiosa nevada y la tierra se quedó durante varios días cubierta totalmente. Ya no quedaban ni yeros, ni cebada en los graneros; la esparceta escaseaba y era imposible acudir a los huertos para coger las berzas, porque eran puro hielo. Tras varios días de continuo balar, las ovejas pudieron salir a duras penas del corral y se entretenían en mordisquear los juncos y las zarzas del río. La nieve se amontonaba en las orillas de la calle y en las esquinas formaba ventisqueros, que el viento vapuleaba sin piedad. La gente caminaba con

mucha precaución por la calle, no tanto por los posibles resbalones ocasionados por la nieve y el hielo, sino también por los carámbanos que como auténticas espadas pendían de las tejas de los alerones. Algunos salían con los hozones de podar los chopos y las varas de varear las nueces a romper los carámbanos. Otros lo intentaban desde las ventanas con utensilios menos sofisticados como varas de la lana o simples escobas de barrer la casa. Yo, por mi parte, me pasaba el día en el corral, trajinando con las ovejas paridas y pendiente de que no se malograsen los corderillos recién nacidos.

Desde el verano su salud se debilitaba a ojos vistas. Durante todo el otoño anduvo tosiendo más de lo habitual por los rincones de la casa y apenas si podía ya encorvarse sobre el fogón para darle la vuelta a los pucheros o arrimar una raja a la lumbre. Un día ya no tuvo fuerzas para levantarse por la mañana. Los ataques de tos eran tan frecuentes que no le daban respiro ni tiempo para reponerse después de la congestión producida por ellos. Cuando el médico subió desde Enciso, le comentó a mi padre, después de auscultarla, que duraría poco. Así fue. Después de un fuerte ataque de tos, se quedó como dormida y ya no se despertó. Cuando la enterramos, nevaba copiosamente. En el trayecto desde la casa al camposanto, aún tuvo tiempo la nieve de posarse en su ataúd y vestirla de blanco, como una mimosa caricia de la naturaleza.

INFANCIA.

Supongo que al caer me he desmayado y por ello he debido de perder la sensación del tiempo transcurrido desde que caí. No obstante, intuyo que es de noche. El ligero fresquillo que siento en los hombros y en la cabeza, me lo sugieren. Debí de perder la boina al caer. Por lo demás no tengo dolor alguno, ni siento nada especialmente desagradable; sólo tengo un poco de sed. Quizá luego pueda moverme y me amorraré en el hilillo que corre ahí adelante. A pesar de que siempre he vivido lejos del alboroto y del jolgorio y, por lo tanto, estoy muy acostumbrado a la soledad, tengo una sensación extraña. Parece como si tanto silencio me molestara. Entre la oscuridad y la quietud de la noche, parece que floto en la nada; no tengo puntos de referencia. No oigo, no veo, no siento. ¿Estaré muerto? Nunca me asustó la soledad; más aún, diría que la busqué y la disfruté en innumerables ocasiones, pero la soledad que siento ahora es diferente a cuantas antes experimenté. ¿Me estaré muriendo? En mi niñez, nunca me sentí solo y nunca tampoco me paré a pensar que pudiera haber silencio. ¡Ah, mi niñez!

Pocas veces, a lo largo de mi vida, he reparado en mi niñez; pero ahora, aquí, envuelto en la nada de silencio y soledad, con la sensación de estar flotando, ausente de mí mismo, los recuerdos se me atropellan en esta mente, que, no sé si por efecto de la fiebre o de la proximidad de la muerte, se desboca y me confunde.

Mi niñez, como la de los demás niños del pueblo, transcurrió serena, plácida y sin nada significativo que resaltar. Por eso intuyo que fue feliz, que es lo mismo que decir que no guardo ningún mal recuerdo de ella. Pasó, sin más, sin sucesos significativos que sobresaltasen la monotonía de un pequeño pueblo, de apenas 250 habitantes, enclavado entre cuatro montañas que lo encierran en sí mismo y que ha hecho de sus gentes personas generalmente poco comunicativas.

Allí por los años 20, cuando yo tenía apenas ocho años, la vida de los mayores se dividía, a partes iguales, entre las labores del campo y las del cuidado del ganado. Las diversas estaciones del año marcaban el ritmo de sus vidas y, en mayor medida aún, la nuestra, pues como ésta se desarrollaba totalmente al aire libre, ellas marcaban nuestras correrías, nuestros juegos y nuestro deambular por el pueblo y sus alrededores y nuestras pequeñas tareas, generalmente asociadas a ayudar a los padres en el cuidado de los animales. La vida social de los mayores se componía de las tertulias que los hombres formaban espontáneamente en la Plaza o en el Solobarrio los domingos por la tarde en torno a un porrón de vino. Los mozos, mientras tanto, jugaban a la calva en la Nogalera y, entre tirada y tirada, echaban alguna que otra ojeada maliciosa a las mozas que se paseaban arriba y abajo por el camino que la bordeaba, luciendo su palmito y artificiosamente cogiditas del brazo, con gestos mohínos de niña melindrosa. Otras veces, la tarde se les escapaba a ellos entre partidas al mus en la entrada de alguna casa o, si hacía mucho frío, en el trasnocho. Las mujeres, menos proclives a reunirse porque siempre tenían algo que hacer, solían hacerlo, sobre todo en las tardes de invierno en lo que se llamaba Las Maricasitas, bien protegidas del viento y al sol. Allí, unas veces remendaban la ropa y otras jugaban a la brisca a perra chica la partida. Los niños, mientras tanto, deambulábamos sin rumbo fijo por el pueblo, libres como el viento. Una vez, dependiendo de la climatología, organizábamos espontáneamente nuestros propios juegos por el río, por las eras, o por la plaza y otras zascandileábamos entre los grupos de mayores, sin más cuidado que el evitar algún pescozón o servir de aguador una y otra vez.

La comunicación del pueblo con el exterior se limitaba a las noticias que se recibían o inventaban los domingos por la mañana en el mercado de Enciso, y que luego los de los pueblos de más arriba del valle, cuando subían por la tarde, voceaban desde sus machos con aire prepotente de sabelotodo.

No había radio, ni había prensa. Recuerdo que corrían por el pueblo, como remedio para calmar la soledad de las largas tardes de invierno, alguna que otra novela, cosida y recosida mil veces y que las mozas se encargaban de pasarse unas a otras. Sin embargo, como la felicidad es muy relativa y los puntos de comparación con otra manera de vivir eran nulos, todo era un pasar el tiempo entre los juegos en la plaza, la escuela y las correrías que nos preparábamos los chavales por las inmediaciones del pueblo.

Los diversos quehaceres de mis padres en casa, en los huertos, en los corrales o en el campo me obligaban, siendo aún bien niño, a colaborar en lo posible en diversas tareas sencillas. Mi hermano mayor, en lo que yo recuerdo, acompañaba con frecuencia a mi padre en las tareas del campo y mi madre andaba siempre atareada entre el corral y la casa; así que yo, en la medida de mis fuerzas y sin ser plenamente consciente de ello, colaboraba en el cuidado de mis hermanos más pequeños.

Por aquel entonces éramos seis o siete chavales de mi misma edad y con ellos compartía evidentemente la mayoría de mis horas de juegos. Puedo recordar, aún después de los años, las facciones y la manera de ser cada uno de ellos, pues debido a los pocos elementos extraños a nosotros mismos de los que disponíamos, necesariamente pasábamos gran parte del día juntos: en la escuela, en la calle, en la iglesia. Nos pasábamos largas horas jugando en la plaza o por los aledaños de la fuente sin más límites de tiempo que la caída de la tarde o la necesidad imperiosa de ir a casa a por una rebanada de pan untada en aceite, un casco de tocino y una corteza de pan duro remojada en vino con azúcar.

Así recuerdo tardes interminables, con la noción del tiempo completamente perdida, jugando al “alubí”, donde el campo de juego era todo el pueblo; casas, corrales y pajares. Nos escondíamos entre el ramaje de los árboles, subidos a ellos tan alto como la habilidad de cada uno lo permitiese y a la altura precisa para poder divisar desde allí el ir y venir del que se la quedaba o bajo las barderas que se ubicaban a la orilla del río o incluso en los pajares más próximos al pueblo. ¡Qué mundo tan inmenso encerrado en tan escaso palmo de terreno!

Durante el invierno los juegos eran más pausados. Los alrededores de las Maricasitas era el lugar elegido para esta clase de juegos. Estaba situado en la solana, justamente enfrente del pueblo, a escasos metros del río, y reunía las condiciones idóneas para ello. A él acudían las mujeres en las tardes de invierno con el cestillo de la costura y el sillete bajo el brazo a remendar camisas y pantalones o a hacer jerseys y calcetines de punto. Se sentaban de cara al sol para recibir la tibieza de sus rayos y, en distendida tertulia, pasaban la tarde con un ojo puesto en su costura y otro en los hijos o nietos que jugaban merodeando por su entorno. Su proximidad nos deparaba la seguridad necesaria para que nuestros juegos fueran espontáneos y relajados, sin el menor atisbo de ficción o engaño. Fieles a la esencia de los juegos de la

niñez, nos identificábamos totalmente con las labores cotidianas de nuestros padres y labrábamos piezas o creábamos ingentes rebaños de ovejas que pastoreábamos y cuidábamos a nuestro antojo.

A ellos nos entregábamos con todo la pasión propia de nuestra edad e, incluso a veces, discutíamos por los supuestos desperfectos ocasionados en el sembrado o la propiedad de alguna oveja que estaba en el rebaño equivocado.

Las niñas solían situarse más próximas a las madres y, bajo su atenta vigilancia, tejían o remendaban sus ropitas hechas con retales o trapos viejos. Luego las lavaban y tendían al sol en las aulagas o zarzales próximos y, mientras se secaban, hacían comiditas con barro y hierbas en platos hechos con pequeñas losas de piedras que ponían al sol.

Nosotros, por nuestra parte, nos situábamos en un lugar un poco más alto que el que ocupaban las mujeres y allí nos disponíamos a "trabajar" en las piezas o en el rebaño. Los lugares elegidos para ubicar las piezas o los corrales los solíamos sortear, aunque con algunas cláusulas, favoreciendo casi siempre la ley del más fuerte. Las piezas eran superficies de terreno de no más de cinco o diez metros cuadrados, aprovechando algún espacio entre aulagas. Con frecuencia las tapiábamos con piedrecillas, las allanábamos con las manos o con azadillas, traídas ex profeso desde casa, y en ellas realizábamos todas las tareas que veíamos hacer a nuestros padres. Para las labores propias de la labranza nos confeccionábamos nosotros mismos los arados. En nuestras habituales correrías por el río no era difícil encontrar un palo con forma de arado. Algunas veces había que retocarlo un poco con una navaja, pero era evidente que la imaginación y la fantasía suplían con creces las deficiencias que tal herramienta pudiera tener.

Las horas corrían lentas mientras nos entreteníamos en tales menesteres. En una misma tarde podíamos romper, binar, sembrar y recoger la cosecha e incluso ponerla a buen recaudo en graneros habilitados al efecto bajo las aulagas próximas. La proximidad del río nos brindaba el agua suficiente para cocharrear en primavera las colletas o llevar agua a las ovejas que, por razones de tiempo, no habíamos podido sacar del corral. El agua también nos brindaba el elemento esencial para confeccionar el barro con que hacíamos los corrales, las paredes o incluso monigotes que, a modo de espantapájaros, disponíamos adecuadamente en la orilla de las piezas. A veces, la venganza de una derrota en una pelea se convertía en un sembrado pisoteado a escondidas o en un corral deshecho a la vista de las viejas piedras de las paredes de Las Maricasitas que, desde muchos años atrás, contemplaban mudas el pasar de distintas generaciones absortas en los mismos juegos.

El verano era, con mucho, la estación en la que más disfrutábamos. La vida se desparramaba, como una inmensa parva, por todo el pueblo y aún me parece sentir en estos huesos,

ya fríos e insensibles, el calor asfixiante de las noches, el olor a sudor y excrementos de los animales y el suave tacto de la paja que alfombraba las calles y tejados.

Quizá por el contraste con el frío que va invadiendo mis huesos, esta mente galopante me sugiere el calor y los olores cálidos de aquellas noches de verano que viví en mi niñez. Acercaos, acercaos, sentid conmigo, como yo la siento, una última noche de verano. Abrid los poros de vuestros cuerpos y dejasos envolver en el manto de la estancia calmosa de la noche. Un manto que se repliega por todos los rincones del valle, que se posa suavemente en las hojas de los chopos del barranco, que se retuerce para adaptarse a la sinuosidad de las callejuelas del pueblo y que se rasga en la torre para ni siquiera tocarla. Cerrad los ojos y elevaos conmigo sobre los tejados y los chopos. Mirad desde lo alto. Ved el pueblo enclavado en la confluencia de dos ríos, casi muertos de sed y que bajan a beber en el mismo pozo de otro río, el principal, que acaricia las casas de las afueras del pueblo. En cada uno de los vértices formados por la desembocadura de los ríos se alzan cuatro montes, que configuran un horizonte cerrado. Ascenden las laderas lisas, de formas suaves, erosionadas por vientos, tormentas y pezuñas. Son como vigilantes mudos que no quisieran dejar escapar la magia que flota sobre los tejados de las casas en esta noche de verano.

Ved la luna dormida en múltiples pozos de bordes reseco en los que el sol bebió durante el día. Acercaos más. Sentid conmigo en vuestra piel el calor pegajoso que aún pervive envuelto entre el estiércol de la calle, entre las grietas de las paredes y en las entrañas de las tejas. Cientos de mariposas revolotean, obstinadas, en torno a las tenues bombillas de las esquinas de las calles. Algunas mueren heridas de luz y van cayendo sobre las piedras de la calle para ser engullidas por algún perro callejero. Otras se adentran por las ventanas de las casas para girar y girar en torno a las lámparas de las habitaciones.

Mientras tanto, en la calle, hay gritos y risas de niños que juegan. Unas veces pasan rápidos, calle abajo, sin reparar siquiera en las parejas de novios que cortejan en las entradas de las casas y con las puertas medio abiertas. Otras, pasan lentos escudriñando todos los rincones de la calle, tratando de encontrar un sitio seguro para jugar al escondite. De vez en cuando, el calor espeso de la calle es cortado en mil pedazos por otro grupo de niños, que blandiendo una rama seca de carrasca, trata de atrapar a los murciélagos que surcan la calle a la caza de mosquitos.

Entremezclado con el jadeo de los niños, sus risas y sus gritos, se perciben a lo lejos las esquilas de algún rebaño que se demoró quizá en el pago y que se dirige de reata al corral. Se oye a lo lejos el quejido del gozne de una puerta y tras él el golpe seco de la tranca que se encalla en su agujero. Mientras, en la calle, una caballería impaciente bracea acompasadamente sobre el empedrado de la calle y saca chispas al roce de sus herraduras.

Por doquier, los cuclillos, en su lecho fresco bajo las piedras, componen una melodía a la que cada uno pone su propio ritmo. Y mientras dejamos a los chopos del río respirando fatigosamente, arrullados por el sueño de miles de pájaros y el aleteo susurrante de sus hojas, abramos nuestros oídos y dejemos que penetren por ellos las notas de una melodía lenta y sosegada, de notas distantes y retenidas, para no perderse el ir y venir del eco, rasgando suavemente el manto caluroso que cubre la aldea en esta noche de verano.

LA ESCUELA.

La infancia que recuerdo va unida principalmente a mis vivencias en la escuela. Ella era el centro en torno al cual giraba casi todo el mundo de nuestra infancia. Cuando la iniciábamos, se marcaba, en cierto modo, el paso de la infancia a la niñez y cuando la abandonábamos, era la señal de que entrábamos en la vida de adultos. Por lo demás, mientras permanecíamos en ella, ella nos marcaba el ritmo monótono de las mañanas y las tardes y el devenir silencioso e implacable de las semanas y los meses. Ella marcaba el fluir de las estaciones y se acomodaba perfectamente a nuestro modo de vida, que generalmente estaba condicionado por los quehaceres de nuestros padres en el campo.

Cualquier día de primeros de otoño, cuando las labores tomaban un ritmo más lento y la vida, desparramada durante el verano por eras y rastrojos, volvía al pueblo, aparecía el maestro o maestra por el pueblo y alguien, haciendo de pregonero casual, daba la noticia de que había llegado. Así pues, a la mañana siguiente aparecíamos por la escuela con la cara un poco más limpia que de costumbre y una pizarra y un pizarrín bajo el brazo.

No recuerdo cómo ni cuándo fue mi primer día de escuela. Seguramente, como ocurría con los demás niños del pueblo, sobre los cinco o seis años, mis padres decidieron que dejase de vagabundear solo por la plaza, entretenido en jugar en los montones de arena que la gente depositaba allí para arreglar alguna casa, y que debía aplicarme en las tareas de la escuela. Las exigencias de cultura del medio en el que vivíamos iban poco más allá que las cuatro reglas, leer y escribir. Seguramente aparecí, sin más, por la escuela una mañana de otoño con los ojos muy abiertos y un poco asustados, de la mano de mi hermano mayor.

La escuela era, y aún lo es a pesar de los años transcurridos, un edificio rectangular de dos plantas de 5 por 7 metros aproximadamente, con dos ventanas orientadas al saliente y una al mediodía. La planta inferior servía de fragua. En ella los hombres se reunían para charlar los domingos por la tarde en las épocas de la bina o la rompa, mientras el herrero marti-

lleaba sobre el yunque aguzando rejas, empalmando azadas, fabricando orejeras para los aladros o cualquier otro menester que la gente del pueblo tenía a bien solicitarle.

Recuerdo la fragua siempre negra y sucia. Toda ella con un manto de hollín negro, que se adhería a las vigas del techo. Sobre él escribíamos en los vanos de la única ventana que daba al saliente. Aún me parece oír el resoplar del fuelle que el herrero accionaba mientras hurgaba entre las ascuas para colocar allí adecuadamente el trozo de metal que luego modulaba a su antojo a base de martillazos sobre el yunque. El brillo purísimo del metal incandescente se iba diluyendo poco a poco en gris y en negro, al final, cuando acababa tras un fogonazo en el pozo rectangular, excavado al efecto en la tierra arcillosa, donde la piedra de afilar también ahogaba sus calenturas. La piedra de afilar tenía una fuerte atracción para nosotros. Con frecuencia hacíamos apuestas para ver quién conseguía que la piedra girase sin detenerse durante más tiempo o más rápida. Nos divertíamos haciendo girar la rueda; unas veces sólo por el mero hecho de verla girar, y otras para ver cómo desprendía un leve hilillo de agua, debido a la fuerza centrífuga. Sobre su superficie finísima aplicábamos los dedos para sentir su textura suave y fresca hasta que el roce nos producía una quemazón que debíamos aliviar rápidamente metiendo el dedo en el agua. Los hombres afilaban en ella las hoces de segar para el verano, los hozones de podar, las tijeras de esquilar o los utensilios de cocina. Era maravilloso contemplar el estallido de chispas que, debido a la poca luz existente en la estancia y a la negrura, producto de la carbonilla, se asemejaban a una sinfonía de luces. Eran para nosotros como la más hermosa quema de fuegos artificiales jamás vista.

La parte superior, con sus dos ventanas al saliente y otra junto a la puerta, al sol del mediodía, servía de escuela. A ella se accedía a piso llano desde la calle. Era uno de los mejores edificios del pueblo, con paredes de piedra labrada por la parte exterior recubiertas de yeso en sus leves comisuras. Unas amplias ventanas abocinadas la diferenciaban de las demás ventanas del pueblo por la blancura del yeso que las recubría. La recuerdo limpia, de paredes blancas, con el suelo de tarima salpicada de manchones de tinta y abundantes quemaduras en torno al lugar que generalmente ocupaba la estufa, en un rincón y próximo al sitio que ocupaban los mayores y el maestro.

El mobiliario y el equipamiento eran sencillos. Una mesa y un sillón para el maestro, cinco bancos corridos para nosotros los niños, un armario que servía de estantería, donde se alineaban unas docenas de libros, varios mapas geográficos y políticos de España, y un mapamundi. Un trozo de pared pintada de negro nos servía de pizarra.

Los niños nos sentábamos en los bancos corridos de unos cinco metros de largo, con la parte superior, donde escribíamos, ligeramente inclinada y un banco sin respaldo para sentarnos. Distribuidos de una manera proporcional en cada banco se hallaban cuatro o cinco

agujeros para meter los tinteros y algunos disponían de cajones a los que se accedía tras levantar la tabla que servía de escritorio. En total eran unos cinco bancos, mobiliario suficiente para que todos pudiéramos permanecer sentados haciendo nuestras tareas.

Durante los seis o siete años que estuve en la escuela, siempre tuve al mismo maestro, D. Eusebio. Lo recuerdo siempre afable y cariñoso, aunque muy rígido. Era hijo del pueblo y tío de algunos de los niños que asistían conmigo a la escuela. Más de una vez, al igual que los demás chavales del pueblo, probamos las varitas de mimbre que nosotros mismos estábamos encargados de proporcionarle. Las exigencias educativas eran por entonces muy limitadas y con las cuatro reglas y leer y escribir, nos conformábamos. En cuanto a la disciplina nunca recuerdo ningún problema especial. Todo era cuestión de hacer lo que te mandaba y ser diligente a la hora de repetir como papagayos las lecciones de aritmética, historia, geografía o gramática. En la escuela no fui ni más aplicado ni más torpe que los demás. Cuando alguna lección se me atragantaba, me limitaba a ponerme detrás de algún listillo y repetir de la mejor manera posible lo que él iba "cantando". Recuerdo que uno de los puntos de conflicto eran los tinteros, pues con frecuencia se desparramaba la tinta y además de la consabida reprimenda, luego el viernes por la tarde debíamos aplicarnos en raspar con algún trozo de vidrio la superficie de la mesa hasta conseguir eliminar en lo posible la correspondiente mancha. Los más pequeños nos sentábamos atrás y, según se iba avanzando en edad, que no siempre en conocimientos, accedíamos a los bancos de adelante que quedaban libres de los niños que abandonaban la escuela para dedicarse casi exclusivamente al pastoreo o a las labores del campo.

Muy pocas veces falté a la escuela. Ni siquiera en invierno, cuando la nieve cubría las calles y la cellisca jugaba al escondite por las esquinas. Mi padre nos cogía a mí y a mis hermanos a "anjones" y en un par de viajes estábamos tan panchos en ella. Después, cuando ya cumplí los ocho o nueve años, faltaba algunos días después del recreo de media mañana para llevar la comida a mi padre, pues para entonces, mi hermano mayor ya lo acompañaba en el campo y era yo quien debía llevarles la comida cuando trabajaban cerca del pueblo.

De vez en cuando llegaba hasta la escuela el olor a gasoil de algún camión que subía al pueblo a por madera. Evidentemente, ello suponía una novedad que rompía la monotonía habitual y por ello buscábamos cualquier excusa para salir de la escuela y así poder dar una vuelta por la plaza para inspeccionarlo y verlo de cerca. Quiero suponer que el maestro era consciente de la poca necesidad fisiológica que sentíamos en tal ocasión, pero sin embargo nunca recuerdo que me prohibiese salir, pensando, quizá, que por unos momentos la mejor escuela estaba en la plaza.

Nunca tuve ningún trauma, ni problema de adaptación o de estudios en la escuela. La vida allí transcurría tranquila y sin sobresaltos, dejando llegar y desaparecer el devenir conti-

nuo de las estaciones y los años. Cada uno aprendía a su ritmo sin más complicaciones que conseguir mantener unidos los trozos cada vez más pequeños de la pizarra o en no perder los pizarrines de grafito o manteca que nuestros padres nos compraban los domingos por la mañana en Enciso, o que nosotros mismos comprábamos a Maximino, cuando subía los jueves alternos con su reata de burros vendiendo por los pueblos del valle.

LA FUENTE.

Recordando la escuela, me he debido de quedar medio dormido. No sé qué hora es, ni tengo conciencia del tiempo que ha pasado. Por la leve claridad que percibo, es posible que esté amaneciendo, pero no puedo hacer caso a mis ojos. Quizá sea una falsa sensación; además aquí, en lo más profundo del río, la luz tarda en entrar. No sé; es igual. ¡Qué más me da la hora que sea! Lo cierto es que no me puedo mover, ni gritar, ni hacer gesto alguno de socorro para que alguien me pueda auxiliar. Tal vez a lo largo del día pueda hacer acopio de todas mis fuerzas y dar un grito, o moverme un poco y conseguir llegar hasta el cauce del río y beber, beber. Beber se está convirtiendo en una obsesión, porque es lo único que me apetece; por lo demás estoy bien. No me duele nada. Solo quiero beber ¡Si pudiera ahora amorrarme en el caño de la fuente, como cuando era niño!

La fuente tenía sobre nosotros, los niños, un especial poder de atracción. A pesar de que en el pueblo confluían tres ríos, la verdad es que gran parte del año, sobre todo en verano, estaban prácticamente secos y todos los servicios de agua de boca para las personas, animales y aseo recaían sobre la fuente. Todo el pueblo se abastecía, pues, de ella. Principalmente en verano, a primeras horas de la mañana y sobre todo al atardecer, era continuo el trajín de mayores y especialmente de niños que se acercaban hasta su caño con la botija, el rallo o la herrada. Con frecuencia la fuente era también el lugar de reunión de los jóvenes.

Pero no os imaginéis una fuente de esas con leyenda escrita en una placa, donde el agua sale a raudales por varios caños y rematada con una estatua cursi de un niño orinando o la estatua gallarda de un personaje importante del pueblo. Nada más lejos de la realidad. La fuente se llama así solamente porque da agua. A decir verdad, algunas personas de los pueblos de al lado, orgullosos de las de sus pueblos, la llaman despectivamente la fuente romana, porque, cuando llueve, mana. En realidad se trata solamente de un pequeño depósito de piedras y barro, que el tiempo y la erosión han ido enmascarando como si fuera natural.

Tampoco está en el centro del pueblo, sino a las afueras y muy cerca del río de donde se abastece a través de un pequeño canal subterráneo que recoge el agua que corre por el sub-

suelo del cauce del río; mejor dicho, de los dos ríos que se besan justo al lado de la fuente. Aún quiere humillarse más y parece como si quisiera esconderse bajo tierra, rodeada como está de tres paredes agrestes y sólo por un lado ve el pueblo al que sirve a través de una pequeña rampa alfombrada de losas y hierba fresca que crece entre las juntas de las mismas. Tampoco la fuente está muy orgullosa de sus servicios, pues casi exclusivamente se acude a ella en verano. Durante el resto del año, el agua se recoge directamente del río más próximo.

Sin embargo la fuente sabe muchas cosas del pueblo que nadie sabe y que guarda y rumia en los largos ratos de silencio, sólo roto por el goteo rítmico del caño o por la lujuria derrochadora que, a veces, brota de sus entrañas cuando un niño travieso ha dejado el caño sin tapar.

La fuente, por estar lejana sólo unos metros del bullicio del pueblo y por ser su acceso un recorrido habitual, sabe mucho de amores, intrigas, celos y proposiciones. Conoce la risa fresca y bulliciosa de los niños cuando juegan a “la alubí” en los anocheceres del verano por sus alrededores, entre los chopos y corrales cercanos y luego, sudorosos y jadeantes, se amorran a su caño como un niño pequeño al pecho de su madre.

Otras veces se duele en el despilfarro de derramarse entera e ir muriendo un poco sobre el botijo, ya rebosante, mientras unos labios trémulos y ardientes se funden en un beso primerizo, robado a medias, acunado por el susurro de las hojas de los chopos y escondido en la penumbra de las luces lejanas de la calle adormecidas entre el pestañeo de miles de hojas de los chopos. La fuente, si quisiera, nos podría hablar también quedo y callandito de las ilusiones y proyectos de las parejas que se sientan a su alrededor y que luego ella, a través de los años, muda e impasible, va viendo hacerse realidad o estrellarse en mil pedazos como los botijos que a veces los niños dejan caer en sus alrededores. También sabe la fuente de sollozos contenidos e ilusiones perdidas de la moza o el mozo impaciente que espera a su amante y no llega.

¡Quién pudiera leer en las paredes de esa fuente como si del libro de un notario se tratase!

LA SOBADERA.

Es posible que sea ya mediodía y que el sol, si es que está claro, juegue a dibujar tenues sombras bajo la pobre vegetación de aulagas, que colonizan casi exclusivamente la solana que se extiende justo ahí, enfrente de mí.

Si quiero reunir fuerzas para llegar al riachuelo que corre cercita, tal vez debiera comer un poco. Aquí, junto a mí, por alguna parte, debe de estar la bolsa de plástico que llevaba cuando me caí. En ella traía una barra de pan recién comprada, medio kilo de chuletas y unas aceitunas. ¡Si pudiera alcanzarla! Pero no la veo y tampoco me puedo girar para buscarla, así que será mejor que me olvide de hacer cosas raras. Sólo puedo pensar, o mejor que pensar, recordar. Recordar es lo único que puedo hacer, pues, al pensar, a veces pierdo el hilo, pero al recordar no. Lo recuerdo casi todo con una total precisión. Quizá sea esto el prelude de la muerte, pues alguna vez he oído decir que previamente a ella se recuerda todo muy bien. No me asusta la muerte. De haber podido elegirla, desde luego que no hubiera elegido esta forma, pero no me asusta. Sólo me asusta el dolor y ahora no lo siento. Tal vez más tarde, cuando mi cuerpo se vaya quedando frío, lo sienta. Me asusta pensar que quizá alguna alimaña, atraída por el olor de la carne, el pan y las olivas, pueda hacerme daño durante la noche. Siempre oí decir que con la carne viva no se atreven, pero... ¡quién sabe!; quizá es que no quedó nadie para contarlo. Al hablar del pan me ha venido a la memoria cuando, de pequeño, ayudaba a mi madre a hacerlo. ¿Cuánto hará de eso? Quizá setenta y pico años, pero lo recuerdo mejor que lo que hice ayer. ¡Maldito ayer!

El pan representaba en aquella época, y aún hoy, el principal elemento en la dieta de alimentación. Todas las comidas se acompañaban de abundante cantidad de pan: las sopas de leche por la mañana, el tomapán del medio día, la merienda a base de pan untado en aceite o remojado en vino y las sopas de pan por la noche. La cosecha de los años buenos o malos se medía, en gran parte, por la cantidad de fanegas de trigo que se cogían, y ello era la garantía de alimentación para todo el año.

No es de extrañar, pues, que el abundante consumo de pan obligase a las familias a hacerlo por lo menos cada quince días. Su elaboración recaía en las mujeres de la casa y, con el fin de abaratar costes en leña y tiempo, solían juntarse varias para usar el mismo horno y ayudarse mutuamente en las labores que ello requería.

Los niños ya mayorcitos éramos generalmente los encargados de traer el día anterior la leña hasta la boca del horno. Mi hermano y yo nos afanábamos en ello y preparábamos la leña necesaria traída desde nuestra bardera. Esta leña se componía básicamente de aulagas y estepas, pues eran materia fácil de conseguir y además proporcionaba un fuego rápido y con pocas ascuas muy propicio para calentar el horno.

Mi hermano mayor ya empezaba a acompañar por la mañana a mi padre en los huertos antes de ir a la escuela, así que debía ser yo quien tenía que ayudar a mi madre. Por eso, la noche anterior, mientras cenábamos, me dijo:

-Mañana tienes que ayudarme con la sobadera.

Cuando nosotros nos fuimos a la cama, ella se subió al cuarto de amasar en el somero y dispuso la harina, el agua, la sal y la levadura que previamente había pedido a alguna vecina, que habría amasado hacía unos ocho días.

Para cuando mi madre me llamó, ya llevaba ella un buen rato en el cuarto de la amasadera. Aparecí en el cuarto con los ojos aún cargados de sueño. Mi madre ya había cernido la harina, y después de echarle la correspondiente cantidad de agua y sal, estaba amasando inclinada sobre la artesa.

La amasadera o cuarto de amasar, como así lo llamábamos en casa, ocupaba un cuarto de la planta alta o somero. Antes de que mi padre comprara la casa, había sido cocina y aún quedaba suficiente hollín entre las vigas del techo como para atestiguarlo. Siempre olía a humo. Un diminuto ventanuco, muy cerca del techo, junto a lo que antiguamente había sido la campana de la chimenea, propiciaba una luz casi cenital sobre mi madre, acentuando sus hombros y sus brazos remangados, manchados de harina.

Aquella visión de mi madre me gustaba; así que me senté a mirarla. Recostado sobre la puerta de la estancia y sentado sobre la saladrea de los jamones permanecí un buen rato contemplándola, mientras ella amasaba. Sus movimientos de vaivén ágiles y precisos, al amasar sobre la artesa, se me imaginaban como una hermosa danza que observaba con fruición desde mi improvisado palco de teatro.

Cuando hubo acabado de amasar todo, empezaba mi tarea que consistía únicamente en darle vueltas a la sobadera. Esta era una máquina, si así puede llamarse, consistente en dos rodillos, muy próximos entre sí y que giraban accionados por una manivela a la que yo debía dar vueltas. Estos dos rodillos giraban en distinto sentido y al introducir la masa por arriba, era engullida por los rodillos y, tras pasar varias veces por entre ellos, quedaba ya suficientemente sobada.

Mientras yo limpiaba las adherencias sobre la sobadera, mi madre daba forma a la masa configurándola a la forma tradicional del pan. Según creencia popular, era bueno dar un par de cortes al bolo para favorecer la fermentación, así que mi madre a medida que iba acabando con cada pan, lo cortaba, lo iba colocando cuidadosamente en la artesa y lo tapaba con unos lienzos muy blancos. Ya sólo quedaba dejar reposar durante un par de horas la masa para que fermentase. Cuando mi madre echó tras de mí la llave del cuarto de amasar, para que no entrasen los gatos, mi labor, de momento, había acabado.

Bajé a la cocina, almorcé y me fui a la escuela. Allí más de una vez me regodeé imaginando la merienda que, sin duda, me esperaba aquella tarde, pues había visto cómo mi madre había preparado varios bolletes con chorizo para que merendásemos mis hermanos y yo.

Cuando salimos de la escuela al mediodía, fuimos, como de costumbre, a hacer la visita al Santísimo a la iglesia. La calle daba fe de que el horno estaba encendido a juzgar por el olor a humo que ascendía calle arriba, Cuando salimos de la iglesia, bajamos al horno. Allí, como ya sabíamos, encontramos a mi madre afanada en aquellos momentos en su limpieza. Aproximadamente una hora antes lo había encendido metiendo por la boca una buena cantidad de aulagas y estrepas. Debido al tipo de leña, el fuego era muy intenso y muy rápido. Por la boca del horno, abierta para que saliese el humo, pues los hornos no tienen chimenea, podía apreciarse su vivacidad. Ello obligaba a meter varias veces una gran cantidad de estrepas hasta que los ladrillos de dentro se volviesen blancos, pues según conocimiento general, era entonces cuando alcanzaba la temperatura adecuada para que el pan se cociese convenientemente. En el suelo, junto a la boca del horno, aún humeaban las ascuas que mi madre acababa de retirar con el rastrillo. Cuando ya las llamas daban lugar al rescoldo y a alguna que otra brasa, era el momento de limpiar el suelo del horno con las "bragas". Este utensilio consistía en una especie de fregona de mango muy largo (lo suficiente para llegar hasta el fondo del horno a través de la boca del mismo) y con unos trapos húmedos en la punta. Con esos trazos se frotaba el suelo para que la ceniza y las impurezas se adhirieran al mismo. Cada vez que se sacaba se limpiaba en el agua de un cubo y así quedó dispuesto el horno para recibir el pan. Mientras mis hermanos y yo jugueteábamos por los alrededores, mi madre y la vecina continuaban con su labor. Era la hora de meter la masa que había reposado convenientemente en la artesa y que ya había fermentado. En un repoyo, hecho de piedras, junto al horno, descansaban las banastas convenientemente tapadas con manteles, cuya blancura resaltaba sobre el color negruzco del entorno, producto del humo. El horno iba engullendo uno a uno los futuros panes perfectamente dispuestos en la pala. Los de mi madre a un lado, los de la vecina a otro. Sin embargo, con el fin de que no hubiera confusión sobre de quién era éste o aquel pan, según se iban colocando en la pala, se les hacía una marca a cada uno. Para ello cada casa disponía de una especie de tampón de madera con puntas en su parte inferior distribuidas de manera que la señal producida en el pan lo identificase convenientemente cuando fueran recogidos del horno. El nuestro estaba formado por tres filas sucesivas de puntos, de tres, cuatro y tres puntas cada una. Otras veces una simple marca hecha con un tenedor suplía al instrumento en cuestión. Solo quedaba tapar la boca del horno y esperar. Si todo iba normal, que era lo más probable, en un par de horas estaría cocido el pan.

Cuando salimos de escuela por la tarde, era una delicia el olor del pan recién cocido y la merienda con los bollos preñados.

LOS HÚNGAROS.

En esta semiinconsciencia que me aturde estoy perdiendo la sensación del tiempo. Creo que llevo aquí casi 24 horas, porque, aunque desde esta postura tan ridícula no puedo ver bien, intuyo que es media tarde. La misma hora, más o menos, que cuando ayer me escurrí por el ribazo. Si pudiera darme la vuelta, seguro que vería las sombras ahí, enfrente de mí. Estarán perfilándose levemente sobre las piedras más salientes del cauce del río. ¡Las sombras, las sombras! Siempre las llamé sombras, en plural. No sé por qué. Quizá porque, desde las cumbres de los montes, desde donde yo las observé muchísimas veces, se veían acá y allá a la vez, como si cada una de ellas tuviera vida propia. Durante toda mi vida las sombras han formado parte de mí. Ellas me han marcado el devenir del día sin necesidad de reloj. Las he visto insinuarse levemente al amanecer sobre las cumbres de los montes, y bajar entre trompicones por los ribazos, devorando rocíos, hasta el río. Las he visto dormir durante el día bajo los chopos del río y desperezarse luego, suave, imperceptiblemente casi, hasta formar un cuerpo único y trepar por las laderas agarrándose a los matojos de hierba de las orillas de los sembrados. Yo mismo he jugado muchas veces con ellas, como un niño, queriendo pillarlas en un renuncio, o a ver mi propia sombra proyectada y deformada por las irregularidades del terreno. Mi sombra ha sido, en muchas ocasiones, la única prueba de mi existencia. Ayer mismo, cuando subía cansinamente por el camino, encorvado sobre el palo que me servía de cayado, ella me precedía y se detenía conmigo para tomar aliento. ¡El camino! Ese camino por el que tantas veces transité y que me trajo y se me llevó alegrías y tristezas.

Una de las primeras alegrías que me trajo el camino fue la llegada de los húngaros. Aparecieron, de repente, una tarde de otoño, cuando el sol se moría entre tonos ocres sobre la solana.

Aquella experiencia me impactó profundamente. Nunca hasta entonces había ni siquiera imaginado que pudiera existir un modo diferente de vida a la que llevaban mis padres, ni que hubiera niños que no iban a la escuela, ni tuvieran una fuente, unos juegos en la plaza o un rosario al anochecer. A la inocencia propia de mi edad y condición habría que añadir el aislamiento geográfico del pueblo, del que, por supuesto, yo no era consciente. Por ello eran muy escasas las ocasiones en que alguien aparecía por el pueblo. Hasta la primera vez que vi a los húngaros, mi experiencia con el mundo exterior se había limitado a las pocas palabras que había intercambiado con los mendigos que llegaban. Era costumbre que el pobre, pues así lo llamábamos, pernoctara en los bajos de la casa del pueblo, donde podía permanecer sólo tres o cuatro días. Un suelo de paja y un candil era todo el mobiliario de que disponía el lugar. Una familia cada día, por reo, era la encargada de su alimentación y éramos generalmente los

niños quienes acudíamos, no sin cierto temor, a cumplir tal menester. La oscuridad del lugar y la condición de “pobre” expoleaban nuestra imaginación de niños, cuando éramos mandados a la casa del pueblo por nuestros padres con un pucherito lleno de potaje.

Aquella tarde, mientras jugábamos en la plaza, recién salidos de la escuela, alguien dio la voz. Nuestras miradas se dirigieron al camino y todos pudimos divisar una polvareda a lo lejos. Poco a poco, entre la polvareda, se fueron perfilando tres carromatos tirados por sus respectivos animales. Movidos por la novedad, dejamos el juego y corrimos nerviosos hacia su encuentro. Conforme íbamos llegando a una distancia más que prudencial, todos fuimos deteniendo paulatinamente nuestra carrera y comenzamos a sentirnos temerosos. Conocedores como éramos del terreno, todos dejamos instintivamente el camino y ascendimos por la ladera hasta situarnos justamente encima de ellos. Esto nos proporcionaba seguridad y una panorámica desde la que podíamos perfectamente observar el espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos. Eran tres carromatos de cuatro ruedas cada uno. Era la primera vez que yo veía algo semejante. Cada uno de ellos parecía reunir todos los ingredientes de una casa. Del primero tiraban dos burros en reata. Ambos presentaban el pelo sucio y ralo a corros, de sus patas colgaban mechones de pelo apelmazado y el rabo que, se balanceaba suavemente, apenas sí disponía de las cerdas suficientes como para espantar las moscas que pululaban en torno a sus nalgas. Su andar cansino estaba acentuado por la ligera mueca de cojera que insinuaban al caminar, sin duda producida por no llevar adecuadamente cortados los cascos. El carromato siguiente estaba tirado por una sola mula. Su aspecto descuidado se asemejaba al de los burros, pero su mayor envergadura y porte le proporcionaba una sensación de brío que seguramente ella debía atenuar para amoldarse al ritmo del caminar más lento que imponían los burros de adelante. Un caballo joven, casi un potrillo, tiraba del último. Su aspecto era saludable y el porte ágil y fresco de su cuerpo le conferían una lozanía, que aún se acentuaba más por contraste con los burros del primer carromato. La estructura de los tres carros era idéntica; las paredes eran de listones verticales de madera, de un color pardusco impreciso, debido a las sucesivas manos de pintura superpuesta. En la parte delantera se enseñoreaba un pescante, de apenas dos plazas, cuyo asiento se hallaba recubierto con una manta vieja a cuadros. Unos visillos blancos, que contrastaban con el marrón mortecino de las paredes del carromato, enmarcaban el contorno de una ventana a cada lado. Un tejado de zinc a dos aguas con manchas oscuras cubría los carromatos y sobre ellos se erguían majestuosas las respectivas chimeneas de uralita con un ridículo sombrero a modo de quitaaguas. A ambos lados de los carromatos se extendía una cuerda de la que pendían distintas vestimentas, agitadas por la suave brisa y por el traqueteo del carromato en los altibajos del camino. Por la parte de atrás se abría hacia fuera una pequeña puerta que obligaría, sin duda, a agacharse a un hombre de

mediana estatura. Dos perros, de aspecto saludable, se mantenían unidos al primer carromato mediante una cuerda atada al eje trasero y dos cabras negras lo hacían del tercero. En cuanto a las personas que presumiblemente viajaban dentro, ni siquiera se dignaron asomarse a las ventanas. A pesar de que el aspecto general de la caravana no ofrecía un peligro inmediato, nosotros seguíamos caminando a su ritmo, pero desde la parte superior del camino. Nuestras mentes de niños estaban llenas de historias de sacamantecas que iban por los pueblos o de monjas que iban pidiendo y luego alguien dijo que se había fijado y que tenían nuez en la garganta, como los hombres. Era pues prudente mantenerse a cierta distancia de ellos, pero sólo la justa para mantener el equilibrio entre la prudencia obligada por imperativo de nuestros padres y por otro lado la imaginación azuzada, en este caso, por la novedad de lo que se presentaba a nuestros ojos y que rompía la monotonía diaria.

Para cuando llegaron, la noticia ya se había extendido por el pueblo. “¡Los húngaros, han llegado los húngaros!”. La presencia de nuestras madres que escudriñaban desde las esquinas de la plaza nos proporcionaba seguridad y ello hizo que nuestra aproximación a los carromatos fuese mayor y pudiéramos ver cómo algunas mujeres salían de ellos y caminaban al par de la caravana. Lo primero que saltó a nuestros ojos fueron los colores chillones de sus vestidos. Nosotros siempre habíamos visto a nuestras madres vestidas de negro, por eso la contemplación de unas mujeres, que a nosotros se nos antojaban mayores, con faldas rojas, amarillas o verdes incrementó la curiosidad y la expectación. El color aceitunado de su piel fue también motivo de nuestro asombro, pues, aunque estábamos acostumbrados al color moreno del que nosotros mismos participábamos por el sol y las inclemencias meteorológicas, intuíamos que aquel color era algo diferente, así como sus facciones de labios, los pómulos salientes y el color excesivamente negro y reluciente de su pelo.

No recuerdo si fue por indicación nuestra o por su propio instinto, pero el caso es que los húngaros se instalaron justamente donde tenían que instalarse, en Los Nogales. Era ésta una explanada junto al río, solamente separada de éste por una hilera de chopos ya centenarios, y flanqueada por arriba por varios corrales y por el camino. Ello les proporcionaba cierta independencia por un lado y por otro estaban muy próximos al pueblo para favorecer la relación que, sin duda, iban a mantener con él en los próximos días.

Enseguida tomaron la explanada como suya y aquí un burro, allí una cabra y más allá el caballo, el caso es que daban la impresión, o por lo menos a mí me lo parecía, de que habían instalado en Los Nogales su cuartel general. Las mujeres sacaron del carromato los utensilios de cocina, hicieron fuego con los cuatro palos que encontraron cerca y comenzaron a guisar fuera mientras, en torno a la lumbre, pululaban tres niños muy pobremente vestidos y descalzos. Su semblante era relajado y se mostraban indiferentes ante nuestras miradas. Era-

mos nosotros quienes seguramente aparecíamos a sus ojos más excitados y nerviosos por la novedad. Los hombres, que durante el camino habían permanecido en el pescante de sus respectivos carromatos, una vez que desyuncieron de las varas sus respectivos animales, los ataron junto al río con un largo ramal para que pudieran abarcar un gran trozo de hierba y el agua del río. Después se pusieron a peinarlos, mientras los animales comían tranquilamente.

Con tanta novedad, apenas éramos conscientes de que la tarde estaba cayendo. Las sombras de los chopos comenzaban a alargarse y los zarzales y matojos de lampazas se insinuaban sobre el césped mortecino y ralo a trozos de Los Nogales. Un ligero vientecillo arrancaba las primeras hojas del otoño y jugaba a alojarlas entre las lampazas y zarzales.

Pronto sería la hora del rosario, pero antes, el que más y el que menos, aún tenía alguna tarea que hacer. Yo, por ejemplo, debía bajar un saco de paja para los machos. Esta era la única tarea fija que mi hermano y yo teníamos encomendada de diario y no era cuestión de que cuando nuestro padre volviese del campo se encontrase la pajera vacía. Alguna vez ya había ocurrido y, dadas las consecuencias que tuvo, sería mejor no repetir la experiencia. Así pues, estaba claro que, por el momento, debíamos abandonar nuestro puesto de observación. Desde que los húngaros habían llegado a “Los Nogales”, todos, guiados sin duda por el instinto de protección, habíamos permanecido muy juntitos, sentados en una pila de troncos de haya que había junto a la plaza.

Desde el pajar, situado en una era de las afueras del pueblo, oímos la trompeta y el tambor. El sonido lejano aguzó nuestros oídos y nos dio alas en las manos para llenar rápidamente el saco de paja, cerrar de un portazo el pajar y correr hasta la orilla de la era. Desde allí pudimos percibir más claramente el sonido metálico de la trompeta y la algarabía que, sin duda, había en torno al cortejo, pero no podíamos ver nada. Mi hermano se cargó él solo el saco de paja y comenzamos a correr camino abajo hacia el pueblo. Para llegar a nuestra casa debíamos pasar por la plaza y allí, justamente al llegar, pudimos disfrutar del maravilloso espectáculo que se ofrecía a nuestros ojos. Mi hermano se deshizo rápidamente del saco de paja, lo colocó en un rincón de la plaza y se dispuso, como yo y todos los demás niños, a seguir el cortejo por el pueblo.

Llamar cortejo a lo que se nos ofrecía a la vista podría parecer un poco presuntuoso, pero era lo más espectacular que yo había visto nunca.

El cortejo, pues así lo llamaré en adelante, se componía de los tres hombres del pescante, tres mujeres, una chica y un chico un poco mayores que nosotros y los tres niños que ya habíamos visto junto a sus madres cuando estas trajinaban junto al fuego en Los Nogales. Evidentemente habían cambiado el atuendo con el que los vimos llegar por otro más apropiado para la ocasión. Los hombres llevaban trajes negros, viejos pero limpios. El excesivo vo-

lumen de la barriga de uno de ellos le marcaba fuertemente los botones de su chaqueta y bajo el pañuelo que rodeaba su cuello se hinchaban sus venas que subían o bajaban al ritmo que su boca se ajustaba a la boquilla de la trompeta, de cuya campana surgían irisaciones de color dorado a pesar de la poca luz existente. Unas alpargatas negras de esparto completaban su atuendo. Los otros dos hombres, de aspecto más joven, ceñían su cabeza con un sombrero también negro, mientras que el gordo nos mostraba una reluciente calva. Una guitarra y un tambor, unidos a la trompeta del gordo, componían la orquesta.

En cuanto a la vestimenta de las tres mujeres, ni mis amigos ni yo habíamos visto nunca nada parecido. Lo más parecido, quizá, cuando algún domingo por la tarde, en las épocas en que las labores del campo menguaban, las mozas se ponían sus mejores galas para salir juntas. Deambulaban arriba y abajo, cogidas del bracete, por el camino de Poyales a la hora en que los mozos subían de Enciso después de comer cabrito asado en la taberna de Maximino. Los mozos subían, a menudo, con la cartera menguada y la lengua ágil para hacer requiebros galantes a las mozas. Estas, sabedoras de tal situación, se emperifollaban con flores en el pelo bien untado de brillantina y colonia. Sus vestidos, generalmente de confección propia, combinaban colores llamativos con pulseras y pendientes de bisutería. Un poco de colorete en las mejillas y carmín en los labios acentuaban sus rasgos graciosos propios de la edad.

En pleno cortejo, sus cabelleras brillantes, negras y largas hasta media espalda, revoloteaban en torno a sus rostros, hombros y talle al ritmo de la música. Sus brazos, tendidos al aire como giraldas rematadas en unas castañuelas, acentuaban sus cinturas, bien ceñidas por un corpiño negro sobre el que se cruzaba por delante un echarpe con flecos que dejaban insinuar unos pechos redondos y suaves. Dos aros, uno verde y otro rojo, y de un tamaño excesivo para pendientes, colgaban de cada una de sus orejas y se agitaban entre los rizos de la melena cuando, con la cabeza erguida con aire despectivo, las mujeres movían su cuerpo en cabriolas y desplantes. De sus cinturas pendían hasta casi tapar los pies unos vestidos de volantes. Sus caderas, excesivamente marcadas, por lo ajustado del vestido, se cimbreaban entre requiebros y recortes toreros que hacían batir palmas a los hombres y mujeres que atraídos por la música se iban acercando hasta la plaza, en donde se estaba desarrollando el espectáculo. Los niños, que hacía poco habíamos visto merodear en torno a sus madres y que ahora se nos presentaban notablemente mejorados en su atuendo, seguían con sus palmas el ritmo de la música y, de vez en cuando, acompañaban a sus madres en los desplantes y requiebros de éstas con el consiguiente beneplácito del respetable que los jaleaba en razón inversa a la edad que los tres aparentaban tener.

Poco a poco fue cayendo la noche sobre el pueblo. El cura retrasó la llamada al rosario y cuando el espectáculo hubo concluido, apenas unas monedas sobre las aldas de las muje-

res fueron el indicador de lo escasos que serían los beneficios si seguían por ese camino. Antes de acabar, uno de los hombres indicó, en un mal castellano, que al día siguiente estarían dispuestos a arreglar pucheros, cazuelas o paraguas y que la función había terminado.

Durante todo el día siguiente estuvieron, en efecto, arreglando todo lo que las mujeres les llevaron y nosotros permanecimos a una distancia prudencial, observando, sin comprender, su extraña forma de vivir.

Por la mañana del día siguiente, en la escuela, todos estábamos más atentos a los ruidos que podíamos percibir desde la plaza que a las explicaciones de D. Eusebio. Cuando por fin, acabada la jornada escolar, pudimos correr todos en tropel hacia Los Nogales, nuestra efímera visión de un mundo diferente al nuestro se había esfumado. Apenas un rescoldo en la lumbre y un suelo más ajado que lo habitual daban fe de ello. Pero en nuestros corazones quedó durante mucho tiempo la nostalgia por unas personas diferentes que, al menos por un día, nos habían enseñado una forma nueva de vivir incomprensible para nosotros.

LA BARRANCADA.

En el filo del duermevela percibí, a través de la contraventana semiabierta, la claridad del día ya amanecido. Ya antes se me habían insinuado entre sueños los ruidos que procedentes de la cocina eran indicio de que mi madre se había levantado y que andaba en el trajín propio de las primeras horas del día. Mi padre seguramente andaría por el corral o por algún huerto. El volteo de las campanas que poco a poco se me iba presentando más real, con su ritmo lejano pero penetrante y más presente poco a poco, debido a mi mayor consciencia, me estaba indicando que era domingo. Salvo el volteo de las campanas y el trajín de mi madre en la cocina, nada se oía en la casa. Los distintos animales que vivían en la planta bajera permanecían en silencio. Ni el gruñido de los cerdos, a los que sin duda mi madre ya habría echado de almorzar, ni el braceo de los machos contra el suelo rompían el silencio. Ello me permitía disfrutar con placer del silencio matinal, sólo roto por el repique limpio, como la mañana, de las campanas. La tibieza que sentía en mi cuerpo bajo las sábanas, y el contacto físico de la espalda de mi hermano, profundamente dormido junto a mí, me proporcionaban una agradable sensación de bienestar y seguridad. A través del cristal de la ventana, orientada hacia el saliente, penetraba un haz de luz en el que mis ojos de niño buscaban figuras sin forma e intangibles, motas de polvo que subían y bajaban y que solamente me eran visibles cuando entraban en el campo del rayo de luz. Un suave soplido bastaba para reactivar una y otra vez ese mundo normalmente invisible y que ahora, por obra y gracia de la mañana, se me presen-

taba en un juego de luces y sombras que muchas veces antes había visto pero del que apenas había sido consciente.

Cuando el eco de las campanas cesó y se perdió más allá de los montes, ya todo el pueblo sabía que era domingo. Mi madre apareció enseguida en la habitación con ropa limpia para nosotros, zarandó suavemente a mi hermano, y se alejó con idéntico fin hacia el dormitorio de mis hermanas que dormían en la habitación contigua.

El día, como casi todos los domingos en esa época de otoño, se presentaba sin muchos quehaceres y los niños, libres de la escuela, los aprovechábamos para vagar sin rumbo por cualquiera de los alrededores del pueblo. Así que me levanté rápidamente, me puse mi ropa nueva recién traída por mi madre y salí contento y silbando hasta la cocina. Allí me esperaba la jofaina que mi madre había preparado mezclando el agua fría con un cazo de agua caliente que sacó de la olla colgada en el llar. Mis hermanas fueron apareciendo por la cocina. El toque de la segunda pilló a mi madre cepillando el pelo de mis hermanas, mientras comían unas sopas de leche. Una intencionada mirada de mi madre hacia la leñera nos percató de que apenas si quedaban una estrepas y un par de rajás. Como esta era una labor que normalmente la teníamos encargada nosotros, mi hermano y yo preferimos aprovechar el breve intervalo de tiempo que quedaba hasta la tercera para llegarnos hasta la bardera y traer unas aulagas y unas estrepas. Nos dio tiempo incluso para llegarnos hasta el corral y traer también unas rajás que tiramos desordenadamente en la leñera. Cuando salimos a la calle mayor para dirigirnos hacia la iglesia, las mujeres subían presurosas ajustándose el velo y los hombres esperaban relajados en el pórtico a que el monaguillo diese la tercera.

Lejos ya del verano, cuando los hombres salían presurosos de misa para preparar los aperos e ir al campo, ahora se demoraban en la plazuela, en el Solobarrio o en la plaza comentando en pequeños grupos los planes para la inminente bajada a Enciso, mientras las mujeres corrían a sus casas a preparar el almuerzo. Los que debían ir pastores encargaban a otros las cosas que tenían que subir o los recados que habían de hacer en lo de la Chacana o en la botica. Con alguna frecuencia los hombres solamente bajaban a comerse unas chuletas y echarse unos tragos en lo de Maximino, después de comprar herramientas o utensilios propios de la labranza. Las mujeres, por el contrario, se encargaban de adquirir la ropa necesaria para la familia y la casa, las cosas de alimentación y limpieza y, en general, todo aquello que, según la tradición, estaba más de acuerdo con la condición femenina. Poco a poco el camino que bajaba a Enciso se iba llenando de gente del pueblo y de los pueblos de arriba que acudían formando pequeños grupos animando el camino. Para nosotros, los chavales, el día era propicio para nuestras excursiones, si así podían llamarse. Nos juntábamos en la plaza y allí decidíamos la ruta a seguir según el tiempo. Generalmente caminábamos durante horas sin ningún

fin ni rumbo concreto, recorriendo los barrancos. De niño, junto con mis compañeros, recorrí cientos de veces este tramo de barranco en el que me encuentro y que tal vez sea mi tumba. Cada pozo con su nombre concreto: “el gamella”, “el molinillo”, “ el puchero “ formaban parte de nuestra vida y de la del barranco. Porque el barranco adquiría vida propia en cada remanso, o en cada rápido donde demorarse durante horas construyendo un molinillo con juncos o jugando a echar carreras con palos con la misma emoción que si de una vuelta ciclista se tratase. En los rápidos canalillos, hundidos por el desgaste, jugábamos a hacer presas, cambiando el curso del agua a nuestro antojo. Siempre me fascinaron la pureza, la textura, el color azulado metálico, las tonalidades de azul según la hora del día, el relieve, el brillo y la limpieza de las lastras del barranco. Las casi microscópicas cristalizaciones de pirita, diseminadas como pequeños regueros de pólvora por todo el río, daban rienda suelta a nuestra imaginación de niños, convirtiendo en oro todo lo que brillaba. El barranco también adquiría vida tras cada barrancada producida por una tormenta. Los pozos tomaban nuevos contornos, los rápidos cambiaban de lugar. Era como descubrir otra vez el río y volver así a empezar tras cada verano.

Durante toda mi vida he contemplado miles de veces una barrancada tras la tormenta y siempre he sentido la misma sensación de admiración ante la majestuosa demostración de fuerza arrolladora de la naturaleza.

Las tormentas se producían generalmente en verano y, debido a la virulencia de las mismas, la gente que se encontraba diseminada por los alrededores del pueblo venía a refugiarse en las casas o corrales e incluso, a veces, en las chozas, colocadas estratégicamente por el campo.

Por el horizonte del sur comienzan a asomarse, como cabezas de monstruos agazapados detrás de las montañas, unos nubarrones de vientre gris oscuro y ojos de fuego. Poco a poco, en ese devenir insensible del tiempo, el cielo se va tomando hosco y negro entre feroces rugidos del gigante. El calor se esconde asustado entre los matorrales y el viento, preludio de la tormenta, pone en danza el polvo de los caminos. Los pajarillos, sabios meteorólogos, buscan refugio entre las ramas de los árboles, cuyas hojas, paralizadas por los rugidos del monstruo, presagian ya la inminente tormenta.

De repente, como si el vientre del gran monstruo se abriese en canal, unos gotarrones hieren sonoros el polvo del camino, para ir empapándolo después y convertirse primero en fino hilillo de agua, riachuelo y torrente luego, que arrastra los pequeños guijarros de los caminos, los excrementos de los animales y la paja y modela la superficie de la tierra. Todos estos elementos responden presurosos, pendiente abajo, al alarido que produce el eco de los truenos en las limpias lastras del barranco.

El barranco, hasta ahora, ha sido un enemigo potencial, pero dormido. Su lecho, cubierto de arena parda y cantos rodados de vientre húmedo y cabezas reseca, apenas si deja ver alguna que otra hierba alta; solo algunas matas de juncos aquí y allí.

Unos charcos verdosos, cubiertos de pelo de rana, aparecen en los remansos, como sembrados a voleo, y en sus orillas duermen diminutas piedrecillas negruzcas.

A trechos, el río, ávido de agua, guarda con avaricia en pequeños hoyuelos horadados en las distintas lastras superpuestas, un poquito de agua que la noche ha dejado escapar entre el cascajo del cauce y que el sol ya casi ha consumido durante el día.

A los sonos desgarradores de los truenos, al chispazo cegador de un nuevo relámpago y al roce semierótico de las gotas sobre la piel reseca de la tierra, el barranco se enerva, se despierta de su letargo.

Y ahí tienes ya al barranco con su cauce fresco y húmedo por el que fluye primero un lánguido hilillo de agua, que comunica entre sí los charcos y que se detiene para tomar aliento en los pozos que, rebosantes ya y pletóricos de vida, arrastran consigo el moho de las pozas. Pero no está todavía aún satisfecho el barranco. Entre el rugir de cantos rodados y arrastrando piedras y palos en medio de un torrente de color verde marrón aparece ya la barrancada, loca, frenética, avasalladora..

En unos segundos tan sólo, el cauce del río, hasta ahora árido y seco, se ha convertido en un torbellino devorador, que, si bien se mece en las irregularidades del cauce, formando pequeñas cascadas y rampas, salta y se desborda. Es como un grito de venganza.

Entre las aguas turbias danzan en mil formas y maneras, troncos y matas de juncos. Las piedras arrastradas y que corren por el fondo del cauce aplauden con un ruido sordo y monótono la gallardía del nuevo elemento.

El río, ebrio ahora de poder, se desborda por las orillas del cauce y lame nuevas fronteras hasta ahora desconocidas, doblega el junco esbelto, lo humilla y rompe las presas. En su afán de conquista, jadeante en su orgasmo, se desborda por las acequias y derrama en ellas los despojos de su festín. Pero su dureza y despilfarro de fuerza son pasajeros, pues apenas las nubes, gastadas ya, van dando paulatinamente paso a los claros del cielo y cuando en el ambiente se respira aún el olor a tierra húmeda y el viento se disipa entre los chopos en olor a azufre, la barrancada va muriendo.

Pasado un tiempo, el cauce es de nuevo puro y limpio y, como una nueva génesis, quedan por descubrir de nuevo, nuevas piedras, nuevos pozos, nuevos remansos y nuevas pozas que los niños pequeños deberán construir de nuevo para jugar.

Cuando la mañana va declinando, el camino de Enciso va recobrando poco a poco el trajín de las primeras horas, pero en sentido inverso. Las alforjas de los machos aparecen aho-

ra llenas de paquetes y el que más y el que menos ha comprado alguna chuchería para los más pequeños. Por eso nosotros, sabedores de ello, solemos estar al quite por los alrededores de la plaza esperando unos caramelos, una naranja o unos cacahuetes. Otras veces, sobre todo cuando se aproximaban las navidades, el río se convertía en el lugar ideal para recolectar leña con la que hacer la hoguera de la noche de Navidad. Con frecuencia las tormentas del verano dejaban también abundante leña por los aledaños del barranco y era la costumbre que los chavales la recogiésemos. Sin embargo no la llevábamos al pueblo, pues podría desaparecer en manos de algún aprovechado que la utilizara para fines propios.

Recuerdo que más de una vez tuvimos problemas entre los amigos porque algún familiar nos había robado la leña después de tomarnos el trabajo de recogerla y guardarla. Así pues, el lugar donde la escondíamos era un secreto compartido entre todos los chavales. No solamente el barranco era el lugar ideal para recoger la leña; el monte también nos la brindaba gratuitamente y además nosotros sabíamos perfectamente dónde encontrarla. El lugar idóneo eran las proximidades de la línea eléctrica pues, debido a que los postes solían ser de chopo, se rompían con facilidad y los hombres que los sustituían en tareas de vereda solían dejarlos tirados junto a la línea. Con frecuencia debíamos arrastrarlos por el monte después de partirlos en diversos trozos y esconderlos en algún lugar protegido al igual que hacíamos con la leña que recolectábamos en el barranco.

La comida en familia suponía un aliciente más en el devenir del domingo. Durante la semana, raro era el día que podíamos sentarnos toda la familia en torno a la mesa. Las obligaciones de mi padre con el rebaño o las tierras le obligaban con frecuencia en esta época del año a comer en el campo, así que esto era un placer añadido en la vida de los domingos.

Por la tarde parecía, o así por lo menos lo percibía yo, como si el pueblo tuviera la necesidad de reencontrarse a sí mismo. Los hombres se tomaban su tiempo para charlar sin prisas en la plazuela, en el Solobarrio o en la plaza, mientras degustaban un porrón de vino o jugaban una partida de mus.

Las mujeres también se tomaban su tiempo, más corto, pues con frecuencia solían aprovechar el domingo por la tarde para realizar alguna faena extra en casa hasta la hora del rosario. Después formaban también su tertulia, no muy lejana de la de los hombres, mientras hacían un remiendo o amamantaban a los hijos sobre el regazo.

Recuerdo estas tardes con especial fruición cuando merodeábamos por entre los grupos de hombres y mujeres expuestos a cualquier capón, pero con una gran sensación de protección. Mientras tanto, los mozos solían jugar a la calva en Los Nogales y las mozas, muy peripuestas, salían a darse un paseo por el camino o por la carrera atentas con un ojo al vestido de las demás y con el otro puesto en el camino que subía de Enciso por donde podía apare-

cer, en cualquier momento, la realidad de un sueño apenas insinuado en la intimidad del pensamiento.

DÍAS AZULES.

Tengo la sensación de que se me está pasando el aturdimiento que me produjo el golpe al caer. Aún sigo sin poder moverme, pero mis sentidos, o mejor, mis disminuidos sentidos comienzan a dar síntomas de su presencia. Hace años que apenas veía y sigo sin ver. No percibo ninguna luz. No sé si es porque no veo o porque es de noche. En todo caso, está claro que tengo que pasar aquí la noche. El oído siempre lo tuve bien. No oigo nada, pero supongo que es que no hay nada que oír. Excuso de ponerme a gritar, porque nadie me oirá; además tampoco tengo voz. No puedo. Aunque no veo el lugar en donde estoy, soy capaz de describirlo perfectamente. Hacía años que no bajaba por aquí. Recuerdo que la última vez fue cuando se me cayó una oveja primala desde el camino, poco más o menos desde el mismo lugar en que me he caído yo. La tuve que subir a casa cargándomela como pude, porque se había reventado. Entonces aún tenía fuerzas. Tuve para comer una temporada. ¿Cuánto hará de esto? No sé. No lo podría precisar, pero igual hace unos diez años. ¿Cómo es posible que haya pasado así el tiempo?

Desde que me quedé solo en el pueblo, el tiempo ha pasado muy deprisa. Al principio tenía a mi hermano y, aunque me pasaba el día riñendo con él, nos hacíamos mutua compañía en silencio.

Su muerte fue el último golpe bajo que me dio la vida. Bueno, el penúltimo, porque mira que aquí, ahora, sin poder gritar ni moverme, expuesto aquí, como una reliquia... Los primeros años me entretuve con un par de huertos junto a la poza de San Sebastián. Los cogí, porque allí casi nunca faltaba el agua para regar. Cuando empecé a cultivarlos, ya me fallaba mucho la vista. Por las mañanas me iba un rato por allí y pasaba la mañana. Últimamente los jabalíes me los estropeaban casi enteramente en invierno, pero me daba igual. Era una excusa para salir de casa. Era casi la misma disculpa que cuando de niño recorría este mismo barranco y este mismo lugar buscando nidos. Desde que me hice mayor y me dediqué a pastor, me aprendí muchos nidos casi de una forma involuntaria, pero de niño... ¡ah, de niño! La primavera, además de buen tiempo, nos deparaba este placer. Sí, digo placer, porque difícilmente he sentido después una sensación de libertad y felicidad como la que sentía, cuando solo, o junto a mis amigos o con mi hermano, nos íbamos por ahí, sin rumbo fijo, a buscar nidos.

En los momentos en que lo recuerdo, aún me parece sentir en los rincones más profundos de mi ser las sensaciones que embargaban mi alma de niño. Buscar nidos era para nosotros el descubrimiento total de la naturaleza hasta las últimas entretelas. En ese descubrimiento se mezclaban y agrupaban a su ritmo natural el tiempo y el espacio. La primavera, según viniese temprana o tardía, determinaba el inicio de la temporada y el hecho de buscar nidos suponía una minuciosa exploración de todos y cada uno de los rincones de los alrededores del pueblo. Con frecuencia los chavales pequeños o con hermanos mayores íbamos con ellos, si bien no les hacía mucha gracia, porque los pequeños se solían ir de la lengua. En todo caso, los mayores eran los mejores maestros, porque se sabían los sitios idóneos, apropiados para anidar un determinado tipo de pájaros y eso era casi buscar sobre seguro. Pero, aun cuando se fuese solo, y yo recuerdo haber ido muchas veces de niño, siempre era una aventura que nunca sabías a donde iba a parar. El ir solo suponía una plena inmersión en la naturaleza, vivirla intensamente y adquirir el derecho de conocer todos y cada uno de los árboles idóneos o los agujeros de las paredes o los vanos entre las vigas y el tejado de tablizo de las chozas o corrales. Era buscar un tesoro casi sobre seguro, sentir la inmensa satisfacción de hallar lo apetecido y guardar celosamente el secreto durante muchos días o, en todo caso, compartirlo solamente con los más íntimos. Algunas veces comprobabas con sentimiento que había huellas no propias en el sendero, que los alrededores de tal árbol o agujero estaban hollados e intuías que el tesoro era compartido.

En estos pies, casi inertes e inmóviles, aún siento el húmedo frescor del rocío, el picor de las ortigas en las pantorrillas, el trotecillo infantil por el sendero no ajado y el romper en mil pedazos el manto virgen, cuajado de amapolas silvestres, del huerto lleco. Cada árbol, cada matorral, cada zarzal o cada pared es una isla por conquistar y, cuando los zarzales son muy tupidos y profundos, se hurtan entre miradas nerviosas los primeros palos de alubias al alcance de la mano para separar las zarzas y adentrarse en ese mundo reseco del interior de los zarzales.

¡Ah! y ¡qué pasión buscar nidos en las mimbreras! Eso, eso sí que era un mundo aparte. Las mimbreras tienen todo lo que los pájaros pueden apetecer para anidar. Mil escondrijos al abrigo del viento y del agua, frescor y calor, comida y verdor. La mimbrera permite escudriñarla cuantas veces quieras y siempre tendrás la oportunidad de encontrar una nueva oquedad, un saliente nuevo. Por muchas vueltas que le des, siempre te quedará la duda de que la hayas explorado por completo.

Después durante toda mi vida de pastor, me he aprendido muchos nidos, pero casi siempre involuntariamente y por azar. Nunca les he hecho mucho caso. Ni que decir tiene que esos nidos tontos, situados en sitios donde todo el mundo los ve, nunca tuvieron ningún

interés, pues acaban siendo víctimas de una pedrada o un pinchazo. En mis recuerdos de niño siempre tuve claro que los nidos hay que buscarlos, no encontrarlos topándote con ellos.

Los momentos de felicidad, que ahora recuerdo, me sirvieron de bálsamo cuando todo era oscuro y la vida carecía de sentido. Los he rumiado hasta la saciedad en las largas noches de invierno, a solas conmigo mismo, en la soledad de mi habitación, cuando el tiempo era sólo el intervalo entre ráfaga y ráfaga de viento traqueteando las hojas de la contraventana. Horas en que el silencio tomaba cuerpo y hasta me daba su calor, acostado junto a mí en el lecho, con solo susurrantes murmullos de carcoma y crujido de vigas. Noches en que la oscuridad era algo más que negrura con elementos vivos respirando a mi alrededor, con imaginarias luces de colores dentro de la cuenca de mis ojos. En esas noches largas, de sueño intermitente, rumiaba mis momentos de felicidad, buscando en ellos una razón para vivir.

Además de los nidos, la matanza ha sido uno de los temas recurrentes en esas noches.

La matanza a la que me refiero se remonta a cuando yo tenía unos ocho o diez años. La fiesta, -para mí fue siempre una fiesta-, reunía en torno a sí a toda la familia y, como es de suponer en tales ocasiones, los niños teníamos un protagonismo especial. A lo largo de mi vida he hecho muchas veces la matanza, pero ya nunca fue igual. En nuestra casa siempre hicimos dos; una por todos los santos y otra a mediados de febrero. Para la primera se mataba un cebón y no suponía mucho trabajo, pues casi todo se dejaba para fresco, pero para la segunda, se guardaba un cerdo de unas diez o doce arrobas y la fiesta solía durar tanto cuanto tiempo era menester para dejar todo aviado.

Toda la casa empezaba a revolucionarse desde unos días antes del gran acontecimiento. Los niños lo esperábamos con ansiedad y, a nuestra manera, colaborábamos en él de una manera eficiente. Por las tardes, después de salir de la escuela, íbamos abasteciendo la leñera de rajás, que traíamos desde el corral, donde, por lo general, se almacenaba la corta. Tanto el cocimiento de las morcillas como las chinchorras necesitaban un fuego bastante vivo y, por ello, era necesario tener bien provista la leñera.

Con frecuencia debíamos ayudar también a nuestra madre en la preparación de los enseres necesarios para la matanza. Era costumbre llevar al río las gamellas, los calderos de cobre, las ollas de la manteca, los barreños y las espumaderas y, después de darles una buena limpieza, dejarlos allí unos días al sereno, para que se les fuese el olor a rancio y, debido a las bajas temperaturas que solía haber por esa época, conseguir una buena desinfección.

Como el frío era muy intenso, nuestro trabajo consistía en ir proporcionando a nuestra madre sendos calderos con agua caliente que ella utilizaba para fregar los utensilios y aliviar, de vez en cuando, sus manos yertas de frío, metiéndolas en el agua caliente.

Además de estos menesteres también era tarea exclusivamente nuestra, -por lo menos, yo siempre la realicé mientras fui niño, y muy a gusto por cierto-, la de sacar las cuadras para que el cerdo estuviera lo más limpio posible a la hora de la matanza, el reponerlas después con paja nueva y el bajar los vencejos, almacenados desde el verano en el pajar, para chumarrar el cochino.

El banco de matar, el gancho, la picadora de carne, la morcillera o la garlopa para picar el pan para las morcillas también eran elementos que debían estar controlados para ese día, pues, generalmente, eran compartidos por varias familias y se quedaban en la casa del que había matado anteriormente.

Apenas había amanecido el soñado día de la matanza cuando los estridentes gruñidos del cerdo nos despertaban aún en la cama. Entre sorprendidos y temerosos, nos arrebujábamos bajo las sábanas tapándonos los oídos. Cuando la intensidad de los gruñidos comenzaba a decaer, íbamos apareciendo por la escalera con los ojos muy abiertos y una expresión en la cara entre soñolienta y temerosa.

Sin atrevernos a descender hasta la entrada, permanecíamos en las escaleras, atentos a lo que se estaba desarrollando ante nuestra vista. Varios hombres sujetaban al cerdo que, tendido sobre el banco de matar, aún conseguía zarandearlos con sus fuertes empujones. Uno lo asía fuertemente de las patas traseras, tratando de reprimir las coces, y otro de la cabeza y las manos delanteras. Un tercero, con las piernas muy anchas para contrarrestar los violentos empujones, sujetaba con estas el gancho que, hincado en el morrillo del cerdo como un anzuelo, tiraba fuertemente de él y obligaba al cerdo a mostrar ostentosamente la garganta donde el hombre urgaba con el cuchillo. La fuerza de sus estertores le hacía expulsar por la herida cuajarones de sangre que caían, casi negros y humeantes, sobre el balde en el que, por lo general, una mujer se afanaba con la espumadera dándole vueltas y más vueltas para que la sangre fuese impregnando las migas de pan.

Cuando el cerdo quedaba, por fin, relajado e inerte sobre el banco, nos atrevíamos a bajar a la entrada e incluso a tocarlo. Después del chumarrado, el vaciado y el despiece menudo, por fin, a media mañana, quedaba colgado de una viga en la entrada, no sin antes haber puesto a buen recaudo los perros y el gato de la casa, que, por razones obvias, andaban al quite de cualquier tajada que les viniese a mano. Entre tanto, los hombres realizaban las tareas anteriores, la chiquillería -pues ya nos habíamos ido juntando todos los primos y algún niño vecino- andábamos revoloteando por el entorno, siendo objeto de bromas y chanzas por parte de los mayores, que gustaban también del ambiente festivo y familiar que iba invadiendo la casa. Dada nuestra lógica inexperiencia, los niños éramos, con frecuencia, objeto de bromas que a veces tomábamos a mal. Recuerdo que una vez, cuando ya habíamos chumarrado el

cerdo y nos habíamos comido el rabo -primer signo externo de la matanza- yo andaba con mis primos jugando por la escalera, cuando mis tíos me llamaron para que bajara un balde grande para los sesos. Yo, pronto y bien mandado, subí a la cocina y le pedí a mi abuela el balde. Ella me miró de reojo, se sonrió, sin saber yo por qué, me dio el más grande que encontró por la cocina y siguió con sus trajines. Cuando aparecí por la escalera con él sobre mi vientre, a modo de escudo protector, camino de la entrada, todos a una comenzaron a reírse, mirándome con cara burlona. Yo comprendí en un instante que para los sesos no se necesitaba uno tan grande. Lleno de rabia, lo solté, y mientras él caía rodando escaleras abajo, fui a refugiarme en las aldas de mi madre, quien, mitad complaciente y mitad socarrona, me atrajo hacia sí y, escondiendo mi rostro en su regazo, pudo secarme las lágrimas de rabia que por un momento nublaron mis ojos.

Una vez colgado el cerdo, los hombres se iban a sus labores habituales, pero para las mujeres comenzaba un trajín desenfadado. Estas, sujetas a las normas de solidaridad tan fuertemente arraigadas en aquel ambiente, solían aparecer por casa y, en seguida, se organizaban el trabajo. Unas, generalmente las más jóvenes, se iban a lavar al río las tripas, pues no era bueno dejarlas sucias, ya que podían fermentar y estropearse. Otras lavaban las orejas y las patas con agua muy caliente. Las mayores se quedaban en casa, junto al fogón, atentas al fuego, los pucheros y a la olla.

Durante los días siguientes la casa es un continuo trajinar, pues son muchas las actividades que se generan en torno a la matanza y todas ellas imprescindibles para asegurar el mantenimiento de la familia durante todo un año siguiente. Poco a poco los chorizos de sábado o domingo van apareciendo en rastras colgadas al efecto de la vigas del techo de la cocina. De igual manera las morcillas, después de una cuidadosa elaboración del mondongo, y llenado de las tripas, serán puestas a cocer en los grandes calderos de cobre y después a secar en la alacena, bien altas, fuera del alcance de los saltos del gato. El caldero de la manteca, donde, entre borbotones van apareciendo poco a poco, flotando en el aceite hirviendo, las chinchorras, arroja bocanadas de vapor que se mezclan con el humo procedente de las rajadas que crepitan en su base. Una amalgama de olores confusos; a especias, pimentón, grasa, ajo y cebollas se expande por toda la casa inundando la cocina, el pasillo, el comedor e, incluso, las habitaciones.

Toda la actividad se serena por un rato con la primera comida del día. Los hombres van apareciendo por la casa y van ocupando, con aire parsimonioso y desenfadado, los asientos, dispuestos al efecto en el comedor. Generalmente son bancos corridos o tablas apoyadas en sillas con el fin de alojar a todos los comensales. Los niños, que hoy disfrutaban de fiesta escolar por la matanza, merodean por entre los comensales, pues, como no suele haber sitio

para todos, debido a la pequeñez de las estancias, han comido ya en la cocina y esperan con ilusión la sobremesa, en la que, seguramente, surgirá algún juego espontáneo de cartas o parchís. En el ambiente distendido de la sobremesa, entre el humo de los cigarros, el olor a comida flotando aún en el ambiente, la seguridad que proporcionaba la presencia de la familia y el calor, psicológico y físico del ambiente, se entretejieron algunos de los momentos más felices de mi vida. En la comida, la sobremesa era generalmente corta, pero en la cena, después de una copiosa degustación de las exquisiteces de la matanza, bien regadas con vino y licores, sin las premuras de las tareas cotidianas y sin prisas por levantarse temprano al día siguiente, los niños disfrutábamos de juegos de cartas y de las conversaciones desenfadadas de nuestros mayores, hasta que el sueño nos rendía. Con frecuencia, algún vecino se sumaba a la sobremesa y ello añadía emoción a la tertulia, pues los licores y el calor borraban los prejuicios y, con frecuencia, se entonaban canciones de dudosa moralidad que nosotros aprendíamos con deleite entre risitas cómplices de los mayores y el sonrojo cursi, mal disimulado, de las madres que hacían mohínos con mal disimulada fruición. Otras veces la conversación derivaba en brabuconadas ostentosas sobre una determinada habilidad que los sujetos se empeñaban en demostrar allí mismo, sin el más mínimo decoro. Recuerdo un año en que, de modo espontáneo, surgió una apuesta sobre quién era capaz de comerse más tajadas de tocino. Desconozco ahora quién ganó la apuesta, pero, a buen seguro, que ello dio que hablar durante mucho tiempo y fue objeto de porfías en sucesivas tertulias y reuniones.

La sobremesa solía acabar con interminables partidas de cartas. Los niños jugábamos en una mesa aparte, mientras los mayores lo hacían en la mesa principal; los hombres generalmente al mus y, si participaban las mujeres, a la brisca.

Durante cada invierno teníamos de este modo varios días de matanza, pues, a la propia, había que añadir la de los tíos y abuelos. Las relaciones familiares se afianzaban sobre manera de este modo y todo el clan familiar, abuelos, tíos y primos estrechaba sus lazos de convivencia, buena armonía y amor.

Fueron momentos felices. Desde que tuve uso de razón hasta bien entrada la adolescencia, la matanza representaba para mí y, creo que para todos los niños del pueblo, un encuentro con lo más profundo e íntimo de los sentimientos sencillos y puros que pueden crecer en el corazón de un niño.

Ese calor físico y psicológico que desde entonces me negó la vida lo tuve con creces entonces entre las cuatro paredes del comedor con olor a picadillo, a tocino, a fritanga, y a morcilla; entre el vaho de los calderos y pucheros que borboteaban al amor de la lumbre igual que barboteaba mi corazón que rebosaba, como los pucheros, efluvios de felicidad esparcidos sobre las ascuas.

Me reconforta recordar los momentos en que fui feliz. Soy feliz recordándolos. Quizá sean estos mis últimos momentos de felicidad. Sería maravilloso que la muerte fuese recordar siempre lo que se quiere. De esa manera podría ser feliz eternamente, apartar de mí, para siempre, el desamor, el dolor, la tristeza, el frío, el calor, la sed, el hambre; todo lo que a lo largo de toda mi vida me fustigó, a menudo, con crueldad.

PASTOR.

Antes de la doctrina habíamos estado jugando en la plaza a las cuatro esquinas y cuando subíamos hacia la iglesia, la luz mortecina del anochecer había diluido ya las sombras en la calle y los chopos del río se mostraban sólo como bultos negros que se recortaban al contraluz del poniente.

Cuando acabó el Rosario, todos los chavales nos arrancamos en tropel calle abajo y nos fuimos metiendo cada uno en nuestras respectivas casas.

Yo, por mi parte, entré apresuradamente en la cocina y, tras permanecer un momento absorto en la contemplación de las llamas del fogón, convencí a mi hermana pequeña para jugar al tres en raya, mientras se hacía la hora de cenar.

Mi madre trajinaba con los preparativos de la cena, mientras mi padre se hallaba sentado en el banco de aneas que separaba la leñera del fogón. Este era su lugar preferido, debido a que estaba más resguardado de la corriente de viento que se formaba desde la puerta hasta la chimenea. Con frecuencia y, según la dirección del viento, debíamos mantener la puerta de la cocina abierta para que no se hiciese humo en la cocina. Su mirada fija en las llamas de la lumbre, pero ausente, le delataba en pensamientos lejanos, ajenos sin duda, al entorno de la cocina.

En aquella época, y aún ahora, la cocina era el lugar central de la vida social de la casa. En ella se comía, se recibían las visitas y, con frecuencia, se convertía en el foro de improvisadas tertulias de los hombres, que al amor de la lumbre y un porrón de vino, dirimían cuestiones sobre la sementera, el rebaño o cualquier otro tema que viniera a cuento.

Desde el otoño hasta bien entrada la primavera, la cocina servía también como secadero de la matanza, principalmente de jamones, delanteros y chorizos. Del techo, colgaban las ristras de chorizos colocadas en varas de avellano y los jamones y delanteros lo hacían directamente de fuertes clavos dispuestos al efecto en las ahumadas vigas. El calor de la lumbre y el humo iban secándolos lentamente hasta que, en la primavera, se apartaban a la alacena para engrosar la dieta de la familia.

A pesar del humo, nuestra cocina aún estaba bastante blanca, pues hacía sólo un par de años que nos habíamos mudado de otra casa más pequeña que mi padre había heredado cuando se casó. La cocina de la nueva casa, de la que hablo, estaba dividida en dos partes casi iguales. La del fondo, ligeramente más pequeña, estaba unos 20 centímetros elevada y sobre ella, al fondo, junto a la pared, se hallaba el fogón. Un recogefuegos impedía que las brasas se esparcieran fuera del contorno de la chapa bajera. Junto a las rajas llameantes, se alineaban los pucheros de porcelana o barro, sujetos en su base con los sesos. Las llamas lamían los trébedes, sobre los que las cazuelas derramaban con frecuencia su contenido al hervir, produciendo un ruido característico, que insinuaba al ama de casa la conveniencia de retirarlos un poco del fuego.

Por la noche, mientras cenábamos, supe que al día siguiente debía ir pastor. Mis padres estuvieron comentando esa posibilidad durante la cena y habían llegado a esa conclusión. Yo iría pastor. Eso sí, al amparo de mi abuelo que haría el mismo recorrido que yo.

Por aquel entonces nuestro rebaño era pequeño, de unas 60 cabezas aproximadamente, y ello nos obligaba a compartir el pastoreo con dos familias más: mi tío y un vecino. Ambos tenían aproximadamente el mismo número de cabezas que nosotros. De esta manera cada tres días había que ir pastor. Normalmente era mi padre quien lo hacía y así alternaba un día el pastoreo, otro la yunta, que también compartía con mi tío, y un tercero a los huertos y labores en las casas o corrales. No recuerdo ahora la razón por la que lo decidieron.

Durante toda la noche me sentí inquieto y nervioso. La responsabilidad que iba a adquirir y la inseguridad propia de mi edad me tuvieron hasta altas horas de la noche en vela, cosa inusual por cierto, porque normalmente me dormía enseguida.

Aún no había amanecido cuando mis ojos ya buscaban la luz a través del pequeño ventanuco que constituía el único punto de iluminación natural. Mi hermano, sin embargo, que dormía a mi lado en la misma cama que yo, respiraba rítmica y profundamente, ajeno por completo a mi agitación y nerviosismo. Cuando, bien entrada ya la amanecida, mi madre trajinaba en la cocina, el ruido de cacharros y el chirrido de las puertas me devolvieron el sentido de lo que iba a ser mi gran día. Así pues, en cuanto tuve realidad de donde me encontraba, me estiré entre las sábanas de cáñamo y salté de la cama.

A pesar de que la noche anterior, después de la cena, mi padre me había dado las últimas recomendaciones, yo me sentía como si todavía necesitase un último aliento. Mi padre no podía dármele, porque, tal como habíamos quedado, él iba a sembrar y seguramente ya estaba en la pieza; por eso yo lo buscaba en los ojos de mi madre, a los que no podía mirar porque ella no paraba de moverse entre idas y venidas al cuarto de la alacena, agitando pucheros, moviendo cazuelas o atizando la lumbre. Mientras me metía en la talega de pastor media

hogaza de pan, un tallo de chorizo, un trozo de tocino y un huevo frito con torreznos en una ciambra, encontré por fin sus ojos, pero fue sólo un instante y no me proporcionaron el aliento que mendigaba.

Yo acabé mi frugal almuerzo consistente en unas patatas con pimentón y unos tragos de agua. Antes de cerrar la talega, mi madre aún echó un último vistazo para comprobar el cuerno con sal, un frasquito pequeño con tapón de corcho lleno de una sustancia viscosa y amarillenta formada por aceite, sal y vinagre. Se aseguró bien de que llevaba una pequeña navajita, cerillas y una cuerda, pues, según un dicho popular, todo hombre de campo que se precie nunca puede prescindir de estos tres elementos.

Normalmente, en los días en que mi única tarea era acudir a la escuela, solía vestir unas abarcas, un pantalón corto de pana o de cualquier otro tejido resistente, una camisa y un jersey. Cuando me vestí por la mañana, me puse la ropa de todos los días y así salí a almorzar a la cocina. Mi madre no reparó en ello, pero cuando ya me disponía a coger la talega y el palo y mientras llamaba a la perrita que me debía acompañar, se apercibió de ello y me obligó de manera cariñosa a ponerme unos calcetines gordos de lana confeccionados por ella y que aún no habían sido estrenados y un pantalón largo de pana. Yo no sabía tan siquiera que mi madre me había hecho unos pantalones así, por eso mi sorpresa y alborozo fueron grandes; así que, tras sacar mi madre los pantalones del armario, echármelos encima de la cama y verme con ellos, aquello me pareció el traje más maravilloso del mundo. Aunque no disponía de espejo que me permitiera ver a cierta distancia el efecto que me producían, yo sentía, por el roce de la pana en mis pantorrillas, no acostumbradas a ello, que era mucho más mayor. El roce de la pana producía al andar un suave silbido y ello me sonaba a música celestial que me autorizaba a entrar en el mundo de los mayores.

Ni que decir tiene que la mañana se estaba mostrando pródiga en acontecimientos. Primer día de pastor solo, primer almuerzo solo y mis primeros pantalones largos y calcetines nuevos. Quedaba por saber si la Morita estaría dispuesta a permanecer todo el día conmigo, resabiada como estaría, sin duda, por las continuas vejaciones que de ordinario infringíamos, medio en juego medio en bromas, a la pobre chucha.

Pronto se desvanecieron mis temores, pues, si bien la Morita no me hizo signos de aproximación mientras yo me movía por la casa, en el momento en que cogí la talega y el palo, se me acercó primero cautelosa y luego ya más confiada. Mi madre no las tenía todas consigo y, por si las moscas, cogió un mendrugo de pan, me lo dio y yo a su vez se lo eché a la perra, quien, tras olisquearlo se lo engulló en un santiamén. Enseguida empezó a saltar a mi alrededor y era muy agradable oír cómo las uñas de sus patas delanteras producían una melodía maravillosa al rozarse con los bajos de mis pantalones de pana recién estrenados.

Cuando mi madre cerró tras de sí la puerta de la calle corriendo solamente la tranca, sentí que a partir de aquel momento habría un antes y un después en mis relaciones con la familia. El hecho suponía que, en opinión de mis padres, había entrado, en cierto modo, en la mayoría de edad, por la responsabilidad que ello acarrearía. Esto me proporcionaba un sano orgullo, pero sentía a la vez, igual que por la mañana al despertarme, el peso de la responsabilidad y el miedo a defraudar la confianza que habían depositado en mí.

Para ir de nuestra casa hasta el corral debíamos cruzar prácticamente todo el pueblo. Después de atravesar la plaza, que era donde vivíamos, debíamos cruzar el puente, enfilear toda la calle mayor arriba y era de suponer que, dada la hora, nos habríamos de encontrar con mujeres que barrían la calle o que iban a los bardales a por estepas para el fuego matinal. Efectivamente, así fue. Todas tuvieron palabras de ánimo y yo me esponjaba sintiendo que aquella mañana estaba entrando en el reino de los mayores.

Al abrir la puerta del corral, el rebaño me recibió con el coro habitual de balidos. Una profunda tufarada a amoníaco, producto de los orines y de la fermentación del estiércol del corral, inundó mis fosas nasales y las lágrimas acudieron a mis ojos.

Cientos de veces anteriormente había realizado las mismas cosas que ahora, pero mis emociones habían cambiado. Hasta ahora, el olor a amoníaco, los balidos que diferenciaban a cada oveja, el trote asustado de las que estaban en la puerta hacia la parte interior del corral, todo ello había sido algo ajeno a mí, como elementos de un mundo al cual yo todavía no había llegado; ahora, sin embargo, aquello era yo mismo y cada elemento que me rodeaba empezaba a formar parte de mi vida. Por suerte para mí, las tareas que había que realizar en el corral eran escasas, pues todavía no habían empezado a parir y las únicas que estaban apartadas en el corral eran las borras, para que no se comiesen el pienso que se les echaba a las demás. Siguiendo la rutina que había visto hacer a mi padre cientos de veces, fui levantando poco a poco las ovejas de su camastro y, cuando ya todas estuvieron en pie, abrí la puerta y las fui arreando hacia la salida.

Enseguida ellas solas enfilearon el camino del monte. Mi madre desapareció tras la última esquina y fue en ese momento cuando me sentí verdaderamente dueño de mis actos; el hombre más importante del mundo -del mundo que yo conocía, claro-. La Morita caminaba a mi lado, atenta a cualquier indicación que yo pudiera hacerle y eso aún aumentaba más mi ego. Conforme las ovejas fueron tomando las primeras eras del pueblo y empezaron a carearse, me fui colocando instintivamente al final del rebaño, pues mi obsesión era que no se me perdiese ninguna.

Ajetreado y nervioso como estuve desde que me levanté, apenas si había tenido tiempo de levantar la vista para ver el cariz que tomaba la mañana. Ahora, relajado y con todo el

horizonte para mí solo, pude apreciar cómo unas nubes desmigadas y negras correteaban caprichosas, jugando con el sol y confiriendo a la tierra un aspecto triste y sombrío, que hacía juego con el que presentaban las rastrojeras, aún sin romper, con los ribazos de color ocre y la mayoría de las sementeras aún estériles.

Una vez pasados los primeros momentos de zozobra y agobio, propios de mi inexperiencia, me situé en la parte superior de la ladera por la que discurría el rebaño en un buen careo y pude dedicarme a observarme a mí mismo. Miré mis abarcas. Hoy parecían distintas, pues, al llevar unos calcetines de lana limpios y nuevos que me recogían el pie, no daban mis dedos esa sensación de zarpa que tanto me molestaba.

Era la primera vez que llevaba pantalón largo. Ello me producía una sensación extraña pero agradable a la vez, no tanto por la protección contra el frío y los arañazos de las aulagas, sino también por la sensación de mayor que me hacían sentir. Nunca fui una persona gruesa y, aunque no lo recuerdo bien, debo pensar que en aquella época mis piernas debían ser más bien delgadas y el pantalón largo ayudaba a simular una mayor robustez de las mismas.

De mi jersey, decididamente, no estaba orgulloso. Las puntas de las mangas se deshilachaban en espirales que caían blandamente y me proporcionaban un aspecto andrajoso. Debido a su pequeñez me marcaba exageradamente los hombros, resaltando incluso los huesos de la clavícula y los tenues pectorales que apenas se insinuaban. Al observarme el jersey, pude comprobar también que la talega me caía bastante larga, cosa lógica por otra parte, porque era la de mi padre. Le subí un par de puntos con la hebilla y comprobé con satisfacción que se me ajustaba bien en los riñones.

La mañana iba transcurriendo tranquila. Todo conforme a lo previsto. Mis dos principales cuidados que eran el que no se me perdiese ninguna oveja y que no se me revolbiesen, estaban saliendo a la perfección. El único problema era el tiempo, pues según iba avanzando la mañana, se fue levantando una suave brisa del norte que lamía los cerveros de las orillas de las rastrojeras. Las ovejas, en su instinto de volverse de culo al aire, se fueron subiendo poco a poco hacia la cumbre de la suave ladera por la que se esparcían blandamente, como mechones de lana salpicados entre espinos y aulagas.

Poco a poco el viento fue yendo en aumento. Podía sentir su presencia en mis pantorri-llas a través del tejido de pana de mis pantalones.

Impulsadas por el viento de culo, las ovejas alcanzaron enseguida la cima de la colina y fueron cayendo sobre la solana igual que la leche se sobra blandamente del recipiente cuando hierve.

Hacia el mediodía el rebaño se encontraba a media ladera, descendiendo hacia el río, protegido del viento norte y recibiendo de cara los tibios rayos de sol que entre nubarrón y

nubarrón se asomaban de vez en cuando para acariciar la solana. Esta se extendía a mis pies como una alfombra arrugada, repleta de paletadas de colores ocres, marrones y rojizos. El río se insinuaba abajo con lentejuelas de plata, caprichoso en sus suaves meandros. Todo iba perfecto y, a medida que el día iba avanzando, una sensación de relajación y bienestar me fue invadiendo. Reparé en que hasta entonces ni siquiera me había sentado y aproveché el momento para hacerlo sobre las piedras de un chozo semiderruido. Coloqué a modo de cojín mi manta de pastor sobre una piedra, dejé la talega en el suelo para liberarme de su peso y coloqué mi circunstancial cayado de modo transversal sobre mis piernas. Los codos sobre mis rodillas y mis manos abiertas recibieron blandamente mi barbilla sobre ellas.

Era la primera vez, o por lo menos así lo percibía yo, que me encontraba conscientemente solo ante mis propios sentimientos. Me encontraba físicamente solo y también mentalmente. Ello me producía una extraña sensación de libertad que me proporcionaba a la vez placer y dolor. ¡Qué lejos estaba yo entonces de pensar que ese sería el sino de mi vida! Mucho más de la mitad de mi vida la he vivido con esa misma sensación agri dulce de libertad y soledad. Esa sensación fue primeramente ocasional, luego impuesta y finalmente buscada. En las tertulias ocasionales entre pastores, cuando la placidez del careo permitía la tertulia, nunca tuve la necesidad de juntarme al grupo; solamente los saludos convencionales y el volver a rumiar mi soledad a solas.

Mientras el rebaño careaba sobre las piezas y ribazos, las primeras ovejas iban llegando al río. Según me había explicado mi padre la noche anterior, una vez que las ovejas hubiesen llegado al río, sería conveniente que subiera río arriba de careo para que bebiesen agua. Luego debía tratar de que el rebaño se iniciara en la semisolana que estaba muy protegida del viento norte y que por cierto ya empezaba a dejarse sentir. Todo hubiera ido muy bien si los demás pastores, que por la mañana habían tomado otra ruta y a los que no me encontré, no hubiesen tenido la misma idea que yo. Así que, cuando traspasé un pequeño cantero y vislumbré desde abajo la semisolana, comprobé que ya había allí media docena de rebaños. El viento norte arreciaba por momentos y les daba a las ovejas de culo por lo que se apresuraban hacia la semisolana. En poco más de media hora estaría, pensaba yo, con todo el rebaño revuelto entre los seis que ya la ocupaban. La idea de verme corriendo entre los rebaños apartando ovejas propias que, por otra parte no conocía, me horrorizaba. Me veía el blanco de la burla de los demás pastores haciendo chistes sobre mi poca pericia y ya veía a mi padre por la noche apartando las ovejas nuestras que se habían revuelto. A ello habría que añadir el problema de los rebaños que no bajaban a cerrar al pueblo, sino que se quedaban en Butisancho o Santamaría. Así pues, tomé una rápida decisión. Mandé a la Morita que diera un zamarrón a las ovejas delanteras para bajarlas otra vez al barranco y tomar la ladera opuesta a la solana

en la que careaban los rebaños. Esta ladera ascendía bastante empinada, sembrada de espinos, sin apenas piezas, debido, sin duda, a la mala calidad de la tierra. En todo caso, era un blanco perfecto para el viento frío del norte que se avivaba por momentos y que sembraba blandas olas grises en los certeros de las orillas y ribazos. Apenas las ovejas pasaron el río y tomaron la cuesta de Cedrero, espoleadas por el viento de culo, fueron abandonando el careo, se fueron colocando en fila de a una, con la cabeza protegida en el cuerpo de la anterior, y comenzaron a aligerar el paso.

Empecé a sentirme mal. Comencé a sentir una sensación de angustia y de impotencia pues, a medida que las ovejas iban subiendo, notaba que a mí me faltaban las fuerzas para seguir las. Mi compostura se fue deshaciendo poco a poco entre arañazos, pies doloridos y músculos congelados. La correa de la talega, que hasta entonces apenas la había sentido, me oprimía el pecho y me obligaba a respirar fatigosamente. Los flecos de la manta que me colgaban por la parte delantera me impedían andar y mis manos, ateridas de frío, apenas me servían para agarrarme a los certeros de los ribazos en mi intento de ascender y seguir por lo menos al rebaño. El incipiente sudor se congelaba apenas se iniciaba y las lágrimas comenzaron a aflorar a mis ojos. Al dolor físico del cuerpo, se juntaba el dolor moral, pues era consciente de que, al paso que llevaba el rebaño, éste llegaría a media tarde al pueblo y que, además, llegaría mucho antes que yo. Sin duda el frío y la inexperiencia me impedían analizar la situación adecuadamente. Hubiera sido lógico pensar que, cuando el rebaño llegase a la cumbre y comenzase a descender por la solana, protegido ya del viento, detendría un tanto su marcha e incluso se iría empezando a carear de nuevo y yo podría alcanzarlo.

Con las pantorritas llenas de arañazos, a pesar de los pantalones largos, los pies doloridos y las manos heridas y yertas, logré, por fin, alcanzar la cumbre bastante más tarde que las últimas ovejas del rebaño. Apenas unos sollozos y el silbar del viento en mis orejas rojas y ateridas fueron testigos mudos de mi impotencia y mi humillación. El rebaño, tal como debí suponer, ralentizó su carrera en la solana y comenzó un leve careo. Ello me permitió recomponer mi maltrecha figura. Me sequé las lágrimas, me subí los calcetines, me ajusté el cinturón, me asenté la camisa y, poco a poco, fui recuperando una compostura adecuada. Cuando por fin, careado de nuevo el rebaño, pude sentarme, tapado con la manta, sobre el mullido de unos certeros de la orilla de una pieza, el calor y el vigor fueron retornando a mi cuerpo ¡Qué lejanos sentía aquellos sentimientos de libertad y bienestar que hacía apenas pocas horas embargaban mi ánimo! Ahora me sentía pequeño, impotente, frustrado, como si hubiera sido incapaz de llevar a buen término la primera labor importante que me habían encargado en mi vida.

Ya a la anochecida, llegué al pueblo delante del rebaño, con la manta bien colocada al hombro, la talega cruzada a mi espalda y haciendo resonar el palo en las piedras de la orilla del camino. Vi a mi madre que, cubierta con una toquilla, me esperaba. Mi primer impulso fue echar a correr para protegerme en sus brazos, pero mi condición recién adquirida de hombre me hizo mantenerme bien erguido, con el rostro sereno. Tuve que hacer un gran esfuerzo para ahogar mis lágrimas que luchaban por asomarse a unos ojos que amanecieron de niño y volvían al pueblo de hombre.

ADOLESCENCIA.

A partir de aquel día como pastor, mis ausencias a la escuela fueron aumentando. Aquella mi primera experiencia había sido traumática para mí, pero mis padres desconocían tal hecho. Por eso, ellos pensaban que yo me podía valer perfectamente solo y que podían recurrir a mí en cualquier momento que las tareas de casa me requiriesen para tal menester.

Durante aquel invierno no fueron muchas veces las que fui pastor, pero cuando llegó la primavera y aumentaron las tareas del campo, mis padres ya no tuvieron ningún reparo en encomendarme algo que comenzó así, como por azar. En un principio me agradó porque significaba, por lo menos para mí, entrar en el mundo de los adultos. Luego fue lo que me robó mi juventud y mi madurez y me condujo hasta la ancianidad y mi tumba.

Mi tumba, sí; como ésta que me deja a la intemperie bajo la oscuridad de la noche. Ahora, tras el aturdimiento producido por el golpe al caer y el mareo de las horas posteriores, puedo pensar con sensatez. Voy a intentar recapitular. Me caí ayer a media tarde. Recuerdo que, a través de mis ojos casi ciegos, pude intuir, más que ver, que estaba cayendo la noche y que no podía moverme, ni gritar para pedir auxilio; que intenté levantarme y no me fue posible. Como consecuencia del esfuerzo que hice para ello, casi me desvanecí otra vez y me rendí por fin a la fatiga y a la frustración. Recuerdo también que tuve miedo de las alimañas cuando me desperté a media noche. Desde entonces he permanecido aquí, inerte. Me duelen todos los huesos, pero de una manera especial la pierna. No me puedo girar para verla, pero tengo una sensación viscosa de que la tengo ensangrentada. Seguramente la tengo rota y ello me impide moverme. Me noto una ligera presión en el pecho. Anoche, o mejor, ayer tarde, cuando me caí, no lo notaba. A este paso preveo que según vaya avanzando la noche, me iré encontrando con más problemas. Tengo la boca y la garganta reseca y apenas puedo mover la lengua: noto que apenas tengo un débil hilillo de voz. No es lo suficientemente potente para que alguien pueda oírme desde el camino. Nadie pasará por aquí en todo la noche, ni nadie me

echará en falta. Tendré que esperar a que transcurra la noche y ver si puedo recuperarme algo. Esperar, no me queda más remedio que esperar, aunque no sé a qué. Tal vez pueda levantarme y acercarme hasta el arroyo. Desearía beber un poco de agua, pues tengo la garganta seca. Quizá si bebiera, podría levantarme y gritar. Tal vez. De momento, solo puedo esperar. Esperar, solo esperar ¡Qué ironía! En mi vida nunca he esperado nada, ni nadie me ha esperado a mí. Nadie ha esperado nada de mí ni yo he esperado nada de nadie. He ido, he venido, acompañado de mi sombra en verano y de mi aliento en invierno. Sólo alguno de mis perros de pastor me han esperado por la mañana a que cogiese el morral y el palo, y me bailoteaban alrededor cuando me dirigía al corral a soltar. Tal vez mi hermano me esperó alguna vez para cenar.

No sabría precisar cómo, pero a partir del día en que fui pastor por primera vez y, de forma casi simultánea, me iba alejando paulatinamente de la escuela, me fui integrando en el grupo de los "mocitos". Esta nueva condición de "los mocitos", como así se nos llamaba y que suponía un ascenso en la categoría social del pueblo, se atenía a reglas no escritas, pero omnipresentes en todas las actuaciones a partir de una serie de condicionamientos personales. Los juegos en la plaza por la tarde mientras esperábamos a que diese la primera para el rosario, o las carreras calle arriba y abajo blandiendo una rama de estrepa para coger murciélagos, se fueron sustituyendo por reuniones más intimistas de los mocitos en lugares estratégicos que nos permitían ver mejor a las mozas cuando iban a la fuente a por agua o simplemente paseaban arriba y abajo por el camino de Enciso.

En realidad, éramos sólo tres los que estábamos en esas circunstancias, pero nuestra condición de nuevos mocitos ya nos permitía entrar al baile que se organizaba algún domingo que otro, siempre de una forma espontánea, en el salón del baile de Santa Cecilia. Aún deberían pasar un par de años para poder ir al trasnocho y entrar así, de una manera definitiva en el mundo de los mozos.

El cambio paulatino a mi nueva condición de adulto supuso, sin que yo me apercibiera de ello, una nueva visión de la realidad más inmediata. Hechos, situaciones y personajes cotidianos que hasta entonces me habían parecido de lo más normal y consustanciales a la realidad de mi vida diaria, comenzaron a tomar una nueva dimensión y a ser considerados como algo independiente de mí y con entidad propia. Esa propia identidad que fui confiriéndoles poco a poco, me permitió verlos desde una perspectiva distinta, más crítica. Cada uno de los personajes que comenzaron a tomar algún sentido en torno a mi vida fueron siendo analizados y juzgados a la luz de mi propia experiencia, o mejor, de mi propia inexperiencia.

LA RASIFA.

Se me antoja que la soledad que siento, mientras va anocheciendo, es como el colofón de toda mi vida. Aquí, acostado de mala manera en esta llaga del barranco, siento en toda su intensidad la soledad que siempre tuve. La soledad fue la única compañera que me mimó en mi vida. La deseé como pude desear en mi juventud una mujer ardiente, la busqué en los ribazos, en las chozas mientras descargaba la tormenta, en las largas horas de corral atendiendo al rebaño. Esta noche, sin embargo, desearía tener a mi lado unos oídos que oyeran mis quejidos, una mano en cuyo cuenco podría mitigar mi sed, unos brazos que podrían incorporarme o quizá, solamente, unos dedos tibios que pudieran cerrar con ternura mis ojos por última vez. Por lo que veo, solo he vivido y solo moriré. Nunca quise compartir mi soledad con nadie y por ello desconozco si otras personas de mi entorno la sintieron igual que la sentí yo. La mayoría de ellas, enfrascadas en sus problemas cotidianos por el día, quizá pudieron mitigarla con la tertulia familiar en la cocina por la noche. Yo, por el contrario, sólo pude oír el leve crepitar de las llamas en el fogón o el zumbido repugnante de la moscarda en torno a los jamonés colgados de las vigas de la cocina.

De las personas que he conocido a lo largo de mi vida en el pueblo, quizá la Rasifa haya sido un alma gemela a la mía en cuanto a soledad.

Durante mi niñez, la Rasifa, bastante mayor que yo, había sido para mí como un objeto más de los que configuraban el entorno del pueblo. En el pueblo, a mi entender de niño, había una plaza, una iglesia, una escuela, una fuente y, por supuesto, cómo no, estaba también la Rasifa, como si desde siempre hubiera estado ahí. La había visto pasar de acá para allá, huidiza, casi siempre cargada con un tercio de berzas, vestida de negro y con ropas andrajosas. Para mí y para los demás niños del pueblo era un ser completamente desconocido. Mi relación con ella nunca había ido más allá de algún saludo ocasional al cruzármela en el camino y mis conocimientos sobre ella eran sólo retazos inconexos de conversaciones esporádicas oídas ocasionalmente a las personas mayores. Nunca, creo recordar, le había dedicado ni un solo pensamiento, ni había reparado en su situación personal. Con frecuencia había sido objeto de burlas, digamos que inocentes, de los chavales y en ellas seguramente yo también había participado, sin más malicia que la propia de niños que buscan con quien desahogar su dosis de agresividad y burla.

Recuerdo perfectamente cuál fue mi primer contacto directo con ella. Desde la entrada de la primavera, yo me había ido haciendo cargo del rebaño e iba asumiendo, sin ningún sobresalto, lo que iba a ser el trabajo de toda mi vida. El calor comenzaba a apretar y la mayoría de los pastores habíamos subido ya las ovejas a las majadas de Valderrueda o Butisancho.

Hacia el mediodía nos solíamos acercar hasta las proximidades del hayedo. Allí las ovejas se podían amorrar perfectamente junto a algunas hayas de las orillas del hayedo que proporcionaban aún una tenue sombra porque su hoja aún no estaba perfectamente formada. Así pues, dejé mis ovejas en un haya próxima a la fuente de Vallelope y allí me dirigí dispuesto a saborear tranquilo la merienda que mi madre me había puesto en la talega: una tortilla, un trozo de chorizo y un trozo de pan. Aún no llevaba vino. La fuente estaba oculta entre espinos y acebos y se hallaba, más o menos, en el punto medio del barranco que corría paralelo al borde del hayedo. Cuando llegué, me la encontré, de repente, sentada sobre su toquilla al lado de la fuente. Me fue imposible volverme atrás y, después de un breve saludo, me senté yo también. Iniciamos una trivial conversación sobre las ovejas. Yo, que era mucho más joven que ella, sentía una sensación de agobio que me impedía mirarla fijamente a la cara y supongo que ella, que no estaba acostumbrada a comer en presencia de nadie, también debía sentir cierta sensación de incomodidad. Por ello, cuando yo me senté, ella recogió rápidamente su fiambrera, la metió en la talega, colocó sus manos sobre su regazo y aún pareció encogerse más sobre sí misma, adoptando, en posición sentada, una postura casi fetal. Así pues toda ella parecía un bulto negro, del que sólo emergía el perfil de su rostro. Su débil constitución física y su posición le asemejaban a una protuberancia de la tierra, como si formase parte de ella, como un grano negro entre el verdor del entorno de la fuente. Al rato la vi alejarse, ligeramente encorvada sobre su cayado, con un andar cansino y sin porte. Cuando desapareció por el sendero detrás de un espino, me sentí aliviado. Todo mi cuerpo se relajó como si le hubieran quitado un peso de encima. Entonces, a solas, pude reparar en su rostro de facciones suaves pero no agraciado. Su boca dibujaba un rictus amargo en torno a unos pómulos renegridos y cuarteados por las inclemencias del tiempo. De ella pendía un débil hilillo de saliva que se obstinaba por escaparse por entre las comisuras de sus labios a pesar de los rítmicos esfuerzos que hacía por reabsorberlo, emitiendo un ruido ciertamente repugnante. Apenas pude ver sus manos, envueltas en la toquilla, ni sus pies cubiertos con unos calcetines negros llenos de remiendos, embutidos en abarcas.

La vida no fue generosa con la Rasifa. Ni la hermosura ni la inteligencia fueron generosas con ella. Es muy posible que nunca en su vida haya habido un momento feliz, o por lo menos, más feliz que otro, tal como lo entiende la mayoría de la gente. El paso del tiempo la fue convirtiendo en una mujer embrutecida, sin más mundo que el de las ovejas, a cuyo cuidado se dedicó desde que tuvo uso de razón. La Rasifa nunca fue a la escuela y no sabía leer, ni escribir, ni contar. Lo de no saber contar lo llevaba muy mal y así por las noches, cuando metía las ovejas en el corral y había alguien con ella, hacía mención como que contaba y cuando llegaba a once decía que se había equivocado y volvía a empezar. ¡Realmente para

qué necesitaba contar más allá que los dedos de su mano! La Rasifa nunca cobró sueldo por guardar las ovejas de los demás y quizá nunca se sintió con derecho a pedirlo, porque nunca se le pasó por la cabeza que hubiese nacido para otra cosa que para eso. Quizá nunca tuvo una palabra de aliento o cariño y solamente debió conformarse con los saludos agridulces de quien pensaba que por dirigirle la palabra no le iba a pasar nada malo. La Rasifa conocía como nadie todas y cada una de las fuentes que había por el campo. Conocía los ribazos y las esparcetas, el colletar y el barranco de hierba fresca, el sendero y el atajo, el cabo del zorro y la guarida del tajudo. Conocía todas y cada una de sus ovejas, los pastos que les gustaban y la cañada por donde hacía tiempo no había pasado ningún otro rebaño. Cuando hacía muy mal tiempo y las ovejas no podían salir del corral, la Rasifa siempre tenía algo que hacer. Con frecuencia las berzas la esperaban con sus carámbanos colgando y sus hojas yertas. En medio de la bruma o de la niebla, mientras los juncos se disfrazaban de blanco en el río, ella aparecía en cualquier curva de los caminos del pueblo con un tercio de berzas a la espalda, encorvada bajo su peso y con las manos amoratadas, negras y agarrotadas de frío, casi soldadas a la cuerda que sujetaba el tercio de berzas. Era como un trozo más de hielo, pero con pies y manos y quién sabe si con un corazón que reía y lloraba por dentro, aunque a decir verdad a nadie le importaba lo más mínimo.

La Rasifa podría contarnos cosas que sólo ella sabía del tiempo y de los montes, de las ovejas, de los días de verano e invierno, de las tardes de marzo y abril cuando la cellisca cortaba el aliento o cuando, en el verano, el sol caía de plano y las ovejas se quedaban amorradas a la sombra de la aulagas en los ribazos o en los torcos, chupando el salitre que rezuman. Ella, mientras tanto, acurrucada bajo algún espino o contra una piedra, pensaría, sin duda, en su mundo y se le ocurrirían todas esas cosas que se rumian en la soledad del monte; ella que sabía de soles, lunas y estrellas.

Así vi siempre a la Rasifa. Seguramente así me vi siempre a mí.

Ahora, aquí, mientras me compadezco de esta piltrafa en la que me he convertido, sin poder moverme, ni gritar para pedir auxilio, soy consciente por primera vez de la similitud de su vida y la mía. Según se corrió por el pueblo, hace ya unos años que murió. Nunca volvió al pueblo después de que se tuviera que marchar con unos familiares. Quizá mucha gente del pueblo me vio a mí con unas connotaciones muy parecidas a las de Rasifa. En todo caso, quizá fuimos dos almas gemelas que nunca tuvimos un punto de encuentro, aunque hayamos vivido casi toda la vida muy próximos físicamente.

LAS CAMPANAS.

Desearía dormirme, aunque no fuese más que para olvidarme por un rato de mi situación. No puedo descansar, no puedo dormir, no puedo gritar, no puedo taparme para protegerme del frío de este anochecer que ha comenzado a inundarlo todo, no me puedo mover, no tengo hambre, sólo sed. Y el río ahí, corriendo silencioso, junto a mí. Apenas unos dos metros me separan del cauce donde podría saciar mi sed, pero no puedo. Mis ojos intuyen, más que vislumbran, una leve claridad. ¿Será que está amaneciendo o será la luna? Desde aquí, aunque mis ojos estuviesen bien, me sería difícil ver nada, pues me encuentro en lo más profundo del lecho del río ¡Qué silencio! Yo que he sido siempre un individuo silencioso, que me he pasado muchas horas de mi vida sin hablar con nadie -ni falta que me ha hecho-, me encuentro aquí impresionado por este silencio que me hiere los oídos ¡Qué alegría si pudiera oír ahora las campanas! Las he oído desde todos los puntos cardinales del pueblo y en todas las circunstancias; en invierno y en verano, con lluvia y con sol, con tormenta y con calma, con nieve y con viento. ¿Será posible que no las vuelva a oír nunca más? ¿Cuándo las oí por última vez? En este momento no podría cuándo fue. Ahora, ya sólo se las toca cuando son las fiestas del pueblo y viene la gente de la capital, sólo a pasar el día. Luego, cuando la tarde va cayendo, se van y hasta el año que viene. Quizá, la próxima vez que suenen las campanas sea para mi entierro. O no. A lo peor será una tarde fría y con poca gente y nadie se digne subir a tocarlas. ¿Saldré de ésta? Me gustaría morir aquí, en esta misma tierra en la que nací y he vivido. La mayoría de las personas que conocí a lo largo de mi vida han muerto aquí, en la misma tierra en la que nacieron. Mi hermano fue una de las pocas excepciones. Yo quiero morir aquí. Me gustaría oír las campanas mientras me conducen al cementerio.

A lo largo de toda mi vida, he oído tocar las campanas en múltiples ocasiones y circunstancias. Entonces, y creo que aún seguirán siéndolo hoy en otros lugares, las campanas eran la expresión pública de los sentimientos del pueblo; como si ellas asumieran la obligación de manifestarlos públicamente.

Así, en los entierros, mientras el cortejo fúnebre se dirigía desde la casa del difunto a la iglesia para el funeral, las campanas arrullaban el murmullo de las oraciones que brotaban desde lo más profundo del alma, mientras los gorriones, que tenían su cobijo o nido en la torre, rasgaban desordenadamente el aire, asustados por los tañidos. Las campanas vaciaban su dolor en toques largos y espaciados. El ritmo de las campanadas, combinando adecuadamente por manos expertas el tañido de la campana grande y la pequeña, o de muerto, como así la llamábamos, alojaban espacios de dolor en el aire, dentro de la burbuja en la que el pueblo todo se hallaba inmerso. En cada campanada, el alma se esponjaba en el dolor compartido y

en los silencios, era el silencio quien tomaba cuerpo y hería el alma y los oídos. Sonaba triste el silencio, mientras el ataúd descendía gravemente hasta el fondo de la tumba. Sólo las paladas de tierra acompañaban con su sonido hueco y ronco. Ellas ponían el contrapunto y la disarmonía al silencio herido con campanadas largas, largas, que se iban muriendo más allá del pueblo; en los barrancos, en las majadas, en los salegares, en el estrepal o el carrascal. Ellos también se sumaban de esa manera al dolor que todo el pueblo compartía.

Otras veces, por el contrario, las campanas expresaban la alegría que compartían con los niños y los adultos en los días de fiesta. El día anterior, al caer de la tarde, el volteo anunciaba jubilosamente el acontecimiento. Su ritmo frenético ponía alas en el aire e iba depositando semillas de alegría en los huertos, en las calles, en los corrales y en las cocinas donde se preparaban las rosquillas que los niños devorábamos con fruición durante los días de fiesta.

Algunas veces, no muchas, las campanas anunciaban al pueblo, sin pudor, acontecimientos personales e íntimos, como bautizos o bodas. A diario, al mediodía, con su toque del ángelus, iban recogiendo por los campos y alrededores del pueblo unas plegarias que, saliendo de boca en boca desde el tajo o tarea, componían una bella oración que las campanas elevaban más allá del horizonte.

Ahora las campanas permanecen mudas durante todo el año.

¿Será mi muerte quien las despierte de su letargo?

LAS CANDELAS.

A través de estos ojos, ya gastados, puedo entrever la claridad del amanecer. A decir verdad, últimamente he visto amanecer pocas veces. Conforme mis fuerzas han ido disminuyendo progresivamente y he ido abandonando mis labores del campo, la contemplación de los amaneceres ha disminuido también. Sin embargo, aquí y ahora, con los ojos cerrados y la mente despierta, puedo imaginarme el amanecer de hoy igual que si estuviera sentado en una lastra en lo más alto del Cabezo.

Cuántas veces he sentido la vida en los pulmones, hinchados de aire puro, en lo alto del Cabezo, mientras el cielo se teñía de rojo y el valle se desperezaba entre brumas. He sentido en los pies el frescor del rocío, en las manos el calor de los bolsillos y en el rostro una suave y casi imperceptible brisa que acaricia la cara hasta doler. He sentido el amanecer mientras caminaba despacio entre aulagas o en la pradera, apreciando y valorando todas y cada una de las facetas distintas que ofrece el paisaje en el avance progresivo del sol. He ima-

ginado fantásticos seres con las siluetas de las montañas. He leído nombres en los desgarros de las nubes bajo el poder del sol. Me he recreado perfilando en el horizonte un gazpacho de colores, mientras se desperezaban las neblinas del río, y he contemplado cómo se recogen y mueren las sombras en las laderas de las montañas. Me he sentido como un director de orquesta con un sinfín de elementos a mis órdenes y capricho. Allá en el fondo, en el valle, el hervor de la bruma entre los chopos del río, luchando entre tonos verdes y grises, o la cadencia melancólica, femenina y caprichosa de las líneas de sombras devorando el rocío. He visto los rayos del sol, como haces compactos de luz, envolver todo un mundo nuevo que comienza a vivir como si de un nuevo génesis se tratase, en el que van apareciendo formas definidas, colores precisos, olores penetrantes, ruidos de alondras y explosiones de flores.

Poco a poco, los rayos del sol van acaparando todos los rincones. Sólo queda el estertor de las últimas sombras. El aire se va impregnando de suaves aromas a espliego y tomillo. El viento hace guiños de baile a las flores mientras el cielo va adquiriendo distintas tonalidades de azul en escala progresiva desde oriente a poniente. Es como un parto lleno de promesas y quién sabe qué realidades.

Como un amanecer fue para mí la primera experiencia que me introdujo por completo en la vida de los adultos. Fue en la fiesta de Las Candelas. Esta fiesta se celebraba a primeros de febrero y duraba hasta que se acababa la carne, normalmente una semana más o menos. Yo, hasta entonces, había vivido esa fiesta sólo con la curiosidad natural de un niño que se mete en las conversaciones de los mayores y que merodea por entre el corro de los hombres. Aunque no existía una edad fija y predeterminada para entrar en el círculo de los mozos, ni tampoco existía una fecha fija, Las Candelas suponían el punto de un antes y un después. Sería el año 33 cuando, a partir, del otoño mis reuniones con los mozos comenzaron a producirse de forma más o menos espontánea.

Los domingos por la tarde dejé de ir con los chavales a recoger leña para la hoguera de Navidad y merodeaba por los alrededores de Los Nogales jugando alguna que otra partida a la calva. Así mismo empecé a jugar con los mozos alguna partida al mus cuando faltaba alguien para hacer las parejas. Todavía no me atrevía a entrar en el trasnocho, pues este era su lugar sagrado, su territorio. “Las Candelas” eran, por antonomasia, la fiesta más importante. Era exclusiva de los mozos. El resto de la gente seguía su vida normal y permanecía relativamente al margen de las actividades de los mozos. Aprovechando que era una época en la que había pocas labores en el campo y que la climatología propiciaba que se estuviera mucho tiempo en casa, los mozos entretenían su tiempo en horas interminables de sobremesa, en el trasnocho o en el baile. Sucedió que, por el mes de octubre y cuando de una manera informal se celebró la primera reunión de los mozos para ir preparando las próximas fiestas, mientras

vagueaban tirados en la solana aprovechando el sol del domingo por la tarde, decidieron que otro mocito y yo fuéramos los alguaciles de Las Candelas de aquel año. El mozo de mayor edad debía ser el alcalde y en él y en nosotros recaían las labores de preparación de la fiesta. En primer lugar debíamos decidir qué carneros comprar y cuántos, así como el vino y los licores. También debíamos contratar la música. Con las nuevas incorporaciones éramos doce por lo que decidimos que con dos carneros sería suficiente. La compra de los carneros era la tarea más inminente. Debíamos también disponer lo necesario para cebarlos, de primeros de diciembre hasta Las Candelas. Esta tarea de cebarlos también recaía sobre nosotros. Así pues, una vez ajustados los dos que nos parecieron más apropiados, decidimos que permanecieran en el rebaño hasta primeros de diciembre y entonces trasladarlos a mi corral donde nosotros nos encargaríamos personalmente de ellos. A tal efecto, compramos dos fanegas de cebada y una de yeros y lo llevamos todo a mi corral. Desde primeros de diciembre era yo quien, por las mañanas, antes de soltar, les echaba un buen tarro de cebada y yeros y otra ración por la tarde cuando venía del campo, además de paja y un buen fajo de esparceta. Poco a poco los carneros fueron engordando. Estas tareas me dieron acceso al trasnocho, pues, con la disculpa de informar de cómo iban los preparativos, tenía una buena razón para que mi incorporación completa al mundo de los mozos fuese desarrollándose por los cauces de la normalidad.

Una parte importante para conseguir que la fiesta fuese un éxito consistía en la adecuada elección de la patrona. Su labor consistía exclusivamente en tener a punto todo lo referente a las comidas y disponer de un sitio en casa, lo suficientemente amplio y acondicionado, como para poder alojar en él a todos los comensales. Durante los últimos años, la patrona había sido la misma y, como todos los mozos estábamos contentos con ella, ya que guisaba bien y disponía de una buena habitación, decidimos que siguiera. Enseguida nos pusimos de acuerdo con ella en cuanto a los honorarios que percibiría y todo quedó dispuesto para la fiesta. Así pues, la semana anterior a Las Candelas, todo estaba preparado y todos con los nervios un poco exaltados por la proximidad de lo que se avecinaba. Era, sin duda, uno de los acontecimientos más esperados durante todo el año.

Las Candelas era básicamente una fiesta de los mozos a la que se incorporaban las mozas el último día con una chocolatada que hacían ellas y a la que eran invitados los mozos. El alcalde de los mozos era el alcalde del pueblo durante esos días. Mientras yo estuve en la fiesta de Las Candelas, nunca hubo necesidad de tomar decisiones que pusieran en tela de juicio el acierto de tal costumbre. Se cuenta que en una ocasión fue el alcalde de los mozos, quien por cierto ostentaba la vara, quien hubo de tomar alguna determinación de acuerdo con su circunstancial categoría de alcalde. El día anterior, por la mañana, los mozos eran los en-

cargados de matar y trocear los carneros y colgar sus carnes en el somero para que se secasen y no estorbasen durante los días de fiesta.

Sobre el mediodía hacían su aparición los músicos. Previamente se había ajustado su precio. Llegaban y enseguida se instalaban en la casa de la patrona en donde, entre copa y copa, esperaban que empezase a anochecer para dar la primera ronda por el pueblo y empezar así oficialmente las fiestas. A la caída de la tarde los mozos, y yo ya entre ellos, comenzaban a aparecer por la casa y, poco a poco, se iba animando la estancia, mientras ella disponía la mesa para la cena. Con este acto de la cena se daba por iniciada la fiesta y ya, después de cenar, se hacía el baile en algún sitio previamente acordado. Solía ser algún corral, los bajos de la casa del pueblo o incluso el calabozo. Todo ello dependiendo de la cantidad de mozos y mozas y los visitantes de pueblos vecinos que se presumía iban a acudir.

Llegó, por fin, el día tan deseado: Las Candelas. La mañana se levantó enfundada en un blanco manto de nieve que se había acumulado en forma de ventisqueros en las callejuelas de las afueras del pueblo. Cuando me dirigía hacia la iglesia y traspasé el pequeño puentecillo que separaba el barrio chiquito del grande, pude comprobar que el río estaba completamente helado. Los juncos y los zarzales de sus orillas formaban una montonera mitad nieve mitad hielo. Las piedras del río, cuyos rebordes aparecían tamizados por la nieve, formaban pequeños montículos de contornos indefinidos. Mientras ascendía calle arriba camino de la iglesia, pude comprobar que desde los aleros de los tejados colgaban los carámbanos cuyas puntiagudas puntas amenazaban la integridad de los viandantes. Subí rápidamente por la calle y, al traspasar el umbral de la iglesia, una bocanada de aire caliente alivió mis mejillas. A tono con mi nueva condición de mozo, me dirigí al coro, o mejor, a las escaleras que conducían al coro, donde ya me encontré a algunos arrellanados en las escaleras sobre mantas traídas al efecto y en posturas poco dignas para el lugar.

Una vez concluida la misa, empezaba la fiesta de verdad, por lo menos la fiesta que a mí, como novato, me interesaba y con la que llevaba soñando varios meses. Nos dirigimos a la casa del pueblo y allí cogimos los enseres necesarios para realizar la ronda. Desde tiempos que nadie recordaba, los enseres necesarios para la ronda eran: una bayoneta en la que se iban enstrando los trozos de tocino o los chorizos, generalmente de sábado, que se iban recolectando y una o varias gruesas varas de avellano, además de banastas y cestas para los huevos. La bayoneta representaba el símbolo del poder y generalmente la llevaba el segundo mozo más joven.

La ronda, compuesta por los mozos y la chiquillería, comenzaba en medio del regocijo general e iba de puerta en puerta. En cada una de ellas se llamaba al ama de casa y, entre chistes y chirigotas, se le solicitaba los donativos que tuviera a bien aportar. Eran frecuentes

los comentarios jocosos alusivos al tamaño de las piezas que se daban, a la capacidad de las copas de licor con que se obsequiaba a los mozos o a las supuestas cualidades de alguna hija casadera. En las varas de avellano se iban colgando los trozos de tocino, chorizos y demás con el fin de que todos comprobaran el tamaño y la cantidad de las piezas recibidas y sirviesen de reclamo a la generosidad de las mujeres.

Afanados en estos menesteres se pasaba la mañana sin apenas darnos cuenta. Una vez completada la ronda por todo el pueblo, haciendo pública ostentación de todos los trofeos conseguidos, se llevaba todo a la casa de la patrona para que pasara a engrosar las existencias preparadas para los días de fiesta.

La comida se limitaba casi exclusivamente a asado o caldereta, a base de la carne de los carneros o de la recogida en la ronda. Con alguna frecuencia se hacían apuestas a ver quién comía o bebía más y no era raro que, por ello, más de una vez se produjesen situaciones un tanto embarazosas, cuyo final era difícil de pronosticar. En estas condiciones, las comidas y las cenas se convertían en templos de la gula.

Durante la comida, la conversación transcurría sobre temas banales o relativos al tiempo o las labores propios de la época. La comida en exceso, el vino, los licores y el ambiente cargado de la estancia desataban con frecuencia la lengua y eran frecuentes las bravuconadas y los gritos. No había protocolo preestablecido sobre la colocación en torno a la mesa, pero lo cierto era que los más jóvenes debíamos permanecer en la parte más externa de los bancos corridos que con frecuencia servían de asientos para así poder atender a las demandas de vino o licores que, a menudo, se producían a lo largo de la comida.

La sobremesa transcurría entre partidas de cartas y copas de anís o coñac, sin más prisa que el ir viendo morir la tarde a través de los cristales velados por el vapor de agua y el ambiente cargado de la estancia por los efluvios de la comida, la digestión, los licores y el humo de los cigarrillos o puros.

Los gaiteros se contrataban en función del número de mozos y, por consiguiente, del presupuesto. Si venían los de Garranzo, la orquesta se componía solamente de una gaita y un tambor. Si el presupuesto daba para algo más, solían venir desde Larriba y ya se componía de más de dos elementos y, por fin, si se tiraba la casa por la ventana, subían los de Enciso; una banda como Dios manda que estaba compuesta de más de seis elementos. Dada la cultura musical de los mozos, era evidente que cualquier cosa que sonara con cierta armonía y ritmo era suficiente para deleitar a los anfitriones. Durante toda la época que yo estuve con los mozos, siempre vinieron los de Garranzo, que tocaban de oído y que año tras año siempre repetían las mismas canciones a ritmos más o menos rápidos según las circunstancias. Ni que decir tiene que aquello, por simple y elemental que fuese, nos sonaba a música celestial, pues du-

rante todo el año, a excepción de la fiesta de la Trinidad o San Sebastián, no volvíamos a oír ni una sola nota de música.

Aunque no había una norma fija sobre los días que duraría la fiesta, pues en realidad duraba hasta que se acababa la comida, sí que estaba preestablecido el calendario de los dos primeros días. Así pues, el segundo día, 3 de febrero y día de San Blas, era costumbre llevar a bendecir al santo algo de lo que el día anterior se había recogido por las casas. Después de misa, vermut, baile en alguna era, comida, más baile, cena y baile de nuevo.

A partir del tercer día, la fiesta comenzaba a languidecer, limitándose exclusivamente a las comidas de los mozos y reuniones un poco más prolongadas en el traspasado. Los músicos volvían a su pueblo y todo volvía a tomar su ritmo habitual. Solamente el último día, el día 5, fiesta de Santa Águeda, la fiesta tomaba un súbito resurgimiento con la incorporación de las mozas. Hasta este día, ellas habían sido un objeto pasivo en todo el desarrollo de la fiesta, excepto en el baile, claro, pero ese día ellas eran las protagonistas. Así pues, después de comer, cuando los mozos se encontraban en la sobremesa, un volteo de campanas indicaba el repentino protagonismo de las mozas. Era la señal de que empezaba el baile, esta vez pagado por las mozas, y de que todos estaban invitados a tomar churros recién hechos por ellas. Entre los churros de las mozas y el zurracapote de los mozos, se pasaba la tarde. Este acto suponía el fin de las fiestas de Las Candelas.

A partir de aquel momento, aún me quedaron por celebrar unas cuantas Candelas más, pero la primera, la que me introdujo en el mundo de los adultos, fue especial. Fueron días felices.

LOS MOZOS.

No puedo calcular cuánto tiempo hace que ha amanecido. Lo percibo a través de la vidriera translúcida de mis ojos. Tengo hambre. Es la primera vez que la siento desde que me caí. Hambre y sed. Casi más sed que hambre. La pierna no deja de dolerme y me agobia algo menos el dolor en el pecho. Recuerdo que, cuando me caí, llevaba una bolsa de aceitunas, un trozo de pan y alguna chuleta. Debe de estar todo por ahí, en la bolsa, si es que algún perro o alguna otra alimaña no se lo han llevado esta noche. Si pudiera comer algo, tal vez tuviera fuerza para moverme, acercarme, o mejor, arrastrarme unos metros hasta el cauce del río para beber un poco de agua. Agua, agua... Tengo la boca reseca y me duele el paladar. No sé si es por la sed o porque tengo alguna herida. Si pudiera moverme un poco, tal vez alcanzaría la bolsa. Tengo que sacar fuerzas de flaqueza e intentarlo. Que yo recuerde, nunca en mi vida he

tenido un reto como este. Siempre he hecho lo que he querido o debido, pero a mi aire, sin necesidad de demostrar nada a nadie, ni a mí mismo. Es evidente que no puedo ponerme de pie, pero tal vez consiga arrastrarme sobre la espalda hasta el lecho del río. Tengo la sensación de que puedo girarme un poco. Ahora, por lo menos, lo veo. Desde esta posición podría ver la bolsa si estuviera en mi trayectoria hacia el río. Seguramente se quedó arriba, en el ribazo. Tendré que conformarme con beber, beber. Sólo en pensar que dentro de unos momentos voy a poder saciar mi sed, ya siento alivio. Según me voy arrastrando, la pierna me duele con punzadas que casi no soporto, pero tengo que vencer. He conseguido avanzar un metro o casi. Un poco más y habré vencido. Debo descansar un poquito para tomar fuerzas e intentarlo de nuevo. Tal vez, si me dejase rodar aprovechando la pendiente producida por el pequeño montículo en el que sin duda me encuentro, me sería más fácil aproximarme hasta el cauce del río. Debe de ser como media mañana. Nadie me habrá echado en falta todavía, nadie se acordará de mí, nadie tendrá un pensamiento momentáneo sobre mí. No soy nada para nadie. Yo, por mi parte, sólo puedo esperar a recuperar un poco las fuerzas para ver si consigo que mi cuerpo, ayudado por la pendiente, ruede unos metros y me acerque al cauce. Apenas si he tenido que tomar decisiones personales en mi vida. Mis decisiones se han limitado a situaciones concretas del trabajo, que estaban, a su vez, predeterminadas por la naturaleza: cuándo sembrar, cuándo regar, cuántas corderas dejar para el rebaño o cuándo echar los carneros; si cerrar en Butisancho o Valderrueda, si soltar por tal o cual sitio, si vender o no los corderos a tal precio o decidir la fecha más propicia para el esquileo. Un esfuerzo más y estoy en el cauce. Veo que me estoy mareando, pierdo el sentido. El esfuerzo y el dolor me han vuelto a jugar una mala pasada. Pierdo el sentido. Todo me da vueltas. El día se oscurece, se va la luz. Ya no tengo sed, ni hambre, ¿para qué intentarlo? Tal vez más tarde. ¿Habrá algo más tarde?

Mi nueva condición de mozo joven y con el cargo de alguacil a mis espaldas me proporcionó una visión de la realidad del pueblo que hasta ahora sólo había vivido superficialmente.

Cuando pasaba por los alrededores de la escuela me erguía como un gallo de pelea como queriendo afianzar mi nueva condición. Dejé de jugar con los niños en la plaza, o al alubí o a las cuatro esquinas en el pórtico de la iglesia y mis quehaceres y responsabilidades de trabajo fueron incrementándose. Poco a poco me fui haciendo el responsable del rebaño. Mi hermano llevaba ya varios años con los machos encargándose de las labores de la labranza. Mi hermana mayor trajinaba por casa ayudando a mi madre, que cada día se encontraba más achacosa, y la otra era todavía una niña que jugaba a muñecas con la toquilla de mi madre o se pasaba las horas jugando en la plaza con los demás niños de su misma edad. Mi padre andaba por los huertos y el corral y todo se desenvolvía con la monotonía y mediocridad de

una vida de pueblo sin más sobresaltos que la tormenta, el aguacero o la pérdida de tal o cual oveja.

A partir de la fiesta de Las Candelas, la vida comenzó a seguir su monotonía habitual. Del jolgorio y bullicio de los días de fiesta, pasé al silencio y la soledad. Los días comenzaron a transcurrir uno tras otro, sin más novedad que la que eran capaces de crear mis propios sentimientos.

El cuidado del rebaño me obligaba también los días de fiesta. Así que, cuando los domingos por la tarde, los mozos perdían el tiempo sentados en los poyos del Solobarrio, mientras daban cuenta de un porrón de vino o veían pasar a las mozas, yo permanecía solo en el monte, a solas con mis propios sentimientos. Cuando ellas bajaban calle abajo con sus vestidos de fiesta, después del rosario y se iban a pasear por la Nogalera y los mozos se ponían a jugar a la calva o al mus con un ojo en la calva o las cartas y el otro en las mozas, yo tenía que permanecer solo, con el rebaño en el monte, ajeno por completo a la vida social. Hasta entonces no había sentido la necesidad de disolverme en un grupo que arropase mis sentimientos hacia los demás. De niño, era un ir y venir o estar disfrutando en cada momento con la acción. Cuando empecé a tontear con los mozos, el natural impulso de la juventud me hizo sentir la necesidad de tener alguien al lado con quien compartir mis sentimientos. Después, con el transcurrir del tiempo, esa necesidad se fue diluyendo poco a poco hasta ser sólo un recuerdo que ni siquiera añoraba.

En invierno y principios de la primavera, durante los primeros años de mozo, cuando llegaba a casa y después de cenar, me aseaba un poco y me acercaba hasta el trasnocho.

Ya desde niños, el trasnocho tenía para nosotros un potente poder de atracción. A ello contribuía por una parte el que los mozos nunca nos permitían la entrada en él, y ello incrementaba el deseo de conocerlo; por otra parte, cumplía a la perfección el cometido de dotar a los mozos de un lugar donde, al margen del mundo de los padres y abuelos, podían expresarse a su antojo y tener su pequeña parte de intimidad propia de la edad. Cada cierto tiempo, uno o varios años, cambiaba su ubicación. Esta dependía de varios factores; paja limpia, proximidad, salubridad y que, obviamente, estuviera vacío. En esa época de la juventud sentíamos muy vivo la necesidad de compartir experiencias con los demás. Por eso, después de pasar todo el día solo en el campo con las caballerías o con las ovejas, como yo, o simplemente en los huertos, el trasnocho ponía bálsamo en la soledad y acercaba sentimientos compartidos y complicidades que tan necesarios son en la edad en la que nosotros participábamos en el trasnocho. Recuerdo mi primera experiencia en él.

Corrían los días de mediados de noviembre, sembrando de escarcha las mañanas, recogiendo apresuradamente en el atardecer y durmiendo por fin junto a la lumbre en los fo-

gonas de las cocinas. Yo había andado todo el día con el rebaño, como de costumbre, pues ya me había hecho cargo definitivamente de él. Solté por la Umbría y el día que había amanecido frío y soleado, se fue tornando ventoso y desapacible.

Al atardecer, las primeras nieblas comenzaron a husmear por los cerros de la Malpa-reja y Solanagrande y enseguida las ovejas, volviéndose de culo al aire, comenzaron a tomar el camino del corral, careándose levemente por Solanalosantos.. Mientras el sol se escondía tras el Cabezo, llegué al corral. Aparté las borras, las machorras y los carneros y a las demás les eché un zurrón de pienso en las canales.

Cuando salí del corral, ya era de noche. Tomé la calle abajo y, justamente en el puente del Solobarrio, me crucé con los que subían de la fábrica. En las breves palabras que intercambiamos, decidimos que esa noche inauguraríamos el trasnocho por ese año y en el mismo sitio que años anteriores. Por entonces, ya andaba yo medio metido en los mozos y, aunque para mí era toda una novedad, a nadie podría extrañar que apareciera por allí.

Creí que debía arreglarme un poco. Cambié mis abarcas por unas zapatillas de esparto, me lavé la cara en una jofaina en la cocina y, sin que yo dijera una sola palabra, mi madre, que obviamente intuyó mi decisión, me puso sobre la cama una camisa limpia.

Me sentí bien. Aún merodeé un poco por la casa haciendo tiempo para no subir de los primeros. Digo subir, porque aquel año, el año al que yo me refiero, el trasnocho estaba en la calle mayor, en la planta baja de la casa del pueblo. Por aquel entonces la casa del pueblo se componía de dos plantas. Un gran portalón de una sola hoja, cuyos goznes producían un ruido muy característico al girar, daba paso directamente a toda la estancia de la planta baja de unos 40 m². En el centro aproximadamente, un pilar de madera, apoyado sobre una piedra en forma cúbica, soportaba la techumbre que se elevaba sobre el suelo sólo un par de metros. Un manto de paja limpia de cebada, convenientemente extendida de forma uniforme, atemperaba la humedad del suelo de tierra. En las paredes de piedra, desnudas, sin ningún tipo de adorno ni ventanas, sólo polvo y briznas de paja en las comisuras entre las piedras, aparecían algunas telas de araña que oscilaban a los envites del viento que se colaba en ráfagas por la gatera. Una escalera de anchos escalones daba paso a la planta superior. En ella una pequeña habitación servía de almacén de enseres y herramientas para las veredas y otra, muy austera de mobiliario y con tan solo unos bancos corridos junto a las paredes, se usaba para las sesiones del concejo.

Durante los años que yo me mantuve con los mozos, o mejor dicho, durante los primeros años, porque luego, poco a poco, fui perdiendo el interés, el trasnocho estuvo siempre allí. Como los cortes de luz eran frecuentes por el mal estado de la línea eléctrica, sobre todo en invierno, en el pilar del medio colgábamos dos candiles, uno a cada lado. Ellos o la bombilla

de 40 wátios, cuando había luz eléctrica, nos proporcionaban la iluminación suficiente para que la permanencia allí fuese agradable, aunque debíamos levantarnos con frecuencia a encender los candiles, que por su mal estado o por el viento, se apagaban frecuentemente. Obviamente los días que había coneejo, no podíamos ir al trasnocho, porque los hombres no querían que oyéramos desde abajo lo que allí ocurría y tampoco nosotros estábamos dispuestos a que ellos participasen de la intimidad que se suponía que el trasnocho nos debía deparar.

A pesar de lo espartano del entorno, era un lugar cálido e íntimo que nos proporcionaba la seguridad necesaria para sentirnos a gusto y en donde podíamos, en general, expresar nuestros sentimientos más profundos y compartir experiencias y confidencias.

Al igual que cuando yo acudí por primera vez sin que mediara ningún protocolo, cualquiera podía aparecer por allí dispuesto a echar una partida a las cartas, charlar un rato y dar buena cuenta de una azumbre de vino. Siempre fue así y así siguió hasta que las circunstancias del pueblo cambiaron.

Las estaciones en general y la climatología en particular, además de la marcha de las tareas propias de la época, determinaban el inicio y el fin del trasnocho, pero ello no era óbice para que cada uno se sintiera libre para acudir o no, en la hora y tiempo que cada uno estimara oportuno.

Aunque el lugar, como en el caso de la casa del pueblo, estaba al abrigo de la intemperie, a veces hacía frío. Por ello no era raro acudir allí con la manta o las pieles, según se llegaba del campo. Nos arrebujábamos en el suelo envueltos en la paja y al amor del porrón de vino que iba pasando de mano en mano y, si el frío era muy intenso, en torno a un caldero con fuego, se nos pasaban las horas, sin más prisa que la de ver menguar el porrón.

Como es lógico suponer, en el devenir cotidiano del trasnocho, noche tras noche, se producían todo tipo de situaciones, al igual que si la vida del pueblo se refugiara durante algunas horas entre las cuatro paredes de su estancia. Las tareas del campo y los rebaños suponían, obviamente, un tema de conversación recurrente, pero otras veces las conversaciones giraban en torno a temas de actualidad y otras veces, entre chanzas y porfías, se llegaba a situaciones que trascendían más allá de la vida del propio trasnocho. Tal es el caso de las apuestas que se cruzaban sobre la supuesta rapidez y habilidad de algunos, generalmente los más bisoños, para cometer pequeñas transgresiones a la ley de la propiedad, y que eran asumidas por todos como algo natural, consustancial con la vida interna del trasnocho. Una de las más frecuentes y en las que yo participé varias veces, consistía en hacer una merienda con lo que se pudiera robar, sin que ello supusiera una transgresión severa de la ley.

Dada nuestra condición machista, muy de acuerdo con la época, no sabíamos ni freír un huevo y mucho menos preparar unos flanes o un arroz con leche. Por ello solíamos buscar

la complicidad de las mozas que, al igual que nosotros también disponían de su propio trasnocho, aunque generalmente mejor arreglado que el nuestro. Por ello solicitamos su complicidad y, después de repartirnos meticulosamente el cometido de cada cual, nos desperdigábamos por el pueblo en busca de lo necesario. Aunque yo le he llamado robo, ello no era tal, porque la verdad era que la transgresión solo consistía en que íbamos a robar los unos a las propiedades de otros. Por ello, era convenido hacer la vista gorda sobre la procedencia de lo afanado y limitarse a entrar en el juego, sin preguntar cuál era su procedencia. En verdad, hubiera sido lo mismo si cada uno hubiera traído de su casa lo necesario. Pero la emoción estaba, precisamente, en el riesgo de que el dueño nos pillara in fraganti. El botín solía consistir en huevos, leche y algún pollo o conejo. Con el fin de no armar mucho alboroto, los mozos y mozas mayores solían mandar a los más jóvenes a tal menester, mientras ellos se quedaban tranquilamente en el trasnocho esperando acontecimientos. Es lógico suponer el ambiente distendido con jergas y bromas que se producía en tales ocasiones. La complicidad y la presencia de las mozas añadía un toque nuevo y excitante a lo que los acontecimientos pudieran deparar.

La oscuridad de la noche amparaba nuestros ocasionales e inocentes hurtos y nos proporcionaba también una ocasión inmejorable para una aproximación a las mozas. Entre la oscuridad de los corrales y gallineros flotan aún en el ambiente el calor de besos encendidos de pasión, de declaraciones balbucientes entre manos temblorosas y, quien sabe si, el inicio de largos caminos en común.

En este pecho, aplastado ahora contra la tierra como un apéndice más de ella, me parece sentir aún el ritmo acelerado del corazón, el ahogo que me sube a borbotones hasta la garganta, y el jadeo sudoroso de la respiración, cuando por primera vez tuve que "robar", por novato, en el primer corral que encontré. Tal fue mi aturdimiento y nerviosismo que, cuando llegué al trasnocho con los huevos robados, metidos en el bolsillo de la chaqueta, y muy parsimoniosamente los fui colocando en el suelo, comprobé con sonrojo que uno de ellos era el señuelo de yeso, similar a un huevo de verdad, que se ponía en los nidales para que las gallinas pusieran los huevos allí.

Como castigo de tal equivocación tuve que soportar en aquel momento las risas de todos los presentes y después, durante mucho tiempo, las ironías de los demás y los comentarios jocosos sobre aquel hecho. Las veces que posteriormente me tocó robar huevos tuve, obviamente, muy buen cuidado de no volver a cometer el mismo error.

En algunas ocasiones la intimidad del trasnocho se desbordaba hasta la calle y trascendía más allá del portalón de la entrada, condicionando posteriores actuaciones en la vida social del pueblo. Tal era el caso del sorteo de los novios.

Este acontecimiento -porque llamarlo fiesta me parece excesivo- tenía lugar en la Nochevieja y por razones obvias de climatología, se celebraba en el traspasado. Después, la fiesta salía a la calle y el resultado del sorteo se pregonaba al día siguiente y posteriores por todos los rincones del pueblo. A veces, el resultado era objeto de broma y otras se sopesaba en las alcobas y cocinas.

Durante los primeros años, yo, al igual, supongo, que los demás mozos y mozas, esperaba con emoción contenida este sorteo. Cuando el azar deparaba un resultado apetecido, este podía ayudar de una manera importante a llevar a buen puerto deseos e ilusiones, de los que solamente la almohada, en la intimidad de la alcoba, o las volutas de humo del cigarro eran conocedoras. Para las mozas, podía incluso a llegar a suponer el fin de una incipiente soltería no deseada.

Aquella primera noche en la que me disolví íntegramente en el ambiente festivo de la fiesta del sorteo de los mozos, la recuerdo muy lúcidamente. Cerré, como lo hacía siempre en invierno, en el corral de La ventosa que estaba en la parte alta del pueblo.

Tras aviar el rebaño, eché la tranca a la puerta del corral y cogí el camino que me llevaba, cuesta abajo, hasta las casas más someras del pueblo. Un viento gélido me azotó la cara, que sentí aún mas por el contraste del ambiente caluroso del corral, y me obligó a taparme la cabeza con la manta en la forma tan habitual de embozo que usamos la gente del campo. Mientras descendía, el pueblo se extendía ante mí como el belén que el cura había instalado en un lateral de la iglesia. Aún se marcaba en el poniente la silueta de la cumbre de los montes como una fina línea rosa que descansaba sobre un blanco lecho de nieve apenas perceptible. El viento traía hasta mí, en suaves rachas, el humo que huía raudo de las chimeneas y, entre sus deshilachadas volutas, mi olfato llegaba incluso a percibir el olor a guiso de los pucheros que, al amor de la lumbre, barboteaban abrazados por los trébedes. Las carrascas de Miñaflores se insinuaban, justamente enfrente, a la altura de mi vista, sólo como tenues bultos negros flotando en una nebulosa lechosa de superficies irregulares de nieve desigualmente repartida por la ladera que descendía descansando en bancales hasta el río. La calle me recibió con los carámbanos de hielo colgando del alero de los tejados. Algunas cabras, aún sin cerrar, se refugiaban en los vanos de las puertas del viento helador que ascendía por la calle. El suelo empedrado, donde comenzaban a formarse placas de hielo del agua del deshielo de los tejados orientados al sol de la tarde, me obligó a caminar con precaución. Ya en la entrada de casa, me deshice de la talega y de la manta, mientras una oleada de calor me acariciaba el rostro. Me inundaron los olores cotidianos de las cuadras y, conforme fui ascendiendo por la escalera hasta la cocina, me impregné del vaho procedente de los pucheros y del humo de madera de haya verde.

Enseguida estuvo dispuesta la cena. Una mesa un poco más abastecida que lo normal, a base de una sustanciosa sopa y carne guisada, nos reunió en su entorno a mis padres y hermanos. Como plato especial, para postre, una especie de compota a base fundamentalmente de frutos secos, vino y canela, y algunas hierbas. Mi padre llevaba preparando todo ello desde varios días antes, como un rito anual, manteniendo de ese modo la tradición de la familia.

Esta noche, el trastrocho presenta un aspecto un poco más acicalado que lo normal, debido, sin duda, a la presencia de las mozas. Paja limpia, y un farol junto a una pequeña mesa son todo el mobiliario extra, aparte de mechas nuevas y aceite a rebosar en los candiles. Sobre la mesa dos jarrones, unas hojas de libreta y un lápiz. Poco a poco, el trastrocho se va llenando. Entran grupos de mozos en tropel jaleando a las mozas. Las parejas de novios, ya consolidadas, entran también cogidas del bracete, haciendo muestra ostentosa de su situación y los hay también que entran solos, como a escondidas y, sin ostentación alguna, se funden en el grupo, acomodándose en un rincón cualquiera. El ambiente distendido, el vino de la cena y las copas posteriores van creando un clima de fiesta y jolgorio.

Los comentarios jocosos sobre el espectáculo que se avecina son numerosos y todo se desenvuelve en un ambiente festivo y alegre. Cuando el trastrocho está ya a rebosar –no olvidemos que en esta ocasión están también las mozas-, el mozo más veterano se acerca a la mesa, dispuesta al efecto, pide silencio, y, entre los murmullos que se van acallando, toma la palabra, y dice:

“-Desde tiempos anteriores a nuestros padres y a nuestros abuelos, se viene celebrando en este pueblo un tradición a la que ahora, nosotros, vamos a dar fiel cumplimiento, tal como viene haciéndose desde siempre. Vamos a proceder, pues, al sorteo de los mozos y mozas, y es obligado que, durante la fiesta de esta noche, todo el mundo se comporte como novio o novia del que le ha tocado en suerte. Procedamos”

Existía una norma no escrita, lógica por otra parte, según la cual las parejas que se iban a casar durante ese año no entraban en sorteo y si, al sacar las papeletas, se emparejaban hermanos, se volvía a repetir. Aunque todos éramos conscientes de que era un juego, también sabíamos que era algo más. Para las mozas, sobre todo, el sorteo podía ser trascendente porque, si el azar las emparejaba con alguien deseado, la cuestión podía ser definitiva; si por el contrario no era de su agrado, con olvidarlo al día siguiente, asunto acabado. Lo mismo les ocurría a los mozos; sólo que estos lo tenían un poco más fácil, ya que las posibilidades de un posterior acercamiento eran más factibles.

Yo, el primer año, el año que por su novedad más se me quedó en el recuerdo, no tenía ningún especial interés por ninguna moza en particular. Por ello, me lo tomé como un juego y disfruté del sorteo de acuerdo a la condición propia de mi edad, unos 17 años, si no recuerdo

mal. Dada mi inexperiencia, apenas si pude fijarme, como lo hice después en años posteriores, en las expresiones de la cara de los mozos y mozas, conforme se iba celebrando el sorteo. Las había de emoción contenida, con apenas una chispa en los ojos y una mirada cómplice. En otras un salto o unos pasos de baile rompían la tensión acumulada y las había también en las que una sonora carcajada ponía una nota burlona en el ambiente.

Se confeccionaban dos listas; una la de los mozos y otra la de las mozas, después de consensuar, obviamente, la presencia en ellas o no de algunos, como ya he dicho anteriormente. Como es lógico suponer, casi nunca coincidía el mismo número de mozos que mozas y por ello, se introducían en las listas de los menos numerosos algunos elementos que hacían el deleite de la mayoría. El primer año, al que me refiero, el número de mozas era menor en dos y por ello se añadieron una burra y el ama del Sr. cura que, aunque era soltera, había rebasado ya con creces la edad casadera. Otros años, en que ocurrió al revés, era un carnero, un cayado o un soltero mayor quien hacía las veces de pareja. Mi nombre llegó a ser años después el comodín para acomodar las necesidades del emparejamiento.

Una vez puestos todos de acuerdo sobre las condiciones del sorteo, se procedía al mismo. En mi condición de novato, fui yo el encargado, en presencia del mozo mayor, por supuesto, de sacar las papeletas de los mozos y lo mismo hizo la moza más joven.

Poco a poco, fuimos sacando las papeletas de los jarrones y así fueron quedando emparejados los mozos y las mozas. Mi condición de novio nuevo no me deparó ningún sentimiento especial. Me limité a bailar con ella unos cuantos bailes y ahí quedó todo.

Pasados los primeros años, fui perdiendo interés por el trasnocho y prefería buscar alguna excusa que me justificase a mí mismo la necesidad de permanecer en el corral, apartando ovejas, preparando el pienso o la paja o picando las berzas en la época del invierno.

Este comportamiento social, elegido por mí mismo, fue configurando mi carácter. Había días en que no hablaba prácticamente con nadie y, cuando en el monte coincidía con algún que otro pastor, procuraba rehuirle con cualquier disculpa. Los días pasaban sin más compañía que mis pensamientos y las breves palabras que cruzaba con mis padres o mis hermanos. Cada vez tenía menos cosas que contarles de no ser las novedades relativas a la marcha del rebaño. El monte y la soledad cada vez me proporcionaban más seguridad y satisfacción; sin embargo, la naturaleza joven que llevaba dentro se revelaba a veces y me hacía soñar en otros mundos en los que de una manera difusa e imprecisa se perfilaban seres de piel cálida y suave, con cabellos sedosos que acariciar y cuerpo voluptuoso de piel sonrosada. Cuando las urgencias de mi carne joven me acuciaban, yo procuraba apartar de mí estos pensamientos, no tanto por la naturaleza pecaminosa de los mismos, cuanto por evitar soñar en un mundo imposible de alcanzar para mí.

Empecé a disfrutar de mi soledad. Mi mundo se fue cerrando en sí mismo, sin apenas abrirse a nada. Mi mente se embotaba por momentos, incapaz siquiera de soñar, por considerarlo casi como un pecado. Cuando las ovejas tomaban careo y me sentía provisionalmente liberado de mis obligaciones de pastor, disfrutaba con las cosas más sencillas.

Pasaba horas enteras tumbado de espaldas sobre la manta de pastor extendida en el suelo, mirando al cielo y jugando a seguir la trayectoria en el movimiento de las nubes, viendo cómo se diluían unas en otras o se desgajaban en minúsculos pedazos para vagar solas, alejándose o acercándose sin rumbo aparente. Otras veces, todas en tropel, cabalgaban veloces montadas en las alas del viento. En verano, cuando el sol se dormía entre las aulagas de los ribazos y el viento se deshacía entre algodones metálicos, disfrutaba viendo cómo una simple nubecilla blanca, deshilachada y tenue, iba tomando perfiles definidos y suavemente se hinchara poco a poco, hasta configurarse como una mancha de aceite de vientre negro y perfiles cambiantes en expansión. Poco a poco, el cielo se iba tornando en un vellón plumizo y el sol se escapaba a borbotones por entre los perfiles negros, redondeados e hirvientes.

En los atardeceres, cuando el cielo se extiende como un mosaico de tonos azules y blancos, grises, rosados, y las nubes van tomando formas y colores distintos, jugaba a dibujar objetos fantásticos o reales con su perfil. Con frecuencia ajustaba a su contorno rostros de formas suaves, que se suavizaban aún más o endurecían a voluntad del viento y desaparecían un poco más tarde, diluyéndose entre la masa azul del firmamento.

Las nubes, las nubes. Siempre presentes, siempre cambiantes; algo efímero, pasajero, compañeras al fin. El cielo hubiera sido igual con una nube menos. Una nube que se forma y, en pocos instantes, desaparece, sin que nadie se haya fijado en ella, sin que en nada haya cambiado el entorno en que nació. Pero en ellas yo veía la hora, el viento, el sol luchando a brazo partido por asomarse por entre sus entrañas, la tormenta que se avecinaba taimadamente por entre sus contornos plateados del sol del medio día. Nada más precioso que esas nubes mansas, tranquilas, algodonas, de noches de luna llena con tintes de plata en su vientre y jugando a guiñarle el ojo a la luna.

En la noche serena, una gran corrida de toros en el coso inmenso del cielo. El torero vestido de luna las cita, las encela, las requiebra, se funde con ellas en un abrazo para luego seguir cada una por su camino y coquetear con sus sombras sobre los sembrados, ribazos, solanas y umbrías sin más limitaciones en su juego de seducción que el albedrío del viento, que unas veces duerme, se despereza, despierta o se embravece, encelado por el contorno suave, redondo y femenino de la luna.

Otras veces disfrutaba en silencio de la voluptuosidad de los carneros o chivos, cuando el celo los ponía peleones y porfiaban, orgullosos, con otros machos enzarzándose en peleas

que acababan por agotamiento con uno de ellos y, otras veces, se volvían tiernos y cariñosos al borde del ridículo con arrumacos y cabriolas para con las hembras.

En las tardes interminables, sin nada que llevarse al pensamiento, las lagartijas y las hormigas también fueron para mí fuente de pasatiempo y de diversión. Sobre todo de joven, cuando mi vista era buena, me gustaba pasar largos ratos observando el deambular, aparentemente anárquico, de las hormigas. Me gustaba elegir una al azar y seguirla hasta que se perdía en un hormiguero, debajo de una piedra o simplemente desaparecía de mi campo visual. Enseguida, la aparente anarquía se tornaba en disciplina y tozudez y, al fin del camino, un grano, un insecto o una miga de pan llegaban inexorablemente a su destino.

Las lagartijas me ilusionaban de momento, pero pronto perdía el interés por ellas, pues era necesario prestar mucha atención para seguir las en su andar zigzagueante y, por eso, al poco tiempo, las abandonaba a su suerte.

En mis primeros años de pastor, los nidos también acaparaban mi atención. Disfrutaba escudriñando los matorrales y zarzales, hurgando con el palo que me servía de cayado hasta los lugares más recónditos. También prestaba atención al vuelo rasante y torpe de la torda, cuando salía de engüerar, lo que era señal inequívoca de que por allí había un nido. Otras veces los padres lo delataban por su insistencia en merodear en torno a algún árbol o zarzal con alimento o material en el pico para construirlo. Los primeros años, incluso me atreví a subirme a alguna haya lisa y derecha como una vela en las que solía anidar el águila caceña. Si tenías suerte de llegar en el momento oportuno, el esfuerzo merecía la pena, pues solían tener tres o cuatro pichones y eran de un tamaño considerable de acuerdo con su especie.

La mayoría de edad oficial, a partir de mis primeras Candelas, supuso el afianzamiento en mi labor, casi única, de pastor. Paulatinamente fui tomando toda la responsabilidad del rebaño y apenas si me quedaba tiempo para otras labores de la casa que no pertenecían a nadie en concreto, pero que eran imprescindibles para la marcha de la casa.

Mi padre fue delegando poco a poco en mi hermano y yo el trabajo del campo y de las ovejas. Su salud y su vigor, siempre escasos, se consumían, a ojos vistas, como el cabo de una vela. Así, casi sin darnos cuenta, con la misma tenacidad e imperceptibilidad que el paso del tiempo, fuimos asumiendo totalmente las tareas de la casa.

En los primeros años, cuando todavía no iba pastor de continuo, a veces no iba a la escuela y me mandaban a cuidar la poza. A pesar de que el pueblo está enclavado en la confluencia de tres ríos, no era agua lo que sobraba precisamente desde la primavera hasta el otoño, y, por eso, en cada uno de los ríos, había una poza en la que se almacenaba el agua para regar todos los huertos de esa cuenca. Desde mayo hasta octubre, en cada poza, se establecían dos turnos a reo y el resto del tiempo se dejaba libre para que cada uno regase cuando pudiese.

El que tapaba la poza tenía derecho a regar una vez todos los huertos pertenecientes a esa poza. Mientras ésta se llenaba una o varias veces hasta que se acababa el riego, alguien debía cuidarla para así poder "taparla" él y poder regar a su vez sus propios huertos.

El trabajo de cuidar la poza era, obviamente, un trabajo que sólo consistía en estar allí. Por eso, éramos los niños los que normalmente lo hacíamos. La única obligación consistía en no dejar sola la poza, demostrando así a los futuros posibles poseedores que, por el momento, la poza era propiedad de uno. La mayoría de los niños del pueblo odiábamos este trabajo por el aburrimiento y la soledad de estar todo el día allí, mano sobre mano, sin poder ir ni siquiera a buscar nidos por los alrededores, ni abandonar para nada el lugar. De las tres pozas que se cuidaban normalmente, aunque yo recuerdo que había hasta ocho distribuidas a lo largo de los tres ríos, dos eran relativamente cómodas y entretenidas.

Al pie de la ladera de Santo Domingo, rodeada de chopos y en un altozano desde el que se divisaba todo el valle, se encontraba la poza de San Sebastián. Su situación, airosa y con todo el valle a sus pies, le daba el privilegio de ser la más apetecida y a la que con más gusto íbamos los chavales. Al tener un amplio horizonte, podías abandonar por un momento la poza y adentrarte en la alameda próxima para darte una vuelta buscando nidos o jugar sin descanso con un molinillo confeccionado con juncos y que colocábamos adecuadamente en la corriente de la acequia después de hacer una pequeña presa para sujetar la maquinaria y crear además una pequeña corriente añadida.

La de Valdrián, sin embargo, era todo lo contrario. Oscura, humillada por dos laderas que corrían empinadas hacia el cielo, apenas perceptible por el follaje de los chopos. Un olor nauseabundo a cenaco inundaba el contorno y apenas si quedaba espacio para jugar a nada. De vez en cuando, se oían las herraduras de alguna yunta que pasaba por la calleja o su braccar mientras bebían en la acequia que la cruzaba.

Todo ello la hacía especialmente odiosa pues, además, dada su ubicación en un espacio tan cerrado, las sombras enseguida inundaban el contorno, y la oscuridad y el consiguiente miedo hacían presa de nuestras mentes aún inmaduras y proclives a imaginar fantasmas o monstruos detrás de cada tronca de los chopos que la rodeaban.

La poza del Molino, era insulsa, sin atractivo. Estaba justamente en el lavadero y la continua afluencia de mujeres en las proximidades le quitaba emoción. Nunca tuve simpatía por ella.

Entre el cuidado de las pozas, el arreglo de los huertos y los demás quehaceres, las primaveras llegaban pintando tenuemente de un verde aún oscuro los carasoles y las solanas, vestían de amarillo las aulagas y los chopos del río apuntaban su verdor inundando de pelusilla todo el contorno. A finales de primavera se celebraban en el pueblo las fiestas más impor-

tantes. Durante los primeros años de mozo, disfrutaba junto a los demás del bullicio, del baile y del contacto con los demás. Pero, tras mi partida, primeramente a la mili y después a la guerra, dejaron de interesarme y pasaron a ser un suplicio más que una diversión.

Sin embargo, recuerdo con nostalgia aquellos años, mis primeros de mozo, en que las fiestas eran lo más que yo entonces podía soñar e imaginar. A pesar de que siempre fui un hombre huidizo y solitario, en mis primeros años, cuando me abría a la vida, fui un mozo más del pueblo que soñaba con las fiestas. Las fiestas de San Sebastián eran en aquella época las mejores del valle, sin duda alguna. Aún hoy, cuando de la ermita sólo quedan las cuatro paredes y el interior es un estercolero lleno de boñigas de las vacas que se refugian del sol o del frío, y entre las vigas carcomidas florecen las zarzas y las ortigas, siento un escalofrío al pensar en aquellos tiempos.

SAN SEBASTIÁN.

La víspera de San Sebastián siempre caía en domingo. Durante todo el día, el camino de Minguarcía, que serpenteaba por la ladera de enfrente de la ermita adaptándose a las sinuosidades del río, y el camino de la Camparesa, que venía alto desde las eras de la umbría rompiendo las vetas del Cabezo, eran testigos privilegiados del bullicio y la algarabía que se producía en los alrededores de la ermita.

A pesar de que siempre cae en una época en la que hay múltiples quehaceres en el campo, en los huertos y en casa, los mozos del pueblo, y los de los pueblos de alrededor, siempre sacaban un ratillo para acercarse hasta la ermita y colaborar de alguna manera en los preparativos de la fiesta.

Por esta época del año, el río de La Lleca lleva aún, por lo general, un abundante caudal de agua procedente de los neveros que el invierno olvidó en el hayedo. Las fuentes, esparcidas como pequeños oasis por ribazos y calveros, disponen todavía de suficientes reservas y son capaces, por poco tiempo ya, de verter su pequeña contribución al río, después de ahogarse entre regatos y poyos empantandos. Los chopos de sus orillas muestran en todo su esplendor sus brotes, aún tiernos, vistiéndolos de un suave color oro. Si la primavera viene un poco adelantada, las aulagas en flor salpican el campo de lunares amarillos, que se enmarcan resaltándose sobre el tono pardusco de los ribazos y las torcas producidas por la erosión del agua en su carrera hacia lo más profundo del valle. Una pequeña explanada se extiende a los pies de la ermita.

Las mozas se afanan en limpiar la balconada, donde al día siguiente se celebrará la misa. Los mozos, por su parte, cortan ramas de nogal, chopo, cerezo o pomar para confeccionar el armazón de un arco que, adornado luego con rosas y amapolas, se sujetará a las andas y enmarcará mañana durante la procesión y la misa la imagen del santo. Siempre me pareció un tanto obscena la imagen del Santo que enseñaba sin pudor sus carnes prietas y de formas afeminadas con un aire semiarrogante. La posición de la mano izquierda atada al tronco del árbol le proporcionaba una ostentación casi exhibicionista de su torso. Las heridas producidas por las flechas eran limpias, en lugares musculosos y el color de la sangre que manaba de ellas resaltaba sus formas perfectas y bien proporcionadas.

Otros, mientras tanto, adornaban con los mismos materiales la balconada y los más osados hacían equilibrios sobre ella o se la saltaban realizando acrobacias peligrosas que asustaban a las mozas.

Por estas fechas, la tarde era larga y aún quedaba tiempo para la tertulia sosegada, sentados a la sombra de los chopos junto al arroyo, o en las piedras que bordeaban por abajo la explanada. Lentamente, mientras la tarde se va muriendo, escondiéndose entre las sombras de los chopos, las esquilas de los rebaños comienzan a hacerse notar desde lejos. El camino de regreso al pueblo se convierte en una pequeña fiesta anticipada de lo que cada uno alberga en su corazón para el día siguiente.

La mañana se despierta entre el tañido de las campanas, que rebota en las laderas de los montes que rodean el pueblo y los rayos del sol bailan al ritmo del suave bamboleo de las ramas de los chopos, mimosamente mecidos por el viento. El cielo limpio y el aire puro auguran un gran día de fiesta. Algunos acuden al río para asearse un poco más que lo habitual y suben por la calle con la cara tapada por la toalla sintiendo en su rostro, recién afeitado, el frescor del agua de la brisa de la mañana. Al toque de la segunda, todos, excepto los que están de luto, van acudiendo hasta el pórtico de la iglesia y se va formando una pequeña tertulia entre cigarrillos compartidos y un olor inusual a colonia. Cuando el cura lo decide, cada uno acude a su labor. Los pendones, estandartes, faroles y la cruz van pasando a manos de sus portadores y se inicia la comitiva hacia la ermita. Se mece la imagen al vaivén de las irregularidades del camino, atosigada por la profusión de ramos y flores en el arco que lo encuadra, encima de las andas. El cura y los monaguillos siguen al santo y, a continuación, un coro de mozas, con sus mejores galas, canta y repite una y otra vez, con voz chillona y atiplada, estrofas alusivas a las excelencias del santo.

Desde muchos años atrás, la procesión tiene un protocolo que debe cumplirse escrupulosamente. A las afueras del pueblo, cuando el camino hacia la ermita de San Sebastián abandona las últimas casas, y después de pasar el monolito de la Verónica, el camino recibe

al que baja desde Poyales que, a su vez, ha recibido ya al de Navalsaz. Allí donde se juntan, es tradición que las cruces que abren las dos procesiones se saluden dándose un beso supuestamente de paz. Lo cierto es que el saludo se convierte, con frecuencia, en un fuerte topetazo que deberá dejar necesariamente una de las dos cruces inservibles. Ello conlleva el consiguiente regodeo de la parte vencedora y los firmes propósitos de venganza para el próximo año de la parte perdedora. Una vez que las dos comitivas se han saludado, la procesión continúa camino hacia la ermita entre los cánticos de las mozas. Las tres procesiones se funden en una y ello da pie a que las personas que, en muchos casos, hace un año que no se han visto, quizá desde el año pasado, se saluden, pregunten por la salud de la familia y entre abrazos y apretones de manos se intercambien deseos de paz, salud y prosperidad. El sonido dulce, metálico, evocador de la gaita rebrinca entre el ritmo monótono del tambor sobre las lastras del barranco y confiere al ambiente un clima extraño, íntimo. Un sonido que, a buen seguro, nadie de los que alguna vez lo han oído lo volverán a olvidar jamás. Será el punto de referencia de momentos felices, de los que se asocian a la niñez, a la felicidad o a los momentos plenos, como transportados a un mundo feliz y lejano que se materializó entre la corriente de agua del barranco, el aleteo de las hojas de los chopos que se erguían como pendones, el murmullo de la gente y el siseo producido por los pies sobre la superficie rugosa del camino.

Al llegar a la ermita, aún tiene que unirse otra pequeña procesión. En este caso, se trata de la de Garranzo. Tras el protocolario beso de la cruz, el santo es subido a la balconada y depositado con mimo en su peana. Desde allí presidirá, al menos por un día, la fiesta y será objeto de las miradas de todos los devotos que, fervientemente, le harán, por un día, objeto de sus oraciones y peticiones.

Abajo, a los pies de la balconada y apoyados contra la pared, se presentan, cuidadosamente alineados, los pendones y los estandartes de las cuatro aldeas, sin que puedan ondear al viento sus insignias, bien recogidas contra las varas para no entorpecer la visión de los oficios religiosos a los asistentes. Como es tradición desde siempre, una rosa y un lirio coronan cada uno de los pendones. Los vivos colores de las flores resaltan sobre el yeso pardusco y desconchado de la pared donde descansan. Mientras el cura se dispone a celebrar la misa, las autoridades van tomando posesión de sus asientos simétricamente colocados a los lados del altar. La pareja de la Guardia Civil con sus mejores galas, el alcalde y los concejales con sus mejores trajes, en la mayoría de las ocasiones sacados ex profeso de las arcas y con olor aún a naftalina. Abajo, en el río, los machos y burros, que han servido para el transporte de algunas personas mayores, bracean o relinchan ante la proximidad de otros semejantes, pero desconocidos, y ponen el toque ecológico a la escena que se comienza a desarrollar en la balconada. Un mosaico de colores se esparce por la pradera y por las paredes de los huertos cercanos desde

donde los feligreses seguirán, con más o menos devoción, el acto religioso. Los más buscan el cobijo del sol bajo las mimbreras de las proximidades o se afanan en conseguir un trocito de sombra bajo el gran cerezo que preside el centro de la explanada. El sermón se presenta como el zénit del acto religioso y siempre está a cargo de algún predicador contratado ex profeso y al que el Ayuntamiento debe pagar religiosamente. La gente se dispone a dejarse impresionar por algún que otro aprendiz de Fray Gerundio de Campazas. Palabras tronantes saldrán de la boca del orador que, unas veces baja el tono como un pequeño susurro y otras truena como un demonio mientras se le hincha la vena del cuello y sus manos se agarran crispadamente a la barandilla que defiende la balconada del vacío. Discursos ajenos por completo a la realidad del entorno, sin sentido y sin ninguna utilidad, salvo las voces que retumban en el barranco próximo y que envuelven el entorno. Ideas salpicadas con frecuencia de incongruencias históricas y científicas que dejan impresionadas las mentes limpias pero, generalmente incultas de los fieles, que seguramente, al final, comentarán con emoción encendida las excelencias del discurso.

Cuando el acto religioso toca a su fin, el alcalde, desde la balconada, toma la palabra para dirigirse a todos los allí presentes y va dando lectura a una lista formada por los representantes de cada una de las familias de las cuatro aldeas. Al requerimiento del nombre, un representante de esa familia debe identificarse de alguna manera y dar fe, con ello, de su acto de presencia en la romería. A la familia que no responda y cuya ausencia no esté justificada por luto o razón de enfermedad, el Ayuntamiento le impondrá una multa. Es una multa pequeña, más simbólica que otra cosa, pero que deberá ser pagada inexcusablemente. Con el beso de la reliquia se da por acabada la celebración y ya no habrá más actos religiosos que el del atardecer, cuando la imagen del santo sea transportada en procesión hacia el pueblo para volver a depositarlo en su nicho del altar desde donde, inmóvil, verá el acontecer del pueblo durante todo un año.

Siempre he oído decir que en las proximidades de la muerte se agudiza el sentido del oído. Quizá por eso, mi oído percibe aún con claridad el sonido de la gaita. Nunca fui amigo de músicas y siempre me negué a llevar una radio en la talega. Por eso, a pesar de mis largas horas de soledad y silencio, en las que la compañía de una radio me hubiera aliviado, nunca tuve apego a la música; pero aquellos sonos rebrincando por todos los rincones de San Sebastián, los he llevado siempre dentro, asociados a algo íntimo y festivo.

Ahora aquí, en el silencio mortecino que me envuelve, con la mente ágil para procesar todas las imágenes de mi vida, y liberada mi alma ya casi del cuerpo mortal, me elevo por encima del valle y escudriño hasta en los más profundos sentimientos de la gente que baila o deambula por los alrededores de la pradera en la que se desarrolla el baile.

Cuando la fiesta religiosa ha acabado, comienza la otra fiesta, la pagana, por decirlo de alguna manera.

A pesar de que las aldeas estaban relativamente próximas y de que los domingos la gente se reunía en los alrededores de la plaza de Enciso, eran pocas las ocasiones en que la gente joven tenía la posibilidad de relacionarse. Por eso, las fiestas, dos aproximadamente al año por cada aldea, eran aprovechadas por la gente casadera para entablar relaciones que unas veces llegaban a buen término y otras no.

En la pequeña pradera, entre los ritmos monótonos y un tanto estridentes de la gaita, el tambor marca movimientos convulsivos sobre el verde césped que horas antes aparecía sembrado de pequeñas margaritas, ahora marchitas o muriendo a empellones.

El baile se organiza en pequeños intervalos de agarrado y en grupos. El ritmo lento es propicio para el baile agarrado y comienzan a entretenerse sobre el césped múltiples relaciones de aproximación y rechazo. Otras veces una música muy rápida va marcando períodos de baile en grupos, agarrados de la mano y corriendo en círculo, tratando de arrinconar a otro grupo, generalmente organizado de manera espontánea por pueblos. Ello permite una aproximación brusca de acuerdo con el carácter y temperamento, más bien hosco de las gentes. De nuevo, el baile se torna suave, propicio para un acercamiento. El contacto físico, entre brillantina y olor a colonia barata, se ahoga entre volantes y pecheras almidonadas. Tal vez, en segundos, se presente la ocasión esperada y soñada durante todo el año, en horas de silencio, tras los machos o acompañado solamente por los cencerros de las ovejas. En los períodos de baile agarrado, es el momento de las insinuaciones, del roce involuntario deseado, del acercamiento permitido con el silencio y, a veces, de la manifestación pública, si el baile se repite muchas veces, del comienzo social de una relación.

Mientras tanto, los niños, ajenos al mundo de los mayores, corretean por entre las parejas jugando a pillar. Los más mayorcitos se afanan en bailes agarrados con algún familiar próximo, madre o hermana, empeñada en enseñarle a bailar.

Algunos años, cuando el ambiente festivo pone alas en los pies y el vino desata las inhibiciones, surge el espectáculo espontáneo de alguna pareja de personas mayores que bailan en medio de la pradera. Impulsados por una extraña fuerza y con movimientos y actitudes semiobscenos y llenos de insinuaciones, hacen las delicias de los espectadores que van formando corro en torno a ellos y jaleando sus movimientos y actitudes. A veces, el espectáculo muere espontáneamente por cansancio de los protagonistas, y otras, debido a que algún familiar próximo acude presuroso, acuciado por la vergüenza, se pone fin de manera brusca a la situación que generalmente dará luego que hablar durante un cierto tiempo en las tertulias de los domingos por la tarde en la plaza, La Nogalera o el Solobarrio.

La tarde se va diluyendo lentamente entre el sonido chillón de la gaita y el ritmo monótono del tambor. Las charlas de los hombres, sentados a la sombra de los chopos del río, van cesando a la vez que las mujeres se van alejando de las tertulias y comienzan paseos cortos, en grupos de tres o cuatro, y cogidas del brazo, a lo largo del camino que sube a Santo Domingo.

Cuando las sombras comienzan a marcar las orillas del río, es la hora de dar por finalizada la fiesta y volver en procesión al pueblo. Desde allí, cada uno volverá a sus aldeas. Los mozos, sin embargo, aún continuarán con la fiesta hasta bien entrada la noche. En el sosiego de los bailes tranquilos y al amparo de la oscuridad de la noche, quedan las parejas envueltas en la intimidad para que surjan nuevas relaciones que, luego, el tiempo aviva o mata al antojo, quizá, de los vientos que corren libremente por las cumbres de los montes que conforman el valle.

LA MILI.

Recuerdo aquella tarde en que mi padre me entregó una carta cuando llegué de pastor. Era la primera vez que veía impreso mi nombre en letras de molde. En el papel, con membrete del Ayuntamiento, se me comunicaba, en tono oficioso, que debía presentarme en Poyales para proceder a mi pesaje y tallado con el fin de entrar en quintas y participar, en su momento, en el sorteo de la mili. Aquello, sin duda, marcaba un antes y un después en mi vida. El tiempo empezó a tener un sentido distinto para mí. Cuando en las tertulias de la plazuela, el cansancio acumulado durante el día amoldaba los huesos del cuerpo a las rugosidades de las piedras que servían de asiento y el vino soltaba la lengua de algunos hombres, la mayoría de ellos contaban sus batallitas sobre la mili. Para muchos de ellos, esa había sido la única experiencia que habían tenido en su vida más allá de las que habían ido acumulando en la monotonía diaria, dentro de las montañas que delimitaban el valle del río Bacirbe. De niño había oído muchas de esas historias, siempre las mismas, pero contadas con diferentes matices, según el momento. Unas veces eran jaleadas con euforia y otras, con aspavientos de hastío, en función de los ocasionales espectadores. Espectadores, digo, porque las historias eran adornadas, según los casos, con matices de la propia cosecha. Con frecuencia, un vocabulario ajeno al habitual, acompañado de gestos y ademanes un tanto exagerados, hacía las delicias de los niños. Éstos, ávidos de historias y capaces de añadir a lo contado todos los ingredientes que su imaginación y fantasía eran capaces de producir, disfrutaban de lo lindo. Palabras propias de la jerga de la mili y de graduaciones militares adquirirían connotaciones propias que

hacían volar la imaginación hacia modos de vida, paisajes, y situaciones que se escapaban al conocimiento de los más pequeños y que, por eso mismo, adquirirían el significado que cada uno era capaz de darle.

Era un hecho conocido y asumido por todos que muchos de los que iban a la mili, luego ya no volvían. Se quedaban en la capital y aparecían de vez en cuando, principalmente en verano, con camisa de cuello duro y aspecto de ciudad. Mientras la gente del pueblo se partía el espinazo segando en las piezas, acarreando o trillando, ellos se paseaban arriba y abajo por el camino de Poyales, al caer la tarde, con aire de señoritos. Otros volvían, se estaban una temporada en el pueblo y, enseguida, se marchaban a la ciudad para no volver hasta el verano siguiente. Generalmente, al principio, se instalaban de forma provisional en casa de algún pariente y luego ya se iban organizando un poco su propia vida. Por todo ello, para nosotros los jóvenes, la mili suponía una aventura que nadie sabía qué de bueno o de malo nos iba a deparar.

La tarde anterior, de vuelta a casa, pasé las ovejas por el barranco para que bebiesen. Aproveché la ocasión para asearme un poco en el río. A pesar del frío, aprovechando un pozo recostado en un recodo del río y protegido de posibles miradas indiscretas por un matorral de zarzas y juncos, me dispuse a lavarme. Me desnudé de cintura para abajo y con unos hierbajos, que recogí de la orilla del pozo, me restregué bien, me sequé con la manta de pastor y luego hice lo mismo de la cintura para arriba. El frío del agua hizo reaccionar mi cuerpo y cuando, por fin, estuve vestido por completo, todo él parecía arder como si hubiera comido fuego. Al día siguiente, me pondría ropa nueva y así podría presentarme de una manera decorosa en el reconocimiento para entrar en quintas. Por el pueblo corrían rumores y comentarios jocosos sobre dicho reconocimiento que cada año llevaban el secretario y el juez de paz y ello, aunque sabíamos que carecía de fundamento, ponía un cierto morbo al hecho de mostrarles nuestra hombría.

Apenas clareaba el alba, ya intuía el amanecer tras los cristales, que aparecían profusamente adornados por cristalizaciones de hielo formando ramos de árboles. Desde la cama, enfundado en la tibieza de las sábanas, podía imaginar los juncos del río doblegados bajo el peso del hielo depositado en su parte superior. Podía contar y recrearme en los pequeños saltos de agua del barranco y los veía vestidos de finos cristales de hielo, limpios y transparentes junto a la corriente y más gruesos y opacos en los remansos. Mientras saboreaba, entre el calor de las sábanas, el frío de la mañana, mi hermano se levantó apresuradamente y, tras vestirse en un santiamén, desapareció por la puerta de la habitación hacia la cocina para almorzar e ir al corral, porque ese día, cosa inusual, él sería quien debía hacerse cargo del rebaño. Desde mi habitación oía el trajinar de mi madre en la cocina y cómo ésta le daba a mi

hermano las recomendaciones útiles para el día que se le acercaba. Su falta de experiencia en tal menester azuzaba, sin duda, el sentido de protección de mi madre hacia él. Aunque ya habíamos hablado la noche anterior y yo le había puesto al corriente de las incidencias del rebaño, mi madre, sin duda, se sentía aliviada al darle los consejos por considerarlo novato en los menesteres que aquel día debía llevar a cabo.

La muda, recién lavada y planchada, que mi madre había depositado con mimo en la trasera de la cama, me produjo una sensación extraña en la piel. Enseguida, el cuello de la camisa, inusualmente abotonado hasta arriba, me empezó a producir agobio mientras me dirigía por el pasillo hacia la cocina para almorzar una pocas patatas que había dejado mi hermano y un huevo frito que, por ser para mí casi fiesta, mi madre me presentó humeante y apetitoso en la mesa.

El camino que sube manso por la orilla izquierda del río hasta el Cristo, nos llevó, en apenas veinte minutos, hasta las primeras casas de Poyales. Mientras ascendíamos por la pequeña cuesta que sube desde el río hasta los primeros huertos que dan paso, a su vez, a las primeras casas, nos cruzamos con un rebaño de cabras. El pastor se afanaba para que no saltasen por las paredes ni mordisqueasen los brotes de las ramas que se asomaban por encima de la tapia de los huertos. Enseguida, atravesamos la pequeña explanada que hacía de plaza del pueblo y, después de cruzarnos con algunos chavales que corrían hacia la escuela, nos presentamos en la puerta del Ayuntamiento. Éste ocupaba la planta superior de un edificio, en el que la parte inferior servía de escuela. A pesar de que la mañana se presentaba soleada, el frío era todavía muy intenso y el pequeño hueco de la puerta nos sirvió de refugio hasta que apareció el secretario enfundado en una pelliza de felpa y un gorro hasta las orejas. Poco a poco, fueron llegando los mozos de las otras aldeas. Mientras nos saludábamos, llegó el juez de paz. El Ayuntamiento estaba compuesto por dos habitaciones. Una más grande, a la que se accedía desde la calle y con una sola ventanal en el lado opuesto a la puerta de entrada y otra, aparentemente más pequeña, a la que se accedía directamente desde la más amplia. Mientras el secretario y el juez de paz se afanaban en encender una gran estufa de leña que se ubicaba justo en medio de la estancia principal, los mozos fuimos tomando asiento en las sillas que se alineaban en la pared opuesta a la entrada y fuimos entrando en animosa conversación sobre el tiempo, los rebaños o la gente que conocíamos en común. Enseguida la estufa empezó a resoplar y fuimos desprendiéndonos de las mantas y los capotes, mientras el ambiente empezaba a caldearse lentamente. El secretario y el juez de paz hablaban en voz muy baja, uno junto al otro, sentados; el primero justo en medio de la mesa y el juez de paz en un extremo junto a él. Cuando el secretario levantó un poco la voz y con ademán serio se dirigió hacia nosotros, levantando la mirada hacia el frente, se hizo un silencio repentino y todos pudimos oír nues-

tros nombres leídos de forma parsimoniosa y oficial. Al oír el mío, tuve una sensación extraña, pues, quizá, era la primera vez que alguien se dirigía a mí en aquel tono diciendo mi nombre de pila y mis dos apellidos. Tuve, por un momento, la sensación de que no era yo. Cuando el secretario hubo acabado de pasar lista, ambos se levantaron y se dirigieron a la pequeña habitación contigua a la que nosotros ocupábamos. Apenas pudimos ver lo que había dentro, pues estaba prácticamente a oscuras. Se oyó, a continuación, un característico ruido como de movimiento de muebles y, enseguida, apareció el juez para llamar al primero de la lista. Al cabo de un minuto, más o menos, apareció de nuevo en la puerta atándose el cinturón y colgando bajo el sobaco su chaqueta nueva de pana. Todos a una le inquirimos con la mirada sobre lo que, sin duda alguna, estábamos pensando y él, a su vez, respondió a nuestro requerimiento con un leve encogimiento de hombros y una mueca en los labios, gesto que todos interpretamos como un: "¡Bah! No es para tanto". Mientras el segundo permaneció dentro, nos informó verbalmente de lo sucedido y ello nos tranquilizó, al comprobar que todo era natural y que no había por qué asustarse.

El compartir aquella situación un tanto ajena a la monotonía habitual nos animó, sin duda, a intimar y, pronto, el ambiente empezó a distenderse y la conversación fue tomando un tono familiar, relajado y de complicidad en la nueva situación que acabábamos de contraer.

Aquel verano, el último antes de ir a la mili, se me pasó sin pena ni gloria.

Los minutos, las horas y los días transcurrieron entre los amaneceres en el tajo y los anocheceres en la aventadora o por algún camino con la última carga que traer a la era. Durante el día seguía con mi oficio de pastor, pero ello no impedía atender los demás trabajos de la casa, especialmente en aquella época en que las tareas aparecían por todos los lados. Mi vitalidad de 20 años me permitía atender a casi todo. La madre se ocupaba de las tareas de la casa, mi hermana empezaba a trabajar a las fábricas de zapatillas de Enciso, mi hermano atendía al campo y yo al rebaño. El padre andaba ya achacoso. Se entretenía por los huertos y arrastraba su enfermedad, cada día más palpable, por los ribazos y a la sombra de las mimbreras que crecían al amor del agua que corría de vez en cuando por las acequias.

El correo que todos los días bajaba por la mañana desde Navalsaz hasta Enciso y que volvía luego por la tarde desandando el camino, trajo, a mediados del otoño, una carta con el membrete del ejército. Mi padre, que fue quien bajó a la entrada a recoger la carta, no quiso abrirla y la dejó sobre la repisa de la ventana de la cocina para que yo mismo la abriera cuando llegara de cerrar las ovejas. Llegué a casa como de costumbre, y después de dejar la manta y la talega en el gancho que a tal efecto había dispuesto en la entrada, entre los torrollos y el yugo, subí a la cocina. Mi padre se hallaba sentado en un sillete de aneas en su rincón preferido, recostado contra la pared y mirando hacia la lumbre que chisporroteaba de vez en cuando.

Mi madre trajinaba por la cocina y mi hermana, que ya hacía un buen rato que había subido de Enciso, se encontraba en la iglesia rezando el rosario; solamente estábamos, pues, mis padres y yo, porque mi hermano aún no había venido del campo, en donde, sin duda, había estado rompiendo. Apenas entré en la cocina, mi padre me tendió la mano con una cierta parsimonia y, señalando con el dedo índice, lo dirigió hacia el alféizar de la ventana donde pude ver el sobre. Enseguida entendí que se trataba de la carta en la que seguramente se me informaba de a dónde me había tocado hacer la mili.

Cuando tomé el sobre en mis manos, su blancura resaltaba sobre mis manos ennegrecidas y temblorosas, resaltando, más si cabe, su blancura y mi negrura. Solamente una vez había recibido una carta y, una única vez también hasta entonces, había visto mi nombre escrito en letra de imprenta, así que me detuve parsimonioso en leer despacio mi nombre y mis apellidos. Encontré un raro orgullo y placer en ello. El membrete del remitente no daba lugar a duda sobre la procedencia de la carta: "Ministerio del Ejército". Mis manos fuertes y ágiles no se hallaban, sin embargo, en las menudencias de abrir una carta como dios manda, así que, zafiamente, rasgué el sobre y ante mis ojos apareció el papel más blanco todavía que el sobre: entre la marabunta de letras que acudieron a mis ojos, acerté a leer nítidamente la palabra del lugar en donde debía vivir durante los siguientes dos años: CEUTA.

EL ARCO IRIS.

Cuando volví de la mili, durante los primeros años los recuerdos o recreaciones de los recuerdos fueron lúcidos. Después, poco a poco, el tiempo y la línea de las sombras que, tarde tras tarde y año tras año, ascendía penosamente por la solana que me vigila desde ahí enfrente, borraron de mi mente aquella experiencia. Indudablemente que ella me impactó de momento por lo novedosa, y ajena por completo a mi modo habitual de vida, sin embargo, no cambió en absoluto lo más mínimo mi modo de vida.

Pasado un tiempo, las aulagas en flor de la primavera volvieron a ser grises, los colores lilas, amarillos y rosas de la esparceta en flor se morían entre tonos grisáceos e incluso el sol, que casi todas las mañanas veía asomarse por Mingomonje y morir entre hayas encendidas por Necedillo, perdía su color y se me antojaba cenizoso, lívido y gris.

Apenas si que el gris se convirtió en arco iris cuando mis ojos se encontraron un par de veces ante un rostro de mujer en el que, a mi parecer, y sólo por algún tiempo, vivían los colores. Los pliegues de su falda despedían olores a miel, espliego y tomillo.

En aquella corta época de vivos colores, el corazón me latía más fuerte cuando regresaba al pueblo por la noche y, después de cerrar las ovejas en el corral, me dirigía a casa. Pero no por el sitio habitual, sino por donde sabía que me esperaba el arcoiris y la calle olía a perfume y el sol, ya oculto, calentaba aún las piedras de la calle.

Todo se truncó un anochecer en que ella no estaba. Pensé, o mejor, quise pensar en una ausencia fortuita pero, al siguiente anochecer, tampoco encontré su perfume jugando en las esquinas de la calle. Cuando al siguiente anochecer busqué con avidez el arcoiris, una brisa gélida me trajo la visión fugaz de su falda desapareciendo tras la puerta de su casa. No hubo más arcoiris, ni perfumes en la calle. A partir de entonces, los atardeceres fueron lentos. A veces, las sombras se proyectaban hasta el infinito, sin saber el momento exacto de su muerte y el sol, a menudo, buscaba la excusa de una nube cómplice para ocultarse. La calle dejó de oler a miel, espliego y romero. La luna, que durante medio año antes iluminaba con fuerza mi camino de regreso al pueblo, no hacía ahora sino resaltar aún más las piedras del camino y proyectar mi sombra que se deformaba y se hacía añicos o se agrandaba jocosamente entre las irregularidades de las orillas del camino.

A partir de entonces, mi lenguaje fue el silencio. Me dejaron de interesar las partidas de bolos que hasta entonces frecuentaba los domingos por la tarde en la Nogalera con los mozos, mientras las mozas paseaban por los alrededores, cogidas del brazo y en grupos. Su indiferencia y silencio me hería hasta el punto de preferir no participar en los juegos con los demás mozos buscando cualquier excusa.

El baile en Santa Cecilia, que se formaba espontáneamente al son de la guitarra que cualquier mozo trastabillaba, también dejó de interesarme. Aún estuve varios años más con los mozos en la fiesta de Candelas, pero mi falta de motivación, mi alejamiento progresivo de la vida social y la edad fueron el punto final a partir del cual comenzó mi camino solitario, en soledad deseada.

Aún hoy, en este momento, mi soledad se hace más profunda, pues los elementos naturales que siempre fueron mi única compañía, ahora me la niegan. Sólo el río me acompaña, pero solamente para hacerme daño, pues está ahí, provocativo, retándome. Posiblemente no seré capaz ni de arrastrarme un metro para amorrarme y saciar mi sed en él. Me niega el viento su presencia, aquí, en lo más profundo de río, para transportar hacia arriba mi petición de auxilio. Me niega el sol su calor y su luz, aquí, donde apenas en todo el año entra un solo rayo de sol, que acariciaría mi rostro demacrado y moribundo. Me niega la lluvia su auxilio de néctar en mi boca. Pronto, la luz me negará también su apoyo, porque tendrá que ascender ladera arriba a encontrarse en la cima con el sol y, así, marchar juntos al paraíso de los colores, a cuyas puertas me asomé una vez hace ya no sé cuántos años.

ÉXODO.

Con el último esfuerzo para aproximarme al arroyo que corre por el cauce del río me desmayé. ¡El dolor en la pierna fue tan intenso! No sé cuánto tiempo he debido permanecer así, a medio metro del arroyo. A medida que mis sentidos van recobrando la sensibilidad, voy notando una sensación viscosa y un fuerte dolor en la pierna. Percibo tenuemente el rumor del agua a unos centímetros de mí y eso exacerba aún más mi sed, producida, sin duda, por la pérdida de sangre. Debido a la postura que tengo, no puedo ver el arroyo, pero, por el rumor del agua, intuyo que estoy a no más de un metro. Por eso, supongo, que casi he conseguido llegar. Quizá, si permanezco así un rato, recupere fuerzas para un último intento y consiga amorrarme y aplacar mi sed. Tengo la sensación de que, si bebo, seré capaz de levantarme o, por lo menos, ponerme a gatas y, tal vez, hasta pueda gritar por si alguien me oye desde el camino que pasa por ahí arriba. Debo procurar mantener la mente despierta para poder aprovechar al máximo las pocas fuerzas que aún me quedan.

Antaño, cuando yo era niño, o por lo menos hasta los años 60, las casas estaban todas habitadas, los caminos eran un continuo trajinar y, por cualquier parte, veías una yunta o un rebaño. Las personas iban y venían de los huertos, del corral, de la fuente, del pajar o del monte. Esa visión idílica, que ahora imagino, la viví muchas veces en la realidad cuando, mientras el rebaño careaba, me sentaba en las piedras de Miñaflores o la Malpareja. Su estratégica situación enfrente del pueblo me permitía una visión que siempre ha quedado grabada en mi recuerdo. La vida, como una suave corriente de aire, circulaba por los barrancos y las calles del pueblo, sin más sobresaltos ni premuras, que el deambular sosegado de las gentes o el bullicio de los niños jugando en la plaza o por los alrededores del pueblo.

Entonces, alguien, más tarde o más temprano, hubiera pasado por aquí. Sería mi salvación, pero así: esperar, sólo esperar. Tal vez, si descanso un rato, recupere las fuerzas necesarias para beber, levantarme y salir de aquí, o por lo menos, dar unas voces que puedan alertar a alguien. ¡Qué poco pido! Sólo un poco de fuerza para poder dar unas voces.

Durante estos últimos años, mis fuerzas se han ido mermando. Lo he ido notando al subir las escaleras de la cocina y en mis cortos paseos hasta San Sebastián. Por las tardes, cuando pasaba un rato a los Hornillos para tomar un poco el sol, apenas si podía subir la suave cuesta del lavadero. Todas esas carencias parece que se han concentrado hoy aquí y me impiden hasta el dar unas voces para pedir auxilio.

Nunca fui lo que se dice un hombre fuerte, en el sentido que aquí se tiene de ser un hombre corpulento y con una musculatura apreciable, pero, sin embargo, siempre realicé mis tareas al modo convencional, sin alardes ni melindres. Cuando entré en quintas, mi peso y mi estatura fueron normales.

Según van pasando las horas, va aumentando el presentimiento de que moriré aquí. Apenas tengo fuerzas para moverme, no puedo comer y mi cuerpo se debilita por momentos. Moriré lentamente, sin estertores, como murió el pueblo. Ese camino, que corre ahí arriba, apenas unos metros encima de mí y que fue el que me condujo a esta situación en la que me encuentro, fue también el que se llevó, poco a poco, día tras día, la vida del pueblo.

A partir de la salida de los mozos, mi relación con la vida social del pueblo se fue debilitando, hasta tal punto que fui perdiendo la percepción de la realidad. Año tras año e invierno tras invierno, fueron disminuyendo mis contactos con la gente. Dejé de frecuentar las tertulias de los hombres en el Solobarrio y, por las noches, cuando éstos se solazaban en la plazuela en conversaciones triviales sobre el tiempo o los ganados y yo bajaba de cerrar, pasaba como alma que lleva el diablo, sin más caso que un saludo y un hasta luego. A mis espaldas, el pueblo se fue desangrando, poco a poco, durante años. Mi vida permanecía al margen de esa realidad. Cuando el tiempo era bueno y las labores así me lo requerían, pasaba las primeras horas de las mañanas en los huertos acollando las colletas, escavando las patatas, poniéndoles palos a las alubias o cualquiera de las mil tareas que las hortalizas, como un niño pequeño, necesitan. Luego, algunas veces, sin pasar por casa, soltaba y, por las noches, me pasaba las horas muertas arreglando yerberas, apartando borras y machorras y dando pienso o amamantando corderos o picando berzas y tronchos en el somero del corral.

Hasta los años 60 la vida del pueblo fluyó con la misma inercia y naturalidad que fluían las fuentes o brotaban las ramas de los árboles en la primavera. Los recién casados tenían dificultades para encontrar casas en las que instalar su nuevo hogar. Cada año la iglesia se llenaba de flores para las comuniones, bodas o bautizos. La fuente se derramaba sin cesar en los cubos o golletes de los botijos y, por doquier, sonaban al anochecer las esquilas de los rebaños. Los niños jugaban con el agua sobre las limpias lastras del barranco. Desde la calle se oían las cantinelas de los niños en la escuela repitiendo la lección y, entre las volutas de humo de las chimeneas, subía al cielo cada mañana una oración perfumada con olor de guisos y sopas de leche. De cuando en cuando, las campanas lloraban con tañidos largos y pausados la muerte de un vecino, otras veces se aplicaban nerviosas, en convulsivos volteos, para anunciar la inminencia de una fiesta o una buena noticia. Todos los días, la misa, el ángelus y el rosario marcaban el ritmo de la vida del pueblo. Ésta, como si de un organismo vivo se tratase, se sentía en el latir de la calle, de la plaza, de la iglesia y de los caminos.

La vida social marchaba, monótona, sin más estridencias que las multas a algún pastor por entrar en el pago, los comentarios sobre las veredas o el tiempo para la sementera. También formaban parte de ella las algazaras que, de vez en cuando, se formaban en el concejo cuando no se ponían de acuerdo sobre cómo llevar a cabo algún tema y alguien levantaba la

voz, normalmente sólo la voz, más de lo debido. De vez en cuando, más o menos, cada tres meses, se formaban comitivas espontáneas para bajar a por vino a Préjano, Herce o Arnedo. Cada uno de los miembros de la comunidad tenía perfectamente asumido su papel dentro de ella y generalmente cada uno, de forma casi vocacional, se ajustaba a la norma sin estridencias ni falsas modestias.

Un hecho vino a conmocionar, en cierto modo, la vida social y laboral del pueblo. Fue la trilladora. Ello dividió al pueblo en dos bandos; los que se asociaron y los que no. Tras muchas reuniones, avances y retrocesos, se consiguió, por fin, que un grupo de unas doce familias se pusieran de acuerdo en lo de la trilladora. No fue fácil. El carácter independiente y poco dado al asociacionismo fue el primer obstáculo. Gentes poco dadas a ceder en sus opiniones tuvieron que ponerse de acuerdo en qué máquina comprar, dónde instalarla y cómo mantenerla. La inexperiencia de todos con ese tipo de herramientas fue un obstáculo desde el principio y la causa de múltiples fricciones en cuanto al modo de realizar el mantenimiento, que quedó en manos de gentes bien intencionadas, pero inexpertas. Por ello, fueron continuas las interrupciones en plena faena de trilla. Esto conllevaba el cabreo de los asociados y, por qué no decirlo, el regocijo mal disimulado de quienes no eran socios que, aunque quedaron libres para trillar cuando querían, al disponer por completo de las eras, no siempre podían disimular su envidia. La pertenencia o no a la sociedad de la trilladora no fue fundamentalmente cuestión de dinero, pues, quien más quien menos, hubiera podido disponer, de alguna manera, del dinero necesario. En algunos casos, fue miedo al progreso, recelo del buen funcionamiento de la sociedad o, simplemente, incapacidad para funcionar en un sistema al margen de las propias opiniones y decisiones.

Pero, a partir de mediados de los años sesenta, el ritmo del latir del pueblo cambió. Primero, fueron un par de mozos que, apenas volvieron de la mili, decidieron probar fortuna en la ciudad. Cuando volvían por la Navidad o en verano, aprovechando sus vacaciones para ayudar a la familia, la gente empezó a mirarlos con envidia. Su aspecto saludable, su buen color, su reloj de pulsera y sus comentarios sobre las bondades de la vida en la ciudad: días de fiesta, diversiones, sueldo cada semana, etc..., animaron a algunos otros mozos y, así, poco a poco, cada otoño, cuando se acababa la última parva, el camino que bajaba a Enciso fue siendo testigo mudo de la enfermedad que iba minando la salud del pueblo y que, año tras año, lo ha ido llevando a lo que es hoy: un esqueleto al que sólo le queda el estertor de un suspiro, mi muerte, para que quede definitivamente y para siempre en la nada.

Apenas si me di cuenta de ello. Cuando me desperté de mi ensueño, ya estaba solo. Solo con mi hermano. Estuve ausente cuando, cada septiembre, después de la recogida de la cosecha, primero los mozos y luego los cabezas de familia se fueron yendo a la ciudad. Año

tras año, el camino se fue convirtiendo en una herida por la que se fue desangrando el pueblo. Cargaban las cuatro cosillas en una furgoneta y desaparecían un atardecer, entre una polvareda, tras la primera curva del camino. Atrás quedaban horas de alegrías y sufrimientos. Quien más quien menos, dejaba parte de su vida enzarzada entre los repliegues de las montañas, en los barrancos, en las majadas. Atrás quedaban horas interminables de sol entre los rastros, tardes de abril de manos yertas, incapaces, siquiera, de rascar una cerilla para hacer una hoguera en la que calentarse. Horas de agonía en las cabeceras de las camas, con hijos, padres o hermanos moribundos, quedaban diluidas en el ambiente húmedo de las habitaciones, lacradas para siempre, que se cerraban ahora como ataúdes vacíos en tumbas que antaño fueron nidos en los que la vida se escapaba a raudales por puertas y ventanas.

También quedaban atrás horas de alegría. Tertulias en el traspasado, bodas, bautizos y fiestas adquirirían ahora, en la lejanía, aires melancólicos de un mundo en el que, a intermitencias, se fue feliz. Un mundo, que no hacía mucho parecía eterno, se quedaba herido de muerte, oculto entre las volutas de polvo que se arremolinaban en la trasera de la furgoneta y entre el color amarillento del follaje de los chopos del río que miraban impasibles, como con desprecio, desde el barranco a orillas del camino. Por delante, sólo la esperanza y la ilusión de un mundo mejor. Un amasijo de muebles viejos, que traqueteaban en la caja de la furgoneta al compás de las irregularidades del camino, era todo el bagaje para una nueva vida. En el horizonte se intuía un mundo, tan nuevo y tan diferente, que apenas si era posible imaginarlo. Nueva casa, nuevos vecinos, nuevo trabajo, nuevo barrio, nuevas amistades. Todo nuevo para unos corazones ya viejos, acostumbrados al ritmo cansino de la vida del pueblo. Sólo por las noches, todavía con la añoranza de las sábanas de lino en la piel, fue posible para muchos y durante mucho tiempo (para algunos toda la vida) cerrar los ojos y vagar por senderos hollados, abrir el corral, contar las ovejas, volver la vista para sentirse orgullosos del surco bien trazado.

En las habitaciones de las nuevas viviendas de la ciudad se trillaron parvas inmensas al ritmo de los chasquidos de látigos sobre los machos. Las aventadoras ahogaban el pecho mientras los hijos dormían en la cabezada de la era, envueltos en las talegas de meter el grano. En las noches de insomnio o al amor de la estufa, se esquivaban, durante el invierno, piedras e irregularidades de los caminos cuando se iba acarrear y se disfrutaba del careo de las ovejas en las solanas durante las tardes tibias de invierno. Las piezas del pago ofrecían su ondulante manto verde y su perfume definiendo perfectamente su contorno entre las aulagas de los ribazos y los espinos de las cabezadas. En el silencio de la noche retumbaba con soberbia contenida la tormenta y, desde el amparo de un buen techo, el corazón latía más aprisa, las ovejas

se encaminaban raudas hacia la majada y las hacinas se protegían, por arte de magia, con una manta tan grande como necesaria.

LA NOCHE.

Llevo aquí casi día y medio y sigo como al principio, cuando me deslicé por el ribazo del camino y caí aquí en esta hendidura del río que se me antoja será mi lecho de muerte. Quizá sea esta la última noche de mi vida. Posiblemente no llegue al amanecer, muriendo de inanición y de sed, aquí, junto al río que conozco palmo a palmo, por el que anduve de día y de noche, en verano e invierno y en el que saqué mi sed miles de veces.

No me duele nada. Solamente tengo sed. No sé cómo interpretar esta ausencia de dolor, quizás es que me estoy muriendo y mis sentidos ya no me responden. La cabeza la tengo despierta, ágil, puedo pensar lúcidamente. Tengo la sensación de que toda mi vida bulle aquí dentro de una forma tranquila y ordenada. Estoy a gusto así. No necesito nada ni a nadie, me basto a mí mismo y todo empieza y acaba en mí. El mundo entero, bueno, el mundo que yo he conocido durante toda mi vida, ha entrado en mí. Todo es mío. Puedo prescindir del mundo exterior, ya no lo necesito. Estoy bien, en paz conmigo mismo. No tengo ninguna sensación negativa. No tengo hambre, ni frío, ni calor; sólo sed. Tampoco tengo miedo, ni siquiera una euforia excesiva a pesar de estar a gusto. Que yo recuerde, nunca anteriormente he sentido esta sensación de paz y tranquilidad que me invade. Me siento aliviado del cuerpo. Puedo elevarme por encima de estos montes a los que no sé si amé, pero en los que viví. Veo el contorno de todos y cada uno de los ribazos, los meandros de los ríos, las torcas y chorroneos de los pequeños riachuelos que bajan a morir al Bacirbe. Veo y reconozco las fuentes con su vegetación exuberante a su alrededor, las majadas con su alfombra verde que contrasta con el color terroso de los sembrados. Sigo el deambular sinuoso de los caminos, veredas y senderos. ¿Habrá algún camino o sendero, esos que veo como a vista de pájaro, por los que no haya pasado nunca? Esos chozos que se me ofrecen desde esta visión como un amasijo deforme de piedras amontonadas, me ofrecieron su cobijo cientos de veces cuando el frío embotaba mis sentidos y atenazaba mis músculos. El frío, ahora no siento frío, pero él fue siempre mi peor enemigo

Siempre tuve miedo al frío. Por mi condición de pastor, tuve que soportar toda clase de inclemencias climatológicas; lluvias, tormentas de nieve, vientos sofocantes y gélidos, días plácidos, celliscas, las sofoquinas del verano. A todo ello hice frente siempre con mejor o peor tino; pero con el frío nunca pude. Mis peores recuerdos de niño, los asocio siempre a la

sensación de frío: en la iglesia, en la cama, al esperar las ovejas para llevarlas al corral, en los juegos de niño por la tarde en la plaza, mientras anocheecía y las estrellas se asomaban despacio por la cortina de los montes. Luego, de pastor, siempre fue igual. En los días de invierno, cuando sacaba las ovejas a que bebiesen agua en el barranco mientras los juncos se doblaban por el peso de la escarcha, apenas si aguantaba un poco de tiempo y, enseguida, tenía que volver al corral, incapaz de contener la tiritona que me invadía por completo. En las noches gélidas de invierno, cuando, después de aviar el rebaño, salía del corral para bajar a casa, el frío ponía alas en mis pies. Enfilaba la calle abajo con la respiración contenida y la manta formando un embozo que apenas permitía ver la calle y mucho menos las estrellas que, en esas noches claras de invierno, parecían entretenerse en trazar corros y formas caprichosos en el firmamento y porfiar a ver cuál era la que tenía más limpia la mirada y más fulgurante el color de sus cabellos.

Intuyo, sólo intuyo, que estoy perdiendo el sentido del tiempo. No sé qué hora es. Seguramente es de noche. Por la época del año que es, apenas entrada la primavera, seguramente estará raso y helando, pero no tengo frío. ¡Ahora no tengo frío! Seguramente la luna ya habrá salido y este arroyo de aquí al lado, que me niega su agua, se dibujará como un hilillo de plata, serpenteando a lo largo del valle. Anoche tenía miedo a las alimañas. Hoy, ya no. No le tengo ningún miedo a la noche. He pasado muchas, quizá miles, al raso en muy diversas circunstancias, aunque ninguna tan extrema como esta.

Recuerdo mis primeras noches en el monte o, por lo meno, la primera de la que tengo conciencia. No sé exactamente qué edad tendría, pero andaría sobre los seis o siete años. Todo el día habíamos andado penando en el rastrojo, pues los yeros que estábamos arrancando ya se habían pasado y la labor debía hacerse con sumo cuidado, casi con mimo, para que no se nos volatilizasen en las manos. Cuando el sol empezó a declinar y la suave brisa del atardecer comenzó a desperezarse entre el rastrojo, los yeros comenzaron a encorreatarse y la labor se puso buena para el trabajo.

Decidimos quedarnos en el tajo. Sólo mi madre y mi hermana deberían ir a casa para preparar el avío para el día siguiente. Después que se fueron, aún seguimos durante un buen rato arrancando hasta bien entrada la noche, pues la luna, siempre la luna, nos permitía trabajar con comodidad.

Extenuados por el trabajo en sí y sobre todo por la postura de cuclillas a que obliga esa tarea, nos dirigimos todos a la ropa para descansar y comer un poco de tocino que había quedado por el talego y hacernos una sopa de vino con lo poco que quedaba aún en la bota. Después, mi padre y mi hermana mayor aún volvieron al tajo, pero mi hermano y yo nos quedamos allí, acurrucados sobre un jergón improvisado de yeros y, tapados con una manta, nos

dispusimos a dormir. Enseguida nuestro cuerpo cayó en un profundo sueño. Pero durante unos momentos anteriores al sueño, con la espalda pegada al suelo, nuestros ojos, como dos estrellas más en la bóveda celeste, cruzaron de lado a lado el cielo y jugaron al escondite eligiendo color de estrellas. Mi cuerpo, agotado, permanecía dormido en la cabezada, pero el espíritu volaba montado en estrellas fugaces acunado al ritmo de los silencios sonoros de la noche.

A partir de esta mi primera noche, que yo recuerde, pasada en el campo a la intemperie, y durante más de sesenta años de pastor siguieron otras muchas; algunas llenas de encanto y otras más prosaicas. Fueron muchas, cientos, las noches que pasé en los corrales de la Molina, Llanalcojo, Valderrueda o Butisancho. El refugio del corral y el calor del rebaño se aliaban conmigo para protegerme del frío. Sólo cambiaba el escenario y el colchón, compuesto en este caso por un saco de paja. Cuando, después de un mal invierno y una primavera poco lluviosa, los pastos escaseaban en la zona libre y era necesario meterse en el pago, me quedaba hasta bien entrada la noche por los alrededores y aprovechaba la oscuridad para ampararme de que me vieran y me multasen. Así me quedaba hasta altas horas de la noche en la zona de pago y luego dormía en el corral, acurrucado en un rincón, cubierto con la manta y, a decir verdad, notando muy poca diferencia respecto a las supuestas comodidades de casa. Otras veces, cuando el cuerpo me daba una mala vuelta y había pasado el día aliviándome tras las aulagas y apenas si podía, por la noche, acompañar al rebaño hasta el corral, me quedaba allí también para evitarme el camino hasta casa y poder aprovechar la noche para descansar y dormir. El pan duro y algún casco de tocino que siempre había por la talega me ayudaban a pasar el día siguiente.

Cuando allá por los años 60, mi cuerpo, en plena fortaleza física, me permitía tener un buen rebaño (llegué a tener más de 200 cabezas), fueron frecuentes las noches que pasé a la intemperie. Mis padres ya habían muerto. Mi hermana mayor vivía fuera del pueblo y mi hermana pequeña, mala de la cabeza desde hacía bastante tiempo, hubo de ser ingresada en un centro psiquiátrico de la capital. Así, pues, vivíamos solos mi hermano y yo. Mi hermano, completamente dedicado al campo, y yo, casi en exclusiva, al cuidado del rebaño. A finales de la primavera, los ganaderos del pueblo formaban un rebaño un tanto peculiar con los carneros de todos para mantenerlos alejados del rebaño y así conseguir que las ovejas se cubriesen justo a tiempo para que los corderos tuvieran entre 8 y 12 kilos para la Navidad, que era la época en que más caros estaban. Casi todos los años, bien por negligencia mía, porque no me enteraba, o, más frecuentemente, por no tener quien fuera con los carneros el día que me tocaba, optaba por mantenerlos en mi propio rebaño. Para conseguir el mismo efecto les ponía un mandil con el fin de evitar que los carneros, al montar a las ovejas, cosa que obviamente tenía que suceder, las dejaran preñadas. Con frecuencia, unas veces porque el mandil se caía

y otras porque no surtía el efecto deseado, muchas ovejas se quedaban cubiertas y parían fuera de época. Así pues, raro era el día que no acudía al corral por la noche con un par de corderillos en las alforjas y la madre siguiéndome a todas partes como loca y sin parar de bailar. Luego, ya en el corral, había que separar las paridas para ayudarlas con un poco de pienso. A menudo, había que ayudar a que los corderillos mamasen adecuadamente, pues las madres, al segundo, día ya salían con el rebaño. La toma de la mañana y de la noche eran muy importantes y por ello muchas noches optaba por quedarme a dormir en el corral y así poder dedicar más horas a mi propio descanso.

Si he de ser sincero, estas noches se diferenciaban muy poco de las noches habituales en mi dormitorio en casa. Me buscaba un rincón, ponía una yerbera de parapeto para que no me pisaran las ovejas y aunque me molestaba un poco el olor a amoniaco, producto del excremento de las ovejas, y me picasen al principio los ojos, una vez habituado a ello, solía pasar la noche con total naturalidad.

No todas las noches, sin embargo, eran tan placenteras y sosegadas. Frecuentemente, alguna oveja paría por el campo, se quedaba al lado del corderillo y ya no podía seguir al rebaño. Si me daba cuenta de ello, no había ningún problema, porque al volver por la tarde volvía por el mismo sitio y cogía al corderillo y a su madre y los traía al corral. Pero si, durante el día, no me había percatado de ello, cuando por la noche las contaba al recogerlas, enseguida era consciente de que debía volver por el camino andado durante todo el día y buscarla para traerla a casa.

Hubo noches hermosas, felices. El andar por senderos que me conocía como la palma de mi mano aunque fuese de noche, unido a la certeza casi absoluta de encontrar la oveja en el lugar determinado, me proporcionaban una gran satisfacción, mientras caminaba por ribazos y senderos. En las noches de luna llena, que las hubo y muchas, los senderos se llenaban de su luz blanquecina que acentuaba sus contornos. Los regachos que se formaban espontáneamente junto a las fuentes en las que bebíamos conjuntamente los pastores y los animales, adquirían luz propia. Estos se comportaban como un espejo al sol, en este caso, de la luna, y jugaban a deslumbrarme en mi deambular anárquico por las cabeceras de las piezas y los ribazos. A lo lejos, algún animal nocturno, búhos y lechuzas regularmente, a los que, durante el día, aunque no veía, adivinaba en sus nidos, me brindaban silencios rotos en la noche, impregnada de olores a espliego, lavanda y tomillo más penetrantes que durante el día. La noche aviva todos los sentidos. La vista buscaba los contornos sensuales, ondulantes, insinuantes de las montañas en la noche, como si de una mujer desnuda y dormida sobre la superficie, supuestamente plana, del valle se tratase.

En sus contornos, cambiantes por el efecto de la luz lunar, se perfilaban caderas sinuosas acostadas voluptuosamente sobre el lecho de la tierra, brazos contorneados, caídos blandamente sobre el cuerpo, rompiendo la línea limpia y perfecta del mismo. En las sombras más marcadas de los valles, que contrastan con los claros de los canteros manchados de luz suave, se adivinan intimidades protegidas del viento pero que, sin embargo, las acaricia como si de la mano suave de un hombre dispuesto a gozarla se tratase. Todo ello sobre un lecho sembrado de aromas, con los que la suave brisa de la noche danza sobre la gran pista del valle, que se presentaba a mis ojos salpicada de matices de luces como si de un gran cuadro en blanco y negro se tratara. Cuando la búsqueda había que realizarla en las proximidades del hayedo, aún había que añadir al encanto de la noche, el capricho de su arbolado. Un mar de plata vivía en sus hojas aún tiernas en las que las olas bruñían su envés brillante y suave. El viento las mimaba y, mientras las besa, el roce de sus labios procura una dulce melodía, apenas perceptible, pero que se agranda en la caja de resonancia del valle, después de jugar mansamente en las cuerdas de plata que la luna tiende entre ella y todas las manchas de sombra. El contorno del hayedo, limpio de vegetación, enmarca el espectáculo del mar de plata semejándose a una playa en la que sólo los acebos rompen la monotonía de la arena, igual que sombrillas en día soleado.

También hubo noches horribles... Noches, en las que la única luz era sólo una chispa inmensa, como el chasquido luminoso de un látigo que cruza todo el valle. Una chispa que, por un momento, rebrota en los charcos de los senderos, y apenas define los perfiles para poder avanzar unos pasos. Una chispa que, en el intervalo de sus chisporroteos, aún ciega más y obliga a tentar con los pies los límites de los caminos. La tierra es sólo una inmensa masa negra sin contorno, sin principio ni fin; una nada inmensa, sin relieve, sin formas; sólo olor a ozono y azufre. Esa gran masa negra engulle el horizonte y confunde, en un solo trazo negro, el cielo y la tierra, los caminos, los senderos, la línea, que se adivina sinuosa del río, salpicada de chopos que rugen en su orilla. Las masas de espinos que tamizan durante el día el relieve y que proporcionan suavidad a la brusquedad del paisaje, están ahora ausentes.

Noches, en las que el pecho late agitado por el sofoco producido por el embarazo de la manta empapada y las abarcas embarradas. El avanzar, aunque sea por senderos mil veces ya hollados y, por ello, conocidos, se convierte en un acto casi heroico. Cuando, ya de vuelta al corral, la respiración se serena y, mientras el corderillo lancea las ubres de la madre, hay que secarse como uno puede. Muchas veces las pajas más limpias de un rincón del corral me sirvieron de toalla con las que, a base de restregarme, conseguía secarme. Luego me acurrucaba, ya seco, cubierto de paja seca de las yerberas, mientras fuera rugía la tempestad y los truenos alborotaban el rumiado de las ovejas que, asustadas, corrían de un lado a otro del corral como

queriendo huir a no sabían dónde. Y así, arrullado por el tamborileo de los gotarrones en el tejado, el rítmico chasquido de los relámpagos que se colaban por los resquicios de las paredes del corral y el olor mezcla de ozono, amoníaco y excrementos de las ovejas, dormía hasta despertarme al alba cuando ya la luna se troceaba entre los jirones de nubes marchitos. Allá, a lo lejos, en el barranco, el murmullo de la barrancada que, indómita aún, se afanaba en limpiar el cauce del río de juncos, ramas secas caídas de los árboles y piedras que, año tras año, y barrancada tras barrancada, iban avanzando por el lecho del río, perdiendo en su avance las durezas con las que las parió la madre naturaleza.

EL PUEBLO SE MUERE.

Cuando una mañana de otoño, de finales de los 60, me desperté, mi hermano y yo, sin apenas darnos cuenta, éramos los únicos habitantes del pueblo. Poco a poco, el empedrado de las calles comenzó a llenarse de hierbajos. Las jardineras de piedras que las mujeres cuidaban junto a las puertas, y en donde hasta ahora había habido flores, comenzaron a llenarse de ortigas. Las zarzas trepaban por las tapias de los casales y los bardales de las puertas se derrumbaban entre la agonía de los lirios que las coronaban antaño.

A la par que la vida del pueblo se marchitaba entre atardeceres amarillos y mañanas grises, también nuestras fuerzas y vigor menguaban día a día.

Mi hermano que podía seguir a la yunta entre los surcos. En el acarreo, era su sombra quien le impulsaba a seguir el ritmo de los machos; así que, un otoño cualquiera, cuando acabamos las labores de la recolección, decidió vender el macho más joven. Ello significaba quedarnos solamente con los huertos y los cerrados de los alrededores del pueblo. Debíamos prescindir de la sementera y de todas las labores a ella adyacentes como la rompa, la bina, el escarde, la siega, el acarreo, la trilla, el aventado y la bajada del grano desde la era a la casa y el subirlo luego a los graneros del somero. Sólo nos quedaba, pues, el cuidado de los huertos. Su cuidado y el mantenimiento de las acequias sería, a partir de ahora, nuestro único quehacer. Las acequias, a falta de un cuidado adecuado, engullían por doquier la poca agua que recibían y llegó un momento en que nos fue imposible regar. Mi hermano mataba las mañanas en los huertos y, por las tardes, se entretenía deambulando por los caminos de los alrededores del pueblo con la mirada ausente, como si no fuese con él el deterioro del pueblo. Le resultaba muy difícil asimilar la muerte de un mundo que se derrumbaba a sus pies sin que él pudiera hacer nada por devolverle su antiguo empuje.

Yo, por mi parte, aquel mismo año, vendí también las corderas y, durante aquel invierno, nuestra alacena se vio abastecida por la carne de uno de los dos carneros que había tenido hasta entonces en el rebaño. Dejé de cerrar en las majadas, pues, además de la lejanía para mis piernas ya cansadas, mis ojos cada día estaban más ciegos y era un evidente peligro andar por esos caminos de Dios de noche. Aunque el frío siempre fue mi punto débil, pocas veces había sucumbido hasta entonces a las inclemencias del tiempo de invierno quedándome con el rebaño en el corral. Ahora, sin embargo, cuando el frío arreciaba y los juncos y zarzales del río se vestían de blanco, me quedaba en el corral mano sobre mano o matando el rato en cualquier quehacer banal. Las pocas veces que esto había ocurrido anteriormente, me entretenía sacando el ciemo. Hacía tiempo que las sucesivas camadas de las ovejas iban haciendo crecer el nivel del suelo, pero yo me sentía impotente para comenzar con esa labor. Sacar el ciemo requería unas fuerzas que yo no podía malgastar sin ningún provecho. A pesar de que disponíamos de mucho más tiempo para nosotros, nuestra actividad social no aumentó. Ambos seguimos siendo los seres hoscos y huraños de siempre, favorecidos ahora por la ausencia de gente con la que hablar.

Este mutuo aislamiento tampoco favoreció la comunicación entre nosotros. Acostumbrados como estábamos, desde nuestra juventud, a nuestra propia soledad, ya que nuestra relación fraterna se había limitado casi exclusivamente a lo necesario para llevar a cabo las tareas, apenas si teníamos nada que decirnos. Nos bastaba con nuestros propios pensamientos, seguros de que a nadie le interesaban. Nuestras tertulias junto al fogón, en las largas noches de invierno, se limitaban a compartir el fuego de la chimenea. Quizás, alguna alusión trivial a la calidad de las rajadas o al frío que supuestamente hacía en la calle, a juzgar por el aullido del aire en la chimenea o el traqueteo de las puertas, debido al viento que se colaba por las rendijas de postigos y ventanas. Sentados uno en cada sillete, a ambos lados del fogón, pasábamos así tardes enteras sin nada que decirnos, sin necesidad de mirarnos, atentos sólo al crepitar de las llamas.

Las calles se fueron convirtiendo, poco a poco, en tumbas largas y estrechas. La vida, que no hacía mucho bullía en ellas, se había muerto entre aleros que amenazaban ruina. Los cristales de las ventanas, que sin saber por quién ni cuándo aparecían rotos, contribuían a dar un aspecto descuidado y ruinoso a las fachadas. Las esquinas se desmoronaban. En las puertas tejían sin cesar las arañas sus trampas, a las que sólo los remolinos del viento se atrevían a zarandear. Al aspecto fantasmal que presentaba el pueblo contribuían, sobre manera, algunas casas desprovistas de los marcos de las ventanas. Desde la Solana o Cerraogrande se asemejaban a calaveras cuyas cuencas oculares se ofrecían vacías a la vista.

Antaño, en mis largas tardes ociosas, en las que el rebaño careaba por la Malpareja, el Cabezo o Mingomonje, me sentaba en una lastra y desde allí, a vista de pájaro, disfrutaba contemplando todos los rincones del pueblo y sus alrededores. Así podía ver los huertos que, en general, ofrecían un aspecto arreglado y cuidado hasta en sus más mínimos detalles. Las distintas labores llevadas a cabo en ellos, y según la época del año, ofrecían un mosaico de colores y texturas de tonos ocres. Los linderos y los ribazos de color verdoso enmarcaban pequeñas parcelas, cuya uniformidad y singularidad sólo quedaban rotas por los árboles frutales que se erguían en medio, a modo de piezas de ajedrez en el tablero. Ahora, cuando algunas tardes conseguía, a duras penas, subir hasta los corrales de la Camparesa o Miñaflores, el espectáculo de las huertas era desolador. Un manto uniforme, de color indefinido y sin identidad, cubría toda la superficie que antaño ocupaban los huertos; ni acequias, ni ribazos ni apenas árboles frutales, sólo zarzales en los que ni siquiera las tordas anidaban ya por carecer de tierra fresca y laboreada, en donde encontrar gusanos, insectos y larvas. Durante algún tiempo aún quedaron en pie algunos árboles, antaño vigorosos, pero, poco a poco, la sequía y la falta de poda fueron resecaando sus ramas que se erguían hacia el cielo como brazos andrajosos implorando misericordia.

También los pajares iban notando el progresivo deterioro que se adueñaba, poco a poco, hasta de los más recónditos lugares del pueblo. En muchos casos, éstos fueron objeto de expolio por parte de sus propietarios y, en otros, por los vecinos que iban quedando. Con frecuencia, se afanaban los fines de semana en poner a buen recaudo las tejas y vigas en las cochineras de las cuadras con la pretensión de disponer de ellas para arreglar los propios tejados de las casas. Después de las casas, los pajares, juntamente con los corrales, suponían lo más fuerte del patrimonio familiar y, por ello, en los tiempos buenos, no era fácil encontrar pajares adecuados con derecho a era y, por lo tanto, a trilla. Ahora, la mayoría de ellos aparecían desvencijados, como cadáveres abiertos en canal, mostrando al aire sus tripas carcomidas por la polilla. En su vientre crecían los zarzales, las ortigas y algunos hasta mostraban con orgullo árboles frutales que habían crecido espontáneamente alimentados por el ciemo y la humedad que moraban en su seno. Junto a ellos, las eras, que en los buenos tiempos aglutinaban en torno a sí en verano una gran parte de la vida del pueblo, permanecían solitarias, cubiertas de excrementos y mechones de hierba en las comisuras de sus losas. Durante el verano, los caminos que comunicaban las eras entre sí y los que bajaban hacia el pueblo, se mostraban muy hollados por el continuo ajeteo y, principalmente, por las pisadas de los machos. Sus excrementos y la tierra, producto de la erosión de las herraduras y el calzado de las personas, formaban una masa polvorienta que, de vez en cuando, las tormentas del verano arrastraban camino abajo como si fuesen acequias. Ahora, en su lecho, sólo había voluminosos

guijarros, que, sin nadie que los molestase, dormían, año tras año, en el lecho de los caminos ajenos al paso del tiempo, de los rigores del invierno y las canículas del verano. Los demás caminos, que de forma radial se desperdigaban desde el pueblo a los distintos términos y que yo tan bien conocía, se fueron quedando inservibles. Durante los primeros años y mientras yo mantuve el rebaño, aún se podía apreciar un leve sendero por el que las ovejas volvían por las noches de reata hacia el pueblo. Las aulagas se fueron adueñando, poco a poco, de los espacios y las piedras fueron buscando su acomodo en lo que antaño fue lecho del camino.

Las fuentes que se desperdigaban por el campo no eran lugares paradisiacos, llenos de verde vegetación, con árboles de enormes cúpulas adornando su entorno. La mayoría de ellas eran, tan sólo, un debilísimo hilillo de agua que aparecía en un ribazo, en la base de una pared o a la orilla de un camino. Una pequeña chozita para protegerla de la intemperie y un pequeño pozo en su base era todo lo necesario para una fuente. Las había de aguas más o menos salobres y buenas para el vientre, a decir de los aldeanos. Algunas, incluso, desaparecían en tiempos de sequía, pero enseguida, con las primeras lluvias, renacían. Las fuentes eran compartidas por las aves, las alimañas, los machos, los perros, las ovejas y las personas. Tanto en época de sequía como de lluvias, ellas suponían el punto de referencia de itinerarios de los rebaños y los puntos a partir de los cuales se organizaba la jornada de los labradores, pues eran el punto seguro y más o menos limpio de abastecimiento de agua. Aunque no había veredas para mantenerlas en el mejor estado posible, los pastores generalmente realizaban su mantenimiento procurando cuidar el entorno, limpiando de zarzas y lodo el pequeño pocito que, como un tesoro, se escondía en el interior de la pequeña choza. La gente del pueblo y principalmente los pastores se sabían al dedillo todas y cada una de las fuentes que, como pequeños oasis, mitigaban aquí y allá la sequía endémica de los campos del valle. Además de conocer la ubicación exacta de las fuentes y las características del agua (su sabor, temperatura e incluso propiedades medicinales), las fuentes suponían, a menudo, el punto de encuentro de los pastores a la hora de comer, pues era un buen sitio para refrescar la botella de vino con que regar la frugal comida que durante el día transportaban en el zurrón. Para la gente como yo, que vivía todo el día en el campo, las fuentes proporcionaban una gran sensación de seguridad y alivio, al poder saciar la sed conforme se iba siguiendo el careo de las ovejas. También los que estaban con la yunta solían acercarse, al mediodía, hasta la fuente más próxima, pues proporcionaba agua para él, los animales y, con frecuencia, hasta hierba fresca para los machos. Los nombres de las fuentes eran de lo más variopinto: la Cachorrita, la Pedorrera, etc.; pero, en general, recibían el mismo nombre del término en el que estaban. Las fuentes que por su ubicación se hallaban en las orillas de los caminos más transitados solían recibir un cuidado especial, pues desempeñaban una labor esencial. Así recuerdo, por ejemplo, la fuente

del Chorrillo, de agua siempre fresca y cristalina, justo a la vera del camino que subía a la majada del Valderrueda. En la teja, por la que discurría sin cesar un débil chorrillo de agua, se amorraban casi todas las personas que pasaban por el camino, entonces muy transitado. Los animales bebían en el regato que discurría por las orillas del camino o en pilones construidos al efecto. El agua se desbordaba dando al lugar un frescor y exuberancia de vegetación que resaltaba en el entorno, generalmente reseco, de los alrededores. Aunque los veranos fueran largos y secos, en muy raras ocasiones se secaba una fuente. De todos era sabido que, si se cuidaban con esmero, dejando libre y limpio el pequeño drenaje por el que salía el agua, ella misma hacía de tirón y actuaba como una bomba de extracción. Ello hacía que se mantuviera constante, aunque fuese débil, el tenue hilillo de agua que se iba depositando en la pequeña pocita.

Mientras yo anduve con el rebaño, las fuentes permanecieron más o menos igual, pues yo mismo, por propia conveniencia, me encargaba de limpiarlas cuando el rebaño pasaba cerca. Disponía de todo el tiempo necesario para esmerarme en su cuidado, recomponer la pequeña choza, quitar el lodo que se iba depositando en la pocita, y dejar libre el drenaje y el sobrero para que el agua se mantuviera en buenas condiciones. Cuando yo dejé definitivamente el rebaño, en un par de años, casi todas las fuentes quedaron inservibles. Las pocitas se llenaron de lodo y zarzas. Las chozas se derrumbaron y, en sus orillas, un cúmulo de pisadas de animales y sus excrementos las convirtieron en un lodazal maloliente. Mosquitos e insectos pululaban por lo que, hasta hacía poquito tiempo, había sido para nosotros un vergel. Esas fuentes, que habían sido sitios de encuentro de los pastores o de un breve descanso en el acarreo, donde se compartía con frecuencia la merienda y se daba un respiro en el duro trabajo del campo, quedaban ahora convertidos en un pajucero inmundo al que era peligroso acercarse. Ellas que podrían contarnos, sin duda, historias nunca escritas, pero reales, vividas intensamente en sus orillas, enmudecieron para siempre. Quedaron suspendidas en el aire confidencias, tertulias en torno a una botella de vino que pasaba de mano en mano o permanecía acostada en el regazo de la fuente. Lágrimas de dolor o alegría, suspiros de amor o desamor permanecieron para siempre tendidas al sol del verano o mancilladas por la nieve del invierno. prisioneras para siempre entre las alambradas que los espinos iban tejiendo en torno a la fuente. Quedaron diluidos en el aire juegos de niños que, mientras sus padres trabajaban en las piezas, jugaban en el pequeño hilillo de agua que se escapaba de la fuente imaginando océanos, o ríos caudalosos. Por ellos navegaban barcos, como en los de los libros de la escuela, con gigantescas chimeneas que escupían fuego y humo igual que dragones alados sobrevolando un mar de trigales maduros.

Amanecer tras amanecer, las campanas permanecían mudas. Añoraba aquellos días en que los toques a misa te encontraban en los huertos o por cualquier camino atendiendo a las tareas cotidianas. La iglesia quedó como un barco vacío varado en medio del pueblo sin vida. En la torre, ni las golondrinas ni los gorriones hacían cabriolas en el aire, rompiendo la tela invisible, que, como manto de protección, se extendía sobre los tejados apiñados de las casas en torno a ella. A la soledad y silencio del campanario había que unir los de la escuela y sus alrededores. Las pocas veces que tuve ocasión de ello, disfrutaba al ver las salidas y entradas de la escuela con el alboroto y aparente desorden. El camino de ésta al barranco de la Lleca, por el que de continuo iban y venían los niños a beber agua y a hacer sus necesidades, quedó vacío, sin risas, ni carrerillas, ni lloros, ni gritos; muerto. La misma muerte inundaba la escuela, jaula vacía en la que, a través de los cristales rotos, aún podía verse un mapa colgado en la pared, libros en las estanterías y algunos garabatos en la pizarra.

La soledad, el silencio y la tristeza se entretenían viendo correr, día tras día, el débil, pero continuo, hilillo de agua de la Lleca. A él acudían, casi diariamente, los niños para jugar. El agua dejó de jugar también, de detenerse en los pequeños remansos que los niños hacían con piedras y céspedes para mover aspas de molinos confeccionadas con juncos. Muchas veces vi moverse esos molinos y yo mismo participé de niño muchas veces en ello. Según el tiempo disponible y la habilidad de cada uno, los molinos podían ser sencillos, de una simple aspa de trozos de junco unidos en el centro, otras veces las aspas se convertían en una obra de artesanía. Cada aspa se componía de varios trozos iguales de juncos que se entretrejaban, a su vez con juncos masticados hasta conseguir una superficie compacta que ofrecía una notable resistencia al agua. Luego se unían adecuadamente y se equilibraban. Sólo quedaba elegir una base estable para colocar en ella el eje central que, en los molinos más sofisticados, era un palo de madera. Para esta base generalmente nos proveíamos de una horcacha de madera que, convenientemente enmascarada entre las piedras y céspedes que formaban el remanso, producían con creces el efecto deseado. Todos los niños del pueblo hemos pasado horas enteras jugando de esta manera en el río y así me hubiera gustado que fuese siempre. Unas veces el juego era pausado, sin más aliciente que disfrutar de la confección del molino y, una vez hecho, se quedaba olvidado en cualquier lugar del río. Otras veces era un simple morar y disfrutar de ver saltar las gotitas de agua que la fuerza centrífuga arrojaba al aire. Con frecuencia echábamos carreras para ver qué molino era más veloz o cuál aguantaba más tiempo el creciente empuje del agua, cuyo caudal íbamos aumentando o disminuyendo a voluntad con otras presas situadas un poco más arriba.

En otoño, cuando las tardes aún conservaban el calor residual del verano y el río comenzaba a cubrirse de un manto ocre de hojas, yo disfrutaba de intermitentes paseos solita-

rios y melancólicos por la orilla de los ríos. Su cauce, débil aún por efecto del estiaje, discurría lento y mortecino, remansándose en los pozos y precipitándose a empujones por las lastras en las que años atrás jugaban los niños cuando la presa de hojas cedía. Sólo un débil murmullo del agua, el siseo del viento entre las hojas, unos mortecinos rayos de sol jugando sobre el manto de hojas que mis pies surcan a modo de arado. Ahora, ya no hay barcos, ni molinos; sólo hojas que, arrastradas por la corriente, se detienen o se atropellan. Cuando se precipitan por los rápidos, ya no hay risas ni gritos que las jaleen recordando barcos de piratas en busca de tesoros. Ahora el río es sólo un cadáver cuya sangre aún se mueve por inercia, pero sin corazón que le impulse y que le dé calor.

Atardecer tras atardecer, mi hermano y yo fuimos asumiendo, sin estridencias ni aspavientos, nuestra nueva condición de únicos habitantes del pueblo. El ritmo de nuestras vidas se fue pausando lentamente hasta el punto de perder por completo el sentido de la realidad de nuestro modo de vida anterior. Nos habituamos a ver los casales llenos de zarzas y escombros. Las paredes de las casas se derrumbaban. Las calles holgazaneaban entre excrementos de vaca y yesones. Los chopos del río, sin nadie que los podase, derramaban sus ramas amputadas sobre un manto de ortigas y zarzas.

Cuando por fin me deshice del rebaño, durante un tiempo, subía aún, de vez en cuando, por el corral y me entretenía arreglando las yerberas o tapando con tablas las ventanas para que no penetraran la lluvia y la cellisca del invierno. Poco a poco, me fui haciendo a la idea de la inutilidad de tales trabajos y comencé a evitar pasar por el corral para que no me invadiera la nostalgia. Mi actividad física decrecía, por momentos, como consecuencia de todo ello. Mis ojos apenas me servían para ver un poco más allá de mi sombra y me resultaba fatigoso alejarme del pueblo y emprender el recorrido de vuelta por cualquiera de los caminos de los alrededores. Bajar a Enciso a por algunas provisiones comenzó a ser un acto heroico que tenía que afrontar cada cierto tiempo.

Mi hermano se resistía a dejar lleco el último huerto, pero llegó un momento en que no podía ni cargar el macho ni montarse en él. Cuando una mañana lo encontró medio moribundo en la cuadra, se convenció de que había llegado la hora de prescindir de él. Tras varios días de ponerle cebada en el morro y un cubo de agua, conseguimos con esfuerzo ponerlo de pie. Sin aparejo, tirando suavemente del ramal, lo llevamos por el camino de Enciso hasta el lugar donde siempre se habían tirado los machos. Fue aquí, sólo a unos pasos de donde yo me encuentro ahora. Le tapamos la cabeza con un saco y, después de arrimarlo a la orilla, un suave empujoncito fue suficiente para que se despeñara por el barranco.

Durante varios años aún seguimos haciendo la matanza. Mantener un cerdo nos resultaba poco trabajoso y con él teníamos asegurado el mantenimiento durante casi todo el año.

Las últimas veces tuvimos que pedir ayuda para matarlo, pero aún tuvimos fuerzas para despiezarlo. De la misma manera que siempre, nosotros solos hicimos las morcillas, chinchorras y chorizos. Algunas gallinas y unos conejos que criábamos en el somero completaban toda nuestra hacienda.

La salud de mi hermano se debilitaba a ojos vistas. Aquel invierno, su último invierno, se levantaba muy tarde y deambulaba torpemente por la casa apoyándose en las paredes y en las puertas. A pesar de mis esfuerzos, no conseguía que probase bocado y, de vez en cuando, le venían unos ataques de tos que le dejaban sin fuerzas para moverse. Un día soleado de principios de primavera, hizo acopio de sus fuerzas y consiguió bajar al médico. Su diagnóstico fue claro y contundente; había que ingresarlo en un centro médico para una mejor revisión y recuperación. Y así fue. No era hombre de luces fluorescentes, ni sábanas tan limpias, ni calefacción, ni siquiera de cuidados tan extremos. Se murió mansamente, en silencio, un amanecer de primavera sin poder ver desde su cama cómo el horizonte de la umbría Gerbella se iba tiñendo de rosa y la línea de las sombras bajaban, como cada mañana, desde el Cabezo a beber agua en el río de la Lleca.

ÚLTIMO AMANECER.

El desvanecimiento que sufrí al anochecer ha tocado a su fin. Debe de ser el amanecer, porque, a través de estos cansados y ya casi inútiles ojos, percibo una leve claridad. Sigo encontrándome bien. Me invade una gran sensación de paz y tranquilidad. No me duele nada, quizá una sensación rara en la pierna derecha y sed; eso sí, sed. Tengo que llegar, como sea, a ese débil hilillo de agua y fundirme en él. Para ello, debo reunir todas mis fuerzas, concentrarme y tratar de arrastrar este débil cuerpo. Con un par de metros me basta. Con esta posición tan absurda que tengo, no veo el relieve junto a mí, pero seguro que es cuesta abajo, porque permanezco aún en el montículo producido por los aportes del arrastre de la erosión del camino justamente por donde yo me escurrí hace ya no sé cuánto tiempo. Quizá sea sólo rodar un poquito y me quedaré justo junto al hilillo y allí podré saciarme con pasión y deleite.

Como veo que las fuerzas no me sobran, quizá sea mejor esperar a que amanezca un poco más y concentrar todas mis fuerzas en un solo intento, cuando tenga todo a mi favor: la luz, la orientación, las fuerzas... Deberé permanecer aquí, así, un poco más, esperar un poco más. Si estuviera en lo alto del Cabezo o por los corrales del Llanalcojo, me dispondría a disfrutar de ver amanecer. Quizá sea mi último amanecer. Allí, el horizonte amplio y el cielo abierto me lo presentarían con todo su esplendor; aquí, sin embargo, nada, sólo una leve clari-

dad sobre leve claridad. ¡Y si este fuera mi último amanecer! ¡Qué pena haber perdido todos aquellos que me pillaron faenando en el campo o en los corrales y a los que no presté la menor atención!

He oído decir que es muy hermoso ver amanecer en el mar. Yo no lo vi nunca y seguro que nunca lo veré. Bueno, quizá en la mili. En todo caso es igual; si no lo recuerdo es como si para mí no hubiese existido nunca. Trato de imaginarme, no obstante, cómo puede ser el amanecer en el mar. Quizá un horizonte lejano, sin límite preciso, entre el mar y el cielo, sin poder recrear la mirada en una lejanía sin brumas en el que se dibuje limpia e insinuante el límite entre la tierra y el cielo, salpicado aún de estrellas que se acuestan agotadas de luz. No consigo imaginar un amanecer sin sombras que, ajenas al viento y a la escarcha, avanzan imperturbables iniciando el camino justo en el punto que murieron el día anterior, mientras van engullendo lenta pero inexorablemente la escarcha que, como semen de la noche, fecundó la tierra. ¿Habrá algún amanecer sin el rebullir de la niebla en el lecho del río, enzarzada entre los chopos, los zarzales y las mimbreras? Me cuesta imaginarme un amanecer sin el mosaico de luz y sombras, cuya ubicación va cambiando casi imperceptiblemente. Aquí un jirón de sombras que desciende por el angosto cauce del riachuelo. Allí el explotar de la luz en miles de gotas desperzándose entre las hierbas de los ribazos. Más allá el color verde terroso, brillante del envés de las hojas de las estepas, como si la luz se quedase atrapada en el cerumen pegajoso de sus hojas.

Ahora sí, ahora puedo. Un breve impulso en este brazo sobre el que me apoyo, un suave movimiento de la pierna y ya estoy. Sí, lo conseguí. Noto el agua en mi rostro, la noto en mis labios. Me sabe amarga y salada. Sin duda debo tener la cara ensangrentada y ese sabor es el producido por la sangre. Voy a beber despacio. ¡Qué placer! La noto descender por la garganta. ¡Qué sensación de frescor! Parece como si mi cuerpo se esponjase para recibir toda el agua con la que llevo soñando casi dos días. Siempre he oído decir que el agua no sabe a nada. Ahora compruebo que es mentira. Ahora me sabe dulce; es blanda, limpia, fresca, dulce, dulce. Voy a morirme de placer. Mientras la engullo con placer y fruición, siento mi vientre agitarse, y cómo se acopla, en su agitar, a las rugosidades del lecho por el que corre el agua. Estoy, pues, tendido a lo largo del lecho del cauce. Estoy calado, empapado. El agua fluye sola por mi garganta. Si no quiero beber más, debo cerrar la boca, porque si no me ahogaré, ya que no puedo moverme ni girarme, ni mucho menos, levantarme. Si, por lo menos, pudiera girar un poco la cabeza para que el agua corra por la nuca y me deje libre la boca. Pero no puedo. Si no quiero beber más, debo cerrar la boca. Ya está. Así está bien. ¡Ah, me atraganto! Debo respirar, respirar, respirar. ¡No quiero más agua! ¡Me ahogo!

A JULIO.

El sábado, 23 de Abril de 1994, enterramos a Julio. Una breve reseña en el periódico local y una crónica breve en la emisora dan fe de ello.

Para la inmensa mayoría de lectores fue, sin duda, una noticia intrascendente, curiosa quizá: "Ayer fue encontrado muerto el último habitante de El Villar de Poyales". Sin embargo, para los que nacimos allí y conocimos a Julio, la noticia sí que fue trascendente.

Profundos sentimientos me embargaron el ánimo esos días y no pude retraerme a escribir unos breves, torpes versos libres para manifestar a través de ellos las emociones que sentí. Quise que fuesen los elementos de la naturaleza, entre los que vivió Julio, quienes sirvieran de soporte a estos sentimientos.

Odio el camino que no te trajo a casa.
Lo odio por ser ciego, como tú,
pues él era más viejo
y debió cuidarte,
llevarte entre algodones a tu lecho,
para morir despacio,
mansamente,
para morir por dentro,
porque, por fuera, ya lo hiciste hace tiempo.

Te fuiste muriendo invierno tras invierno,
sin ver ya las flores de la Lleca.
Sólo su olor,
y en tus manos el pueblo todo,
palpado palmo a palmo,
mostrándose a tus dedos,
como mujer entregada por amor.

También el río fue cruel contigo.
Tanto te quiso, que fue avaro contigo.

Él se llevó tus últimos latidos.
Te susurró al oído una canción de cuna,
quedo, muy quedo,
como tú sabes que corre nuestro río.

¿O le llamaste tú, para morir?
y le dijiste:
"Ven, arrúllame en tu seno.
Fecúndame en el vientre
suave, lentamente,
noche tras noche,
tú, río, surgido de mil fuentes,
donde me entregaron su beso de amor y despedida
las alimañas y los pájaros,
los vientos
y los árboles todos de mi valle"

Y tú, luna, ¿qué dices?
Él te brindó su rostro esas dos noches.
El cuerpo abandonado en el arroyo
con sus ojos secos, abiertos y lejanos.
¿No lloraste sobre ellos?
Tú le conociste desde niño.
Él te enseñó senderos en la noche.
Tú le enseñaste estrellas,
y juntos bebisteis las aguas de las fuentes.

Y vosotros, los montes...
¿No bajasteis al valle?
¿No visteis que no estaba?
¡Que era hurraño! ya sé,
pero así lo hicisteis vosotros.

No le disteis refugio
en las celliscas de Cedrero,
ni en las tardes gélidas de abril,

ni en el bochorno agobiante del verano,
ni en los largos silencios, largos, largos
de las tardes de otoño.

¡Cómo queréis que fuera!
¿Acaso le disteis escondrijo
donde gozar seguro
del cuerpo desnudo
de una mujer ardiente?

Me duele el alma, Julio.
A todos los que hoy te lloramos
se nos ha muerto entre las manos
El Villar.

VOCABULARIO.

Este conjunto de palabras son nombres de lugares, ríos o pueblos.

Arnedo.
Butisancho.
Cachorrita.
Camparesa.
Cedrero.
Cerraogrande.
Chorrito.
Enciso.
Estrepal
Garranzo.
Gerbella.
Gilera.
Herce.
La ventosa
Larriba.
Los Hornillos
Llanalcojo.
Lleca.
Malpareja.
Maricasitas.
Mingomonje.
Mingarcía.
Miñaflores.
Molina.
Navalsaz.
Nocedillo.
Nogalera.
Pedorrera.
Poyales.
Préjano.
Santamaría.
Solobarrio.
Vacirbe.
Valderrueda.
Valdrian.
Vallelope

VOCABULARIO.

Aladro:	Arado. Idéntico al arado romano.
Aldas :	Delantal largo que usaban las mujeres.
Alubí:	Juego propio de niños, consistente en que "el que se la queda" debe buscar a todos los demás. El espacio de juego era cualquier lugar dentro del pueblo.
Amorrar:	Beber a morro en una fuente, recipiente o masa de agua.
Anjones:	Llevar a alguien montado sobre los hombros, generalmente a niños pequeños.
Arrumacos:	Demostración de cariño hecha con gestos y ademanes.
Aulagas:	Ulaga, aliaga.
Aventadora:	Máquina que se emplea para aventar la parva.
Balconada:	Balcón de tres arcos adherido a la pared de la ermita, orientado hacia la explanada. En él se celebraban los actos religiosos.
Bardera:	Conjunto de leña, generalmente aulagas y estrepas, que se almacena a las afueras del pueblo.
Barrancada:	Masa de agua, desproporcionada para el cauce habitual, que discurre por poco tiempo por el cauce del río debido a la abundante lluvia.
Borra:	Oveja que está en el segundo año de vida y que todavía no es fecunda.
Caceña:	Águila de pequeño tamaño que solía anidar en lo alto de las hayas.
Canales:	Pesebres labrados en troncos. Se colocaban junto a las paredes y bajo las yerbas.
Carasol:	Porción de terreno orientado al sol.
Casal:	Lugar de la casa o corral, inmediatamente anterior a la puerta de entrada principal, protegido del exterior por una tapia y a veces cubierto en parte.
Cebón:	Cerdo de un año que se engorda para la matanza.
Cenaco:	Cieno.
Cerveros:	Hierbas altas, semejantes al espliego, pero sin olor y de tallo de color entre ocre y dorado.
Chinchorras:	Alimento consistente en la carne frita que queda después de que se ha extraído de ella la mayor parte de la grasa.
Chozo:	Choza pequeña de piedra, con techo o sin él, propicio para hacer fuego sin peligro y protegerse del viento o tempestad.
Ciambreira:	Fiambreira. Cacerola de tapa bien ajustada que sirve para llevar la comida fuera de casa.
Ciemo:	Estiércol.
Cocharrear:	Echar una pequeña cantidad de agua a las plantas recién puestas.
Colletar:	Lugar donde se cultivan colletas. Semillero de colletas.
Colleta:	Planta de la berza.
Concejo:	Lugar de reunión o acto de la misma en el que se toman decisiones sobre cuestiones relativas al pueblo.
Corta:	Cantidad de leña que toca en suerte a cada familia, procedente de la subasta de hayas.
Cucharetas:	Renauajos.
Desyuncir:	Desuncir; quitar del yugo los machos sujetos a él.
Engüerar:	Empollar, dar calor a los huevos fecundados con el fin de que nazcan los polluelos.
Esparceta:	Pipirigallo, planta herbácea papilionácea, cuyas flores encarnadas semejan la cresta del gallo.
Estrepa:	Estepa, mata resinosa de la familia de las cistáceas, con ramas leñosas, hojas de color verde oscuro, flores blancas y fruto capsular.
Herrada:	Cubo de latón, de grandes asas, y más ancho por el borde superior que por la base. En su origen herrada significa: cubo de madera y con base mas ancha.

Hozón:	Instrumento consistente en una vara larga con una pequeña cuchilla en forma de hoz en su punta y que se usa para podar los chopos principalmente.
Lampazas:	Planta de grandes hojas y poco valor.
Llar:	Cadena de hierro, pendiente en el cañón de la chimenea con un garabato en el extremo inferior para colgar la caldera, y a poca distancia otro para subirla o bajarla.
Pajera:	Lugar en un extremo de la cuadra, donde se guarda paja para que la consuman los machos.
Pajudero:	Lugar al que se saca el estiércol para almacenamiento o para su fermentación.
Primala:	Cordera que tiene entre un año y dos .
Poyo:	Finca o espacio de tierra cultivable con leve o nula inclinación del terreno. Se contrapone a "tablas", que son alargadas y estrechas.
Rallo:	Se usa como sinónimo de botijo. Especie de botijo con boca ancha de agujeros pequeños.
Regacho:	Porción de tierra, próximo a las fuentes, encharcado de agua.
Romper:	Arar la tierra que estaba lleca, preparándola para sembrar. Arar la tierra después del barbecho de un año, en el sistema de año y vez.
Semisolana:	Trozo de tierra orientado no totalmente al sol.
Sillete:	Silla pequeña, sin respaldo, y con asiento de anea.
Tablizo:	Entramado de pequeñas tablas que se pone sobre las vigas. Sobre ellas se asientan las tejas.
Tafarada:	Olor fuerte y desagradable.
Tajudo:	Animal no doméstico, de aspecto parecido al cerdo.
Torrollo:	Collarón que se coloca en el cuello de los animales de tiro, en el que se acopla el forcate.
Vara:	Palo largo y delgado. En algunas ocasiones como símbolo de mando.
Varita:	Palo pequeño y delgado usado por el maestro para pegar a los niños.
Yerbera:	Utensilio formado por dos enrejados de madera en forma de v, donde se echa el forraje para que los animales lo coman despacio y no lo tiren al suelo.
Yeros:	Plantas papilionáceas con frutos en vainas de tres o cuatro semillas.
Zamarrón:	Desplazamiento brusco de las ovejas que azuzadas por el perro cambian de dirección.
Zurracapote:	Bebida hecha con vino, azúcar, zumos y frutas.